

El desengaño del mundo
de
MARTÍN DEL BARCO CENTENERA



José Soto Vázquez

Colección Extremeños en Iberoamérica
CEXECI

El desengaño del mundo
de
Martín del Barco Centenera

José Soto Vázquez

CEXECI
2011

Edita: CEEXCI
Centro Extremeño de Estudios
y Cooperación con Iberoamérica
www.cexeci.org

Colección Extremeños en Iberoamérica, 2
Director de la colección: José Luis Gurría.

© José Soto Vázquez

Ilustración de portada: Lisboa, 1598. *Civitates Orbis Terrarum*, vol. I, lám. 1, Georg Braun (edición), Joris Hoefnagel (dibujo), Franz Hogenberg (grabado). Colonia, 1572 (primera edición latina).

Diseño de la colección: Guadalupe López y José Luis Forte.

ISBN: 978-84-938321-4-8

Depósito Legal: BA-43-2011

Imprime: Indugrafic. Badajoz

*A Manuel y José,
mis días y mis noches,
en ese orden...*

*Y a Gema y Manolo,
por los insomnios compartidos.*

ARGENTINA
Y CONQVISTA DEL RIO
DE LA PLATA, CON OTROS ACAE-

cionientos de los Reynos del Peru, Tucuman, y ella-
do del Brasil, por el Arceobispo don Martin del
Barco Camerota.

*Disigido a don Cristoval de Mesa, Marques de Castel Ro-
drigo, Virrey, Governador, y Capitan general de Portu-
gal, por el Rey Philipo III. su flos Señor.*



Con licencia, En Lisboa, Por Pedro Crasbeck, 1602.

ÍNDICE

A MODO DE PROEMIO.....	11
LISBOA, 1603	13
I.- DE LOGROSÁN A CABO VERDE (1544-1573)	
<i>Logrosán (octubre de 1544)</i>	21
<i>Madrid (1571)</i>	24
<i>Sevilla (1571-1572)</i>	29
<i>Isla de la Gomera (noviembre de 1572)</i>	37
<i>Isla de Santiago (diciembre de 1572-enero de 1573)</i>	42
II.- EL NUEVO MUNDO (1573-1593)	
<i>Isla de Santa Catalina (marzo de 1573)</i>	51
<i>Puerto de Biaza (1573)</i>	54
<i>Isla de Santa Catalina (1573)</i>	55
<i>Isla de San Gabriel (noviembre de 1573)</i>	59
<i>Puerto de San Vicente (1573)</i>	63
<i>Isla de San Gabriel (noviembre-diciembre de 1573)</i>	64
<i>Isla de Martín García (diciembre de 1573)</i>	68
<i>Santa Fe (noviembre de 1573)</i>	71
<i>Zaratina de San Salvador (mayo de 1574)</i>	74
<i>Asunción del Paraguay (febrero de 1575/1577)</i>	78
<i>Bajo la gobernación de Juan de Garay (1578)</i>	89
<i>Buenos Aires (11 de junio de 1580)</i>	93

<i>Santa Fe (1 y 2 de junio de 1580)</i>	98
<i>Asunción del Paraguay (5, 6, y 7 de febrero de 1581)</i>	101
<i>El Camino Real (1581)</i>	104
<i>Buenos Aires (1583)</i>	109
<i>Porco (1582)</i>	113
<i>La Ciudad de los Reyes (1583)</i>	118
<i>Oropesa (1584-1590)</i>	125
<i>Asunción del Paraguay (octubre de 1590-1592)</i>	137
<i>Buenos Aires (1592-1593)</i>	140
III.- EL DESENGAÑO DEL MUNDO (1595-1603)	
<i>Logrosán (1595-1600)</i>	147
<i>Lisboa (1601-1603)</i>	151
EPÍLOGO	155
GLOSARIO DE PERSONAJES.....	159

Mare antillarum.



Quarta orbis pars.

TROPICVS CAPELLICORNII



Mundus nouus.

Terra incognita



Mare inuetipmagalhões.

O. RIENS

A modo de proemio.

Cuando Martín del Barco Centenera partió hacia Asunción del Paraguay en 1572, tenía unas pretensiones distintas a las que *a posteriori* anotó en su *Argentina* treinta años después en Lisboa. Las aportaciones históricas de lugares, personas y hechos ocurridos en la conquista del Río de la Plata supusieron la primera narración literaria de acontecimientos tan dispares como las poblaciones indígenas de América del Sur, el poblamiento del Adelantado Ortiz de Zárate, la muerte de Túpac Amaru, el III Concilio de Lima, la refundación de Buenos Aires o los ataques del corsario Thomas Cavendish en Arica y Santos. Entre otras cuestiones, a su texto se debe la denominación de “Argentina” para el Río de la Plata, del que hoy toma su nombre el país, en un acierto poético donde sustituyó la voz castellana “plata” por la latina. Los elementos intrahistóricos que incluye su poema fueron silenciados durante siglos por investigadores que utilizaron su texto

como fuente, a la misma vez que criticaban lo inapropiado de sus elecciones léxicas o la imprecisión histórica de sus pasajes. Esa controversia sobre su obra, unida a la escasez documental de su biografía, ayudaron a transmitir una imagen difuminada de su vida, que Centenera corrigió en su segunda obra, *El desengaño del mundo*, desconocida hasta la fecha, pero siempre atribuida.

Hemos querido reconstruir su existencia a raíz de esos fragmentos que él compuso, junto a las conversaciones que un monje jerónimo de Las Villuercas, fray Bartolomé de Guadalupe, anotó en su viaje a Lisboa en 1603, días antes de su muerte. Con el discurrir del tiempo, un miniaturista del monasterio, fray Bartolomé de Logrosán, mientras preparaba unas estampas de la virgen para el regente Pedro II de Portugal, hermano de Alfonso VI, halló en el *scriptorium* ambos documentos. Rehízo el texto completo, junto a los datos biográficos que extrajo de *Argentina*, para que perdurase su memoria.

Este desengaño del mundo es la transcripción del manuscrito final, si bien nos hemos permitido la licencia de modernizar el lenguaje, con la intención de que pueda ser inteligible para el lector contemporáneo. Esperamos sepan disculpar el atrevimiento.

Lisboa, 1603.

Lisboa bullía de actividad a primera hora de la mañana. Las calles cercanas al puerto eran un ir y venir de gente que se afanaba en descargar las naves del Virrey. Descendió el séquito de Margarita de Corte-Real, que acostumbraba a pasar algunos periodos en la Capitanía de Angra, en la Isla de Terceira, junto con el servicio, los escribanos reales, mercaderes procedentes de las Indias y su guardia personal. A la voz de *-¡Viva doña Margarita!, ¡Dios salve a Su Majestad!* -un gentío de maleantes, marineros e hidalgos venidos a menos de toda la península se apresuraba a las embarcaciones buscando mudar su maltrecha fortuna. Esperaban conseguir la mercancía necesaria para el comercio de baja estofa y la posibilidad de negociar con los esclavos sobrantes de los bandeirantes brasileiros. Se había desembarcado la mayor parte de la carga en el Torreón de la Casa de Indias, en Belén, parada obligatoria para los navíos marítimos, donde se evitaba el pillaje que, en otras dársenas como la de Sanlúcar, implicaba fraudes a la Corona difíciles de evitar. Pero era sabido el canje ilegal de productos de ultramar con el que se ganaban la vida las gentes de mar.

Tras un largo trecho, fray Bartolomé de Guadalupe divisaba las inmediaciones del Monasterio de los Jerónimos, donde le esperaba nervioso el Prior, pues no había llegado correo durante días. Bajó de la cabalgadura, se situó frente al cenobio y compren-

dió la trascendencia de su peregrinación, la urgencia del envío y la fortaleza de la Orden en todo el reino y el Nuevo Mundo, del que esperaba tener noticias de las cofradías de Nuestra Señora de Guadalupe que se habían instalado allende los mares, así como de las donaciones y testamentos que emanaban de América, donde se pedían dádivas para el monasterio con poderes del santuario, cuyo trascurrir había dado lugar a falsos representantes, en especial tras el privilegio que había sido otorgado por Carlos I en Valladolid desde 1537.

En un intento por controlar el monopolio, fray Diego de Ocaña embarcó al Perú para establecer la cofradía en Lima, Potosí, las Charcas y el Río de la Plata, evitando los inconvenientes que tiempo atrás surgieron en Nueva España con la advocación a la Santa María de Guadalupe de Tepeyac. En Europa se pretendía favorecer las peregrinaciones, por lo que fray Bartolomé llevaba al monasterio de Lisboa la recién impresa *Historia de la Sagrada imagen de Guadalupe*, escrita en 1597 por el Prior de Las Villuercas, fray Gabriel de Talavera.

Mucho tiempo ha pasado desde las conversaciones y correspondencias con fray Diego de Talavera, bienvenido a Lisboa, a nuestra congregación. El hermano Pedro de Trujillo te acompañará a tus aposentos, descansa ahora, después te mostraremos las estancias del edificio –los criados y sus familias, que escoltaban al clérigo para recoger y guardar las limosnas que en su recorrido habían solicitado en Mérida, Badajoz y Évora, diri-

gieron las caballerías a los establos y se ausentaron a sus habitaciones.

Las celdas daban al claustro, que conservaba el aroma del cercano mar. En el trayecto aprovechó la oportunidad para averiguar la situación política del Virreinato a través del servicio doméstico, pues desde la unión hispano-portuguesa, Cristóbal de Moura personificaba la diplomacia política que gobernaba el reino portugués, en pugna constante con los obispos de Castelo Branco y Leiria, quienes perseguían una hegemonía religiosa en Portugal. Mucho había oído del alcantarino, y especial interés tenía en departir con su confesor, antiguo presbítero de las Indias.

A la mañana siguiente se aseó sin prisas, revisó sus documentos y se vistió con los hábitos de la Orden para brindar al Virrey sus ofrendas. El marqués no disfrutaba del físico de sus años en Madrid: la expulsión a Lisboa, la lejanía del mundo cortesano y el retiro fueron los frutos de la estrategia llevada a cabo por el Duque de Lerma, quien en otro tiempo fue sutilmente apartado por Moura de la escena política. Durante la espera en la sala capitular, el fraile de Guadalupe mantenía la mirada baja, acariciaba la encuadernación con la que obsequiaba al Virrey.

Las visitas oficiales eran despachadas temprano, tras la misa diaria, bajo la supervisión de los consejeros y del capellán. Ya en su presencia la luz de las vidrieras deslumbró al fraile, que no atinaba a modular el tono adecuado tantas veces ensayado. Con gran

pesadumbre por las torpes alabanzas referidas, se sintió aliviado por la acogida del libro. A su conclusión, una mano huesuda y afilada, como plumas de caña, le ayudó a levantarse:

Hermano, bienvenido a estas tierras. Mi nombre es Martín del Barco Centenera, confesor del señor Moura. Había oído de su viaje y lo esperaba con anhelo .

Durante el ágape hablaron de las tierras villuerquinas, de las sierras de Berzocana y de Guadalupe, tantas veces rememoradas por Centenera, que en su infancia peregrinaba con frecuencia a la virgen morenita. Fray Bartolome le informó que quería llevar a la biblioteca extremeña un ejemplar de su *Argentina*. Numerosas eran ya las publicaciones sobre el Río de la Plata, las narraciones de Gonzalo Fernández de Oviedo (1535), la edición alemana y latina del *Viaje al Río de la Plata* de Schmidel (1567), cuidadosamente ilustrada, el poema de Luis de Miranda sobre la destrucción y canibalismo del primer Buenos Ayres (1546), el *Comentario* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca (1555) editado por Pero Hernández, las narraciones sobre el canibalismo de Hans Staden (1557), la *Historia natural* de José de Acosta (1590)... y, más recientes, la *Historia General de las Indias* de Antonio de Herrera (1601) y la *Argentina* de Centenera (1602). No tardaron en aparecer las descripciones y crónicas de Reginaldo de Lizárraga (1605), *Los Comentarios reales* del Inca Garcilaso de la Vega (1609), *La Argentina* de Ruy Díaz de Guzmán (1612) o las *Crónicas* de Herrera

(1615), desconocidos aún en la vieja Europa. Pero estas novedades no verían la luz hasta años después. Ahora ya forman parte de nuestra biblioteca, pero no podíamos dejar de aumentar nuestros fondos con el texto de un paisano, pues éramos conscientes de que los documentos aumentaban día a día, con diferencias de descripciones importantes.

La posesión de tratados sobre esa zona del mundo permitiría a Guadalupe ser el centro de información para navegantes y Órdenes regulares, una vuelta a la política de Estado como la que viviera durante el reinado de Isabel y Fernando. Su poema era de vital preponderancia, pues era la primera versión literaria de la conquista, de su colonización y de las costumbres de los indios.

Durante el mes que duró la estancia de fray Bartolomé en Lisboa, paseó por las tardes en las inmediaciones del muelle y visitó cada rincón de la ensenada. De sus encuentros fue tomando notas de la relación que le confesó Martín del Barco Centenera, con cuyo manuscrito me he tropezado entre los fondos lisboetas que atesoramos en el monasterio, repleto de obras donadas por romeros que sirven en nuestras dependencias.

Aquí les refiero la narración perdida del Arceidiano para que no caiga en el olvido su vida ni la de los que con él tuvieron vínculos directos.

I
De Logrosán a Cabo Verde
(1544-1573)



Logrosán (octubre de 1544).

La casa solariega de los Centenera no se diferenciaba en demasía de otras muchas de las tierras de Trujillo. La fachada tenía esculpida un dintel con arco escarzado, a cuya entrada dormían la siesta dos labriegos que vigilaban la puerta a diario. En la planta baja el solado se había construido con granito, fácil de limpiar y aislante suficiente del húmedo suelo logrosano. Los techos eran bajos, con vigas de madera sobre la que se asentaba un doblado en el que durante las épocas de cosecha se depositaba el grano, culminado con palos y jaras con teja vana. El patio se utilizaba de almacén para el resguardo de los aperos de labranza y el cuidado del ganado doméstico, en el que pasaban las tardes de juego los hijos del servicio, al refugio de las nieblas invernales que con asiduidad impedían la salida al exterior.

La comitiva bautismal accedió apremiada a la calle Trujillo. Las primeras lluvias de otoño habían humedecido el empedrado y el calzado resbalaba a

cada paso. El lugar contaba con apenas quinientos vecinos. Atravesaron el camino real hasta subir a la plaza. En el pórtico esperaba Diego Blázquez, de la parroquia de San Mateo, junto con los testigos del bautizo: el padre Toribio Gil y los tíos paternos, Alonso Sánchez de Centenera y García Alonso, acompañados por sus esposas, que se afanaban en enderezar las maltrechas vestimentas que lucían sus maridos, atusándoles los mechones ensortijados y humedeciendo las puntas de los bigotes, no sin granjearse con ello los repetidos insultos de sus maridos: *¡Quita, mujer, que ya tengo suficiente!, ¡No me hagas parecer uno de esos hijosdalgos de Trujillo que no tienen bien donde caerse muertos!*

El matrimonio formado por Miguel Rodríguez de Centenera y María Blázquez, la “Exida”, había tenido ya dos hijos más, los cuales habían muerto al poco de nacer debido a continuas diarreas y vómitos que no supo frenar el médico local. Incluso en una ocasión Miguel cruzó las sierras de Berzocana para traer a un cirujano de Guadalupe, pero no sirvió de nada, sino para perder hacienda y salud. Su primer vástago, Martín, era una excepción, de compostura fuerte, torso amplio, unos ojos esparramados que parecían mirar más allá de la inmediatez. *Sin duda pensó su padre-, este hará carrera eclesiástica en Salamanca y el siguiente se quedará al frente de las posesiones, al tiempo que cuidará de las cabezas de ganado.*

La familia había sabido conquistar muchas fincas en Logrosán y sus cercanías, ricas en trigo y olivares.

Sus reses eran ovejas, cabras y algunas vacas, que pasaban en los márgenes del Ruecas, donde compartían terrenos con los rebaños de los frailes, a los que en ocasiones ayudaría Martín en el arrendamiento de los pastizales de las dehesas que hacían a las Mestas en los meses de invierno, principal sustento de la comarca.

Allí pasó su juventud, asistiendo durante el año a las clases de primeras letras y latinidad que un viejo clérigo impartía a los hijos nobles de Logrosán. Nunca olvidaría las tardes de verano pescando en el margen del río, para en las noches, entre el frescor de los alcornoques de la Sierra de San Cristóbal, preparar un fuego en el que asar las capturas. Pero por encima de sus recuerdos se instalaba su miedo al agua, su falta de pericia nadadora, que tantas veces le habían reprochado sus amigos, cuando en las noches de luna llena bajaban a las charcas cercanas a la dehesa boyal para apresar ranas y cangrejos, mientras él vigilaba el camino de regreso, rezando para que terminase cuanto antes aquella tortura. Más placenteras le parecían las aventuras de su paisano Martín de Logrosán, *El logrosano*, que le contaban en el solar familiar. Cómo partió hacia las guerras de Granada, su alistamiento en el descubrimiento de Colón y su prisión final en el Fuerte de Navidad: *Martín, como yo, uno de los descubridores del Nuevo Mundo*, pensaba mientras oía las alabanzas que de él proferían sus mayores. Se imaginaba a caballo, adornado con fina armadura labrada en

Salamanca, entrando victorioso en ciudades repletas de figuras de oro y plata, en compañía de princesas indias a las que explicaba sus posesiones en Extremadura. Hasta que su madre, mesándole los cabellos, lo acurrucaba en su jergón y arropaba su frágil cuerpo con lanas de Cañamero, que tanta fama tenían en el reino.

Con el paso del tiempo, fue alimentándose el deseo de fama póstuma, una provechosa carrera eclesiástica que le ahogaba en la periferia de los concejos de Trujillo y Talavera. Los preladados del monasterio le animaron a viajar a la Corte, donde tenían noticias de una conquista que se estaba conformando para partir hacia el Río de la Plata. No tardó en salir a la búsqueda de un destino provechoso.

Madrid (1571).

El Madrid de Felipe II, que había mudado hacía poco la sede desde Toledo, nada tenía que ver con las dehesas extremeñas. Las calles servían para aliviaderos público y la figura de un novicio con criados a su cargo no levantaba ninguna sospecha entre el gentío que se apoyaba por las paredes de la villa. Tras pasar la Puerta de Toledo, divisaron en la calle del Humilladero la Posada de los Mercaderes, repleta de comerciantes enriquecidos con la nueva situación política. Derrotados por el trasiego buscaron una venta donde poder refrescar los caballos, comer

algunas verduras cocidas y algo de fruta con la que soportar los calores veraniegos.

En las cercanías del Palacio se distinguía al escribano del Adelantado reclutando a los miembros de su expedición, ávido de zarpar rumbo a Asunción y conseguir la colonización de la costa este, si bien necesitaban conseguir los compromisos prometidos a la Corona. La misión no tendría la envergadura de la de Pedro de Mendoza, pero los continuos fracasos de asentamientos firmes y estables en el margen del estuario del Río de la Plata dificultaban la empresa que ahora se decidía a emprender Zárate, quien se había brindado a llevar a la Nueva Vizcaya doscientos soldados, trescientos colonos, cuatro mil vacas y lanares, quinientas cabras, más quinientas yeguas y caballos con los que fundar dos poblaciones que sirvieran de enlace entre el Alto Perú y el Llano, además de ocupar las tierras conquistadas. Las revueltas con Alvar Núñez Cabeza de Vaca, impuesto por la Corona, suponían un reto a las maltrechas arcas del Estado, la posibilidad de que fuera realizada por un español procedente de Asunción se consideraba como una última posibilidad de éxito. Por este motivo necesitaba moverse con rapidez, sumar el mayor número de avales posibles que dieran sustento al proyecto, que finalmente rubricara la conformidad del Consejo de Indias y la Casa de Contratación.

Zárate fue por primera vez a las Indias en 1534, donde obtuvo ricas encomiendas, minas, chacras y molinos en Potosí, donde vivía rodeado de su fami-

lia populosamente. Su ambición de posesiones le llevó a realizar la que sería su última gesta. Por 20.000 ducados vendió su alma al Virrey a cambio del título de Adelantado y Capitán general del Río de la Plata por dos vidas, la suya y la de sus herederos. Desde su partida de Lima, a la que había venido en compañía de Ñuflo de Chaves desde Santa Cruz de la Sierra, solo recordaba la riqueza de las minas de plata, las ventajas que supondría abrir embarcaderos en la vertiente oriental, su dorado particular. Lo juzgaba como el medio para rehacer el patrimonio que perdió meses antes en Panamá, durante el ataque de un buque francés que se apoderó de sus pertenencias:

- *Sepa vuestra merced que don Juan Ortiz de Zárate ya ha obtenido el reconocimiento del Virrey del Perú, el licenciado Lope García de Castro, y que desde su llegada a Madrid, su Alteza, el mismo Felipe II, que le ha concedido la Cruz de Santiago, ha tenido a bien la expedición de las Capitulaciones correspondientes para su regreso como Tercer Adelantado de la Gobernación del Río de la Plata. Sus territorios están gobernados eventualmente por el Oficial Real interino Felipe de Cáceres, a la espera de nuestro regreso para comenzar la Nueva Vizcaya, cuya fama engrandecerá las fronteras de Castilla.*

Centenera abrió el jubón en el que guardaba los títulos de Licenciado en Teología, realizados años antes en la Universidad de Salamanca.

- *Pues bien, aquí le muestro mis informaciones. Sepa usía que somos vecinos de Chaves, de cuya parte venimos a presentarnos.*
- *No obstante, debe saber su merced que el señor ha pensado en la persona de Juan Robles para Arcediano de Asunción. Su dote y sus promesas de abastecer la gobernación parecen firmes.*
- *Deme tiempo y conseguiré lo que me solicita. Mañana mismo parte mi hermano a Logrosán; yo esperaré su visita en Sevilla, para lo que le pido que mande cartas del viaje, así como de las posibilidades de nuevos cargos. Con Dios.*

La compañía se dividió a la mañana siguiente. Sebastián García, hermano carnal de Centenera, junto con su tío Matías Ribero, marchó con las buenas nuevas hacia Guadalupe, Trujillo y Logrosán, para lograr ayudas con las que contentar las expectativas del Adelantado. Él residió en Madrid. La inmediatez de la partida había aumentado sus anhelos de mudanza, pero no era un iluso, necesitaba más pesquisas de la congregación y de las gobernaciones de la Plata, que resonaban en su cabeza como el Parnaso.

Los resquemores aumentaban con el paso del tiempo. Un año había pasado en Madrid y Ortiz de Zárate aún no había trasladado sus tropas de la capital. Durante los meses de espera, Centenera trabó amistad con Francisco Ortiz el de Vergara, que regresaba a Asunción, donde había sido proclamado gobernador del Río de la Plata años atrás por el obispo Pedro de La Torre tras las revueltas sucedidas a la

muerte de Irala en 1558. De él supo las primeras noticias de la clerecía, su organización y su estructura, si bien, el relato que más le cautivó fue la muerte de doña Elvira de Contreras, que luego describiría en *Argentina*, porque de este modo fue tomando conciencia de la rudeza de la vida en las colonias y del dolor silenciado de sus gentes:

Por aquel tiempo, mandó noticias Ortiz de Vergara -tildado en Madrid como “El Mestizo”, por estar casado con una hija de Irala y su concubina Leonor- a su hermano Ruy Díaz Melgarejo. Este vivía apartado de Asunción, en Guairá, ya que su enemistad con Irala le impedía el regreso, donde se había dedicado a la fundación de Ciudad Real, la esclavitud de los indios, el mestizaje con sus mujeres e hijas y la vida guerrera. Durante años lamentó el destierro que sufría, el tropiezo que significaba para su carrera militar. Al llegar a San Vicente, él, que vivía inmerso en las luchas cuerpo a cuerpo y en las disputas con sus soldados, quedó prendado de Elvira de Contreras, una joven de Medellín que viajó a América con María de Sanabria. El blancor de su piel y la encarnecida calidez de su rostro suponían para el capitán el recuerdo de la patria, por lo que solicitó casamiento. Ella vivió un tiempo en matrimonio con Melgarejo, si bien su amor era de Juan Carrillo. Una noche, en la que no se esperaba su regreso, entró en el aposento, distinguió al galán y, sin pensarlo y sin mediar palabra, de una firme estocada recia cortó el cuello de su esposa, a la que miró

*entre lágrimas mientras se desangraba en el suelo.
Limpió la hoja y salió a la calle espada en mano.
Ordenó a sus gentes la formación, montó a caballo y
se perdió su figura en la espesura de la selva, como
un animal herido que busca consuelo.*



Civitates Orbis Terrarum, Georg Braun (edición), Joris Hoefnagel (dibujo), Franz Hogenberg (grabado), Colonia, 1572.

Sevilla (1571-1572).

Las cartas recibidas a su llegada a Sevilla alegraron el espíritu de Centenera. Sus familiares habían alistado a las gentes que le pedía Ortiz de Zárata, de modo

que aguardaba en su posada el encuentro con la comitiva. Por entonces compartía techo con Francisco del Pueyo de Alfaro, militar y compañero desde Madrid, a la espera de novedades; pasaba las jornadas de conversación con el músico Juan Andrés de Mendoza y el escribano Lorenzo de Salas, igual de expectantes por su marcha, alejados de los círculos intelectuales hispalenses. A las mañanas andaban hacia el puerto, donde los oficiales de la Casa de Contratación revisaban los pormenores de la armada. La soldadesca montaba guardia para impedir que los mendigos molestaran la faena, apresurándose a hacer prisionero a cualquiera que osase atravesar sus líneas. El grupo miraba desde lejos el espectáculo, cuando se oyó entre el tumulto una voz solemne que gritaba: *¡Martín de Centenera!, aquí arriba, ¡Martín, Martín!*

- *¡Sebastián! hermano mío. ¡Padre Cabañas! Paisano, ¡tío Matías! ¡Ah! No sabéis cuánto me alegra veros. Leí y releí vuestros pliegos cada noche. Sé que padre está bien, y que la muerte de nuestra madre ha supuesto más quebraderos de cabeza y dificultad a nuestro empeño, cómo lo lamento. Tengo tantas ganas de saber de vosotros, de la hacienda...*
- *¡Hermano Martín! A mis brazos.*
- *Amigo mío, cuánto tiempo ha que no nos vemos* —le susurró al oído el bachiller Cabañas de Hinojosa, mientras se fundían en un cariñoso abrazo.

De camino a su hospedaje les hablaban de Trujillo y de las peregrinaciones a Guadalupe. Él aprovechó para dibujarles la vida palaciega, las dificultades del pueblo para sobrevivir y las amistades que se había granjeado durante su estancia.

- *Ven, sentémonos en este claro, pues las plazas y angostas calles de la ciudad no son lugar seguro, pues no sabéis cuán peligrosa es Sevilla, que yo mismo he visto no pocas descalabraduras de alguaciles en los apedreadores de la muralla. Pero dime, cuéntame...*
- *¡Querido hermano! Hemos estado reclutando vecinos, agricultores en su mayoría, que están determinados a partir con don Juan Ortiz de Zárate en tu compañía; aquí vienen con nosotros, ahora los verás. Hemos gastado casi todo el dinero que nos quedaba, a excepción de las tierras y solares. ¡Dios quiera que sea en hora buena! Aquí tienes una relación de los vecinos que partieron con nosotros para que la presentes a los escribanos, aunque falta por incluir a aquellos de Llerena, Fuente del Maestre y otras poblaciones que se han ido sumando en el trayecto, hasta un total de veinte hombres, si te incluimos a ti y al hermano Cabañas:*

Gonzalo Díaz, Garciaz.

Madroñero, Madroñera.

Pedro Herrera, Logrosán.

Juan Gago, Logrosán.

Pedro Gallego de la Banda, Logrosán.

*Pedro Gallego, Logrosán.
Cabañas de Hinojosa, Logrosán, clérigo.
Miguel Simón, Logrosán.
Cristóbal Castellano, Logrosán.*

- *¡Magnífico! Creo que será suficiente. Por mi parte he redactado un escrito que voy a entregar mañana mismo al Consejo de Indias, ya le he dado un traslado a las gentes del Adelantado. Durante las tardes de espera he conocido a antiguos paisanos que quieren volver. Ellos me han explicado las necesidades de La Plata y ya tengo resueltas las peticiones que quiero hacerles. Para ti, hermano, solicitaremos la plaza de alguacil en la villa que Zárate desea fundar en San Gabriel, como Deán del obispado a Francisco González Paniagua. Para el cabildo eclesiástico propondremos a Luis de Miranda; es un escritor interesante, tendrías que leer su “Romance elegíaco”. También he incluido a Alfonso Segovia, que fue provisor hace unos años, al bachiller Martínez y a Francisco Escalera, todos doctos y de buena vida.*

No tardaría en volverse contra ellos la diosa Fortuna. El Adelantado había recibido misivas de la Casa de Contratación, que a instancias del Rey había dictaminado que no lo dejaran partir, que se embargasen los navíos, artillería y bastimentos hasta nueva orden, por parecer la empresa inviable y de poco acierto. En ocasiones era frecuente que los comerciantes retrasasen los envíos, con lo que el desabas-

tecimiento de mercancías suponía un incremento de los aprovisionamientos que llegaban desde España. Sin embargo, en esta ocasión el motivo era otro. Además, Centenera había discutido con Zárate las necesidades eclesiásticas de Asunción y su gobernación:

- *Su misión es la de impartir los sacramentos a la tropa en el tiempo que dure el viaje, así como evangelizar a los indígenas que encontremos en el trayecto. Le prometí la posibilidad de ser el cronista de nuestras hazañas. Déjeme a mí los asuntos organizativos. Las naves tienen más personas que toneladas permiten los nuevos tratados de pilotaje. Además, sepa vuestra merced que no es recomendable llevar a antiguos compañeros de Cabeza de Vaca. No entiende vuestra excelencia que los asunceños no olvidan el incendio, eso supondría revueltas innecesarias en la expedición. Sería un agravio transportar clérigos a la región. No sabe usted que los que ya viven allí son reacios a abandonar sus puestos; una nueva remesa originaría problemas que no estoy dispuesto a tolerar. En especial a Francisco Escalera, que ya tuvo lo suyo como curato en Ciudad Real, pregúntele a Riquelme y Melgarejo, quienes lo dejaron en Asunción, pues no dejaba de intermediar entre los designios divinos del espíritu y los trabajos de los indios en las encomiendas. Usted dedíquese a las almas y deje en mis manos la organización administrativa.*
- *Pero, señor, yo...*

- *No se hable más. Acaso no entiende que fray Luis de Miranda ya tuvo su tiempo con Pedro de Mendoza, que provocó la revuelta de Asunción que intentó liberar a Cabeza de Vaca, lo que le valió los ocho meses de prisión, y que de no haber sido por fray Luis de León aún seguirían sus huesos en los calabozos del cabildo. Bueno sería que dedicara sus esfuerzos a la poesía, ¿o quiere, como el hijo pródigo, regresar al seno familiar? Ni hablar. Prepare a los suyos y vuelva al puerto en una semana, para entonces seguramente hayamos zarpado. Como ya le he confesado, cuento con usted y sus colonos, pero nadie más.*

No pudo contener las lágrimas, se le vinieron a la mente los esfuerzos familiares, las ilusiones de juventud, ahora impedidas por la altanería del Adelantado, más interesado en su fortuna que en la de su dotación. Decidido, urdió un último plan, con el que esperaba conseguir su propósito. Días antes de partir obtuvo de manos del Consejo de Indias el nombramiento como Arcediano del Paraguay, bajo la tutela de Pedro La Torre. Alentado por los compañeros que proponía para su partida, redactó una *Razón de las personas que al presente en esta Corte estaban para ir al Río de la Plata*, en la que incluyó las condiciones necesarias para que el Consejo considerase las circunstancias de la provincia, así como la necesidad de evangelización de los indios, que tanto preocupaban a la Corona. Nunca tuvo contestación a sus peticiones.

- *Es lo normal en estos casos –le tranquilizaba Luis de Miranda-, habrá sido almacenada junto a las miles de solicitudes sin respuesta que conforman los archivos sevillanos. Yo mismo remití otro escrito a Su Majestad, dándole razón de los abusos que cometían los encomenderos, argumentando los acaecimientos ocurridos en Asunción en 1544, cuando ardió parte de la ciudad. Aún espero respuesta de aquellos hechos. Sin embargo, aquí me tienes, dispuesto a volver, porque España, Castilla, ya no tienen sentido para mí, escribo para recordarla y tenerla presente. Martín, amigo mío, tú tienes el don de la poesía, pon en alto género los sucesos de La Plata, todo el mundo lo sepa. Yo no tengo tiempo para ello, pues los años me impiden dedicar esfuerzos a estos menesteres, pero es necesario que se conozcan las maravillas de estas tierras y sus pobladores, aguerridos, pero nobles, luchadores por sus posesiones. Abrázame, hermano.*

Nunca más volvería a verlo. La mañana en que las naves salían de Sevilla hacia Sanlúcar de Barrameda no pudo asomarse a despedirlos; se hallaba en el muelle ofreciendo confesión a la tripulación, pero pudo percibir a través de la multitud que subía a su nave la silueta de su hermano Sebastián, que agitaba los brazos en la lejanía. Su voz se mezclaba con el ruido que emitía la madera de los barcos, en un movimiento de vaivén, desconocido por él hasta la fecha, al que nunca terminaría de acostumbrarse.

Por último, impartió los sacramentos al Adelantado, al piloto mayor, Pedro Díaz, y a Ortiz de Zárate

y Mendieta, el alférez real. Acto seguido subieron a los galeones y pusieron rumbo a Sanlúcar.

El Adelantado miró un instante al dique, abarrotado de familiares y amigos que con gesto desconsolado decían adiós. Zárate presintió los avatares que esperaban a sus barcos, la posibilidad de mejora que implicaba el traslado de mercancías. Sintiendo la mayor autoridad a bordo, subió las escaleras vociferando, al tiempo que insultaba a sus hombres para que impusieran orden en cubierta. Lejos de tierra firme se mostró como un Dios al que debían pleitear aquel conjunto de seres que lo acompañaban.



Puerto de Sevilla en el siglo XVI, óleo de Alonso Sánchez Coello.

Isla de la Gomera (noviembre de 1572).

Ya había comenzado el otoño, aunque la temperatura no lo reflejara. Las naves transitaban por el margen del río con mucha precaución, pues la sobrecarga les impedía moverse con agilidad. Aunque la operación seguía las pautas dictadas por la legislación de las armadas en los viajes a Indias, era un hecho inusual para casi todos, que no dejaban de admirar la organización de la flota, las ocupaciones de los marineros y las ayudas constantes de las barcas menores que auxiliaban a fondear en el río. La Nao Capitana abría el cortejo, con más de trescientas toneladas, de modo que afrontaba las mayores dificultades de maniobrabilidad. Le seguían la Nao Santiago, de cien toneladas, y la Zambra María de los Cielos, de cincuenta y ocho toneladas, donde se agolpaban matrimonios, doncellas y futuros encomenderos de las nuevas tierras sin concierto, almacenados por todas partes. El patax de combate Santa María de Gracia no transportaba ninguna mercancía; estaba conformada por soldados, unos cincuenta hombres sin conocimientos de guerra ni modales. Su botadura entrañaba una novedad para la armada, así como un espacio de reserva y seguridad para la gente principal. Cerraba el grupo la Nao Altamirana, de 150 toneladas. Aunque los continuos ataques de corsarios ingleses habían modificado la forma de navegación de la carrera de Indias, la Altamirana llevaba en sus bodegas carga de mercante, previo pago

a los funcionarios reales de pequeños sobornos para que no alertasen de su situación.

- *Mal aderezados parecen los navíos* –replicó un joven sevillano de a bordo.
- *Pues peor suerte correrán los marineros si no cuidan de repartir las cargas adecuadamente. Parece que se avecina temporal y el Mar de Yeguas nunca es fácil de cruzar* –replicó uno de los almirantes.

Especialmente llamativo le pareció el reparto de las viandas, con frecuencia una dieta repetida de bizcocho, bacalao, queso, tocino, carnes salazonadas, legumbres, habas y garbanzos, regada con vino, hasta que escaseaba, y agua. El maestre de raciones se encargaba de administrar cautelosamente las provisiones para conservar víveres. Por suerte, estuvo al cuidado de los primeros enfermos en el alcázar de la nave hasta las Islas Afortunadas, alimentándose de pan blanco y almendras, muy cotizadas por la tripulación y aún más por la gente de tierra. En la travesía murieron tres labradores extremeños, con los que compartió cuidados junto al cirujano. Lo extraño de los casos hizo mella; miraban expectantes cómo se rezaban los tres responsos ordinarios a la vez que se lanzaban al mar sus cuerpos dentro de un serón cosido, al que se ataron unas botijas de agua que permitiesen su hundimiento. Con cada uno de ellos se alejaban las esperanzas de muchos de los colonos, que se imaginaban como futuras mortajas en medio de la inmensidad del mar, un lugar de fic-

ción para ellos del que solo habían oído por cuentos y teatros en sus pueblos de origen.

También organizó Centenera las ceremonias del acto del 12 de octubre, en el que se conmemoraba la llegada de Colón a San Salvador. La posibilidad de que no tuvieran igual suerte hizo que un silencio sepulcral permitiera el adornamiento de su voz que pedía por un viaje sereno, después de varios días de tormenta en los que la dedicación a los rezos y la confesión le habían supuesto un exceso de trabajo en sus quehaceres diarios, rogando por la mejora del tiempo, mientras las doncellas se dolían de la incompreensión de sus desgracias, arrepentidas de haber comenzado la navegación.

- *¿Ya ha pasado el temporal? ¿Hemos pasado el peligro?* –preguntaban los inexpertos. Cuando por fin se hizo la calma.
- *Por esta noche tengo prometidas unas misas en honor de Nuestra Señora de Guadalupe, que si el tiempo lo permite he de costear* –le susurraba uno de los enfermos entre sollozos.

Tampoco faltaron los momentos de sosiego en los que su fantasía soñaba con unas tierras pobladas por seres fantásticos y animales mitológicos que sortear; imaginaba monstruos marinos, pulpos, ballenas y serpientes gigantes que lo devoraban todo a su paso. En otras ocasiones se consagraba a las lecturas que componían su equipaje, en especial la obra de Juan de Mena, que si bien era una lectura inapropiada para un hombre de Dios, su fama había cautivado

los deseos de los amantes de la nueva poesía cortesana.

Aprovechó su estancia en Madrid para hacerse de un ejemplar que había guardado celosamente, a la espera de tiempos muertos en los que devorar sus páginas, como hacía ahora en su camarote. Los librerros sevillanos habían tenido un importante auge con el puerto marítimo; las prensas europeas a través de los mercaderes y banqueros llevaban materiales de escritura (papel, aderezos, cañones de plumas) que habían sido procurados por Centenera para sus cartas en las efervescentes librerías de Alonso Montero y Fernando Díaz. Se aprovisionó además de confesionarios, hagiografías, libros de horas, pontificales, advientos, cuaresmas, santorales, misales y libros de culto reservados para las iglesias y conventos, así como al sustento de las ya establecidas, que fueron adquiridos directamente por la Casa de Contratación a cargo del Consejo, volúmenes que custodiaba con celo y en cuyos cajones había podido incluir aquellas lecturas que saciaban sus preocupaciones más inmediatas.

A primeros de noviembre, tras veinticinco días de itinerario, llegaron a La Gomera. La tripulación fue acogida con júbilo. Los marineros bajaron a las tabernas del puerto y disfrutaron del recibimiento, más si cabe tras la tormenta nocturna, que a ninguno se le iba de la cabeza. Los pilotos previnieron del viento favorable que soplabá, por lo que solo permanecieron los tres días necesarios para que los miem-

bros de la Casa de Contratación revisasen la carga y renovasen los avíos que habían escaseado en estos primeros lances, en concreto agua y fruta. Buena parte de las gentes de tierra, temerosa del resto del trayecto y desconfiados por los primeros días, vendieron parte de sus ropas y propiedades a cambio de mercancías con las que negociar en caso de necesidad. El propio Zárate compró treinta vacas para su consumo, además de leña y agua para su provisión.

Todo estaba listo para salir, por lo que nadie entendía los motivos del retraso, que aumentaba la inseguridad de los viajeros. Desde las naves se miraba a tierra sin mediar palabras, en un lenguaje que no atinaban a interpretar, hasta que se escuchó la consigna final. Centenera utilizó su ubicación para oír las conversaciones que se proferían en su barco, de forma que accedía a informaciones privilegiadas que se ocultaban al resto:

- *Es hora de zarpar, capitán, ¿Qué hacemos?*
- *Espera, rufián, aún faltan los malditos frailes que bajaron a conocer la isla. ¡Malditos bastardos! Nos van a suponer pérdidas considerables, aunque podemos vender sus pertenencias una vez en tierra firme.*
- *Tendremos que salir con los marineros y soldados que aún quedan a bordo, señor; las deserciones han sido mínimas. Si no queremos que proliferen es mejor que pongamos rumbo al Mar Océano de inmediato.*
- *Pues queda dicho. ¡Levad anclas!, ¡Rumbo a Cabo Verde!*

Isla de Santiago (diciembre de 1572-enero de 1573).

Las jornadas iniciales alegraron el espíritu de las tropas, algo expectantes tras los primeros titubeos en el Mar de Yeguas, pero no tardaría en volverse el gozo en llanto, cuando a unas semanas de la salida andaban los navíos sin concierto. Con la tempestad se cerraron las escotillas y al cabo de tres días el olor de la ropa húmeda, unido a los continuos vómitos que campeaban por el barco, crearon un hedor insoportable que alimentaba de nuevo los mareos. Sobre ellos pululaban nubes de mosquitos que escudriñaban su alimento.

Un grupo de colonos de Zalamea de la Serena había creado a bordo un reducto de hermandad. Los más jóvenes velaban por el resto, cuidando de sus posesiones cuando iban a asearse “al jardín”. Entre ellos jugaban a los naipes, el hanequín o el mediator, y los dados, pues, aunque prohibidos, las horas en la embarcación discurrían con lentitud, así que la guardia miraba para otro lado con demasiada frecuencia. Los hermanos Juan y Francisco Hinojosa se apostaban parte de la ración de cerveza con Antón Huerta. El infante Juan Blázquez, que apenas contaba con diecinueve años, se entretenía con los grumetes, ayudando en las labores de conservación de la embarcación. Alonso Gallego pasaba las tardes de tertulia con las familias de Antonio Flores (formada por su esposa, María Alonso, y sus hijos Beatriz, Constanza, Hernando, Juan Diego y María Flores) y Juan Alonso

Quirós (que partió para el Nuevo Mundo con su consorte, María Heredia, y su hijo Sebastián). En sus retahílas recurrían a la plenitud que tuvo la villa durante el tiempo del maestro Juan de Zúñiga y Pimentel, en cuya academia, Casa-Palacio de los Zúñiga, estuviera el hombre que compiló la primera gramática de la lengua castellana: Elio Antonio de Nebrija. Tampoco faltaban las alusiones a sus paisanos, a la honradez y sencillez de Pedro Crespo. Con ellos conversaba Centenera cuando las ocupaciones del improvisado hospital y sus quehaceres diarios se lo permitían, para averiguar sus incertidumbres e intentando infundir en sus corazones alguna esperanza en los momentos más amargos.

Todo le recordaba a las tierras extremeñas. Alonso Díaz de Jerez de los Caballeros, Martín Hernández de Toro de Acehuchal, dos Pedros Hernández, uno de Valencia de Alcántara y otro de Zarza de Montánchez. Los labradores Pedro Alonso, de Fuente del Maestre, y Juan Giménez Roldán, de Cáceres. El matrimonio formado por doña Inés Díaz y Diego Sánchez, de Puebla de Alcocer. La joven usagreña, Águeda Hernández, y los galanes Tomé García, de Jerez de los Caballeros, y Diego Gómez de Herrera, de Llerena. Aunque cada cual miraba por sus posesiones, la cercanía de origen hizo que el grupo persistiera unido. Hablando con ellos comprendió los motivos de su marcha: asfixiados en concejos que impedían una vida digna, a manos de terratenientes recios, escapaban del destino hacia lo desconocido.

Se aproximaba el tiempo de Navidad. Pese a que no estaba el ambiente para celebraciones, los capellanes, ante el temor de que no llegasen a puerto, decidieron alegrar la situación con un aire de normalidad que animara a la tripulación, que aplacase las dudas del pasaje. Así, tras el primer bocado del día, los pajes desocuparon la cubierta hasta donde pudieron, para ofrecer confesión y comunión. Por su parte, la gente de orden había oficiado una misa privada en el camarote del capitán, clausurada con una copiosa comida.

La escuadra se dispuso a conmemorar el acto religioso. La organización semejaba el universo social del mundo que dejaban atrás. En las primeras filas se acomodó el Adelantado con sus hombres, el capitán y los pilotos, seguidos de maestros, contra maestros, escribanos reales y correos. Con la intención de dividir claramente las clases que conformaban se cuadraron tras ellos los alguaciles y tropas de combate. A sus espaldas un conjunto integrado por despenseros, cirujano, barberos, toneleros, calafates, carpinteros, gente de la empresa acostumbrada al mar. Por último, un pequeño grupo de grumetes, criados y gente del servicio. Nadie quiso perderse el acontecimiento, aunque era necesario despejar la nao. Se arrinconó a los viajeros de tierra en la popa, engalanando la proa como altar en cuyo centro presidía Centenera.

Tras el breve *Te Deum*, las autoridades volvieron a sus ocupaciones diarias; la distribución de la escua-

dra una vez tomaran tierra, el recuento de las dietas suministradas a la flota, las revisiones de las cubiertas, atar los cabos, arreglar las cuerdas y evaporar el rocío de las velas... Dadas las circunstancias, como se preveía que pronto llegarían a Cabo Verde, se concedió una ración doble de fruta y verduras, que ya empezaba a estar putrefacta con las aguas caídas. Excepcionalmente se permitió a los varones consumir un cuarto de galón de cerveza. Acto seguido, fue necesaria la actuación de la justicia, pues la mercadería del género hizo que muchos bebieran en exceso y tuvieran un comportamiento poco decoroso.

Animados por el brebaje y el espíritu religioso, los extremeños que viajaban a bordo, en gran medida la mayoría, improvisaron un corral de comedias, a los que tan habituados estaban en sus pueblos de origen. Uno de ellos, el más gallardo, se disfrazó de Sibila, con ropas a lo oriental, flanqueado por cuatro marineros con el torso desnudo y las espadas en alto, simulando cuatro ángeles que la custodiaban. El rosado de sus mejillas, los bigotes desaliñados y las barbas sin recortar imprimían al cortejo un conjunto miserable, digno de la peor prisión del reino.

Cuando se hizo el silencio se escuchó el tono grave de la Sybila:

*Porque escuchen las comarcas
delante de estos pregones
va un montón de foliones
profetas y patriarcas:*

*todos van cantando en danza
sus cantares de esperanza
con secreta melodía...*

A lo que los querubines, con las espadas levantadas, canturreaban una coda indescriptible. Bajaron al suelo, no sin problemas, y, como Dios les dio a entender, dieron una vuelta en corro. Al concluir se solicitó el aplauso, lo que fue motivo de envidia para los hombres del Adelantado. Así pudo festejarse la Natividad del Señor, sin no poco enfado por parte de los eclesiásticos, que, aunque los criticaban, evocaban la fiesta, conmovidos por su significación. Sin embargo, al terminar fueron constantes las lágrimas por la tierra que abandonaron, hasta que la noche fue silenciando los lamentos, camino de las islas lusas, que se divisaron días más tarde.

Se bajó a tierra firme. No faltó quien besara la arena de la playa, alabando al Señor y agradeciendo su intercesión. Centenera no encontró ocupación en estos días, aprovechó para manuscibir notas de lo ocurrido hasta la fecha en sus hojas. Tuvo tiempo para concluir una carta que entregó en el puerto; tampoco tendría respuesta, en la que daba cuenta del mal pilotaje, los sobresaltos de las gentes del barco y las deserciones que se habían producido en ese tiempo.

Una vez a seguro buscó alojamiento en una posada limpia y aseada. La población le pareció tan engalanada como en la Corte, las edificaciones por-

tuarias pretendían evitar los ataques de los piratas, que cada vez eran más frecuentes, entorpeciendo los réditos reales. La vida portuaria le alegró el ánimo; distinguía en su organización un aire nuevo y distinto al de la península. La mayoría eran lusitanos que en las idas y venidas de embarcaciones conocían la situación tierra adentro.

En una ocasión se presentó en su morada un caballero de buena compostura, alegre, desenfadado y resuelto para obtener confesión. Era dueño de una encomienda en la isla y estaba casado con una negra de la que tuvo amplia descendencia. No alcanzaba entonces a comprender el poco juicio del cristiano que renunciaba a la vida eterna por los mundanos placeres.

El 7 de enero de 1573, tras la festividad de los Reyes, levaron anclas de Santiago para salir a alta mar, no sin miedos retomados, allí muchos quisieran tornarse a España. Se decidió bajar a la bodega las jaulas vacías que ocupaban parte de la embarcación, como sustento para el fuego diario. El comercio interno era inexistente pues se apreciaba más la vida que el dinero; la búsqueda de ratas en pequeñas escaramuzas absorbía buena parte del día, a la vez que se defendía el espacio ocupado en sus inicios por temor a perder el escaso bagaje que les restaba. Los toneleros habían duplicado la guardia de las provisiones para evitar los hurtos que con asiduidad se repetían.

En definitiva, muchos fueron los contratiempos, que sería largo de narrar, por lo que dejamos en este punto el relato, porque la letra es tan difusa que no quisiera equivocarme, faltando así a la verdad de los sucesos.

II
El Nuevo Mundo
(1573-1593)



Isla de Santa Catalina (marzo de 1573).

Ya estaba próxima la costa de Brasil, según anunciaban los grumetes más experimentados a cada amanecer junto a las horas. El nerviosismo fue creciendo entre el tumulto. Al no divisar tierra temían que las embarcaciones se atollaran en los abrojos, dando al traste con todo. A cada poco los aprendices echaban el escandallo sondeando la profundidad de las aguas y evitando el naufragio, como un acto ceremonioso.

El 10 de marzo, una dura tempestad acompañada de un fuerte aguacero dispersó a los navíos a la altura de Cabo Frío, el patax Santa María de Gracia tuvo que arribar en San Vicente, Río de Janeiro, donde les esperaba el prelado La Torre y Melgarejo. La capitania no pudo disimular su preocupación, contemplando las cartas de navegación y roteiros, que pareciese que no hacían otra cosa. El pánico fue tal que Centenera, años después, describió ese momento así:

*Ni Puerto el Pico, o sierra Moriana,
ni Teyde, o Potosí, ni el Atumare
ni el volcán de Arequipa, ni Lupana,
ni el alto monte o sierra de Lambare,
ni Villuerca, ni sierra Verzocana,
se puede ya hallar que se compare
a los montes, y sierras que formaba
en alta mar el viento que ventaba.*

El oleaje movía sin concierto a los buques. La Almiranta fue arrastrada a tierra firme, las velas descosidas batían en un cielo embravecido cuya letanía la conformaba el griterío de cubierta, asidos a las maderas maltrechas. Hasta que, por último, encallaron. La Capitana y Vizcaína, en la que viajaban el Adelantado y Centenera, echó el ancla. Finalmente se reagruparon los cuatro navíos restantes, no sin grandes daños a los aparejos. Se hallaban en la playa de Don Rodrigo, según notificaron los pilotos, desierta de poblaciones cristianas, lejos de su trazado de ruta. Se toparon con moradores en un islote cercano donde unos indios le indicaron el rumbo a Santa Catalina.

Al día siguiente, bajó una expedición de la Almiranta para inspeccionar la isla y buscar sustento, pero no tardaron en cerciorarse de que estaba deshabitada y sin abastecimiento de vituallas, con lo que aumentaron los rezos, lamentaciones y quejas. Se dejó los barcos y se levantó un poblado en el que guarecerse de temporales.

Era el mes de abril, los daños habían sido cuantiosos, las pérdidas humanas y materiales presumían una grave dificultad para continuar. Tras la reagrupación Ortiz de Zárate solicitó un Consejo a los capitanes para evaluar la situación y decidir cómo actuar. Se aprobó fondear el periodo necesario para reparar las averías y aprovisionarse, a la espera de mejora, pues la estación fría en la Isla de San Gabriel y la región del Paraná supondría otro impedimento mayor. Era la festividad del Corpus Christi, por lo que la celebración religiosa de aquel día tuvo una especial significación, aunque el Adelantado y su alférez quisieron prohibirla. Con motivo de aquella fecha se le dio al puerto esta denominación, pese a haber sido sepultura de no pocos españoles, como veremos más adelante.

El Consejo aprobó la incursión de una de las naves hacia el sur, ante los temores de posibles motines, pues el agua escaseaba. El Adelantado, junto con su sobrino, Ortiz de Zárate y Mendieta, sesenta soldados y algunos hombres de Dios se hicieron a la mar, por la banda de Brasil, en busca de tierras más provechosas. Como medida preventiva leyó la Cédula Real que obtuvo en 1570, por la que se le facultaba para reducir y castigar a los naturales y españoles si se rebelaban contra él, lo que suponía el enfrentamiento directo con la Corona. Su uso no tardó en hacerse efectivo.

-No me temblará el pulso al aplicar justicia -les explicó reunidos en la arena de la isla. Este es el remedio

ante cualquier motín –gritó sujetando la empuñadura de su espada. Aquel que ose desertar no volverá a ver el sol en este mundo.

Puerto de Biaza (1573).

Las pisadas en la costa y el olor a humo alertaron de la presencia de indios. La chusma se dispuso para un posible ataque. El capitán avisó a su alférez y sargento. La compañía se había dividido en dos escuadras de veinticinco hombres, comandadas por un cabo que en formación de combate caminaba torpemente entre la maleza. El presbítero empuñaba una espada vigilante a cualquier posible incursión. La tierra de Biaza era fértil y los frutos abundaban por doquier, lo que propició que no pudieran resistirse a ingerir alimentos mientras patrullaban.

Los crucifijos que lucían los indios representaron un alivio para el destacamento, en especial por no tener que mantener batalla en tal estado. Pronto surgieron a saludarles, ofreciéndoles pescado y bebidas con los que reponer su maltrecho aspecto. Se improvisó una pila en la que se bautizó a los que aún no conocían la palabra de Dios, a la vez que se llevaron a cabo confesiones entre los caciques de los pueblos.

El alférez Mendieta consiguió abundante comida; acá hurtaban las mantas, allá los pellejos, en otra casa las hamacas y por todas partes las mujeres

mozas. Algunos quisieron abandonarlos y llegar al Paraguay, tierra adentro, así que huyeron del Adelantado. Entre ellos iban Rocha y Vela, que pagarían con sus vidas la osadía. Treinta días después debieron volver, pues la espesura de la selva y las sucesivas emboscadas frenaron sus planes.

- *Quiero que se expidan los bandos de inmediato* –dicitaminó el Adelantado envuelto de rabia e ira. *Que el justicia aplique el castigo más severo del reglamento y que sirva de escarnio para el resto. ¡No volverá a repetirse!*

Fueron decapitados y sus cabezas expuestas públicamente hasta que la piel se pudrió, dejando paso a los huesos. Se obligó a presenciar el acto a la guarnición, que miró impasible el suceso, paralizada de terror. Muchos se acariciaban el cuello para asegurarse de que mantenían la testa sobre los hombros, sin atreverse a mediar palabra.

Isla de Santa Catalina (1573).

Quedaron en Santa Catalina más de doscientos cincuenta soldados al cuidado de las pertenencias del señor y su flota, bajo el mando de Pablos Santiago. Tenía que imponer las normas, que en tiempos tan difíciles necesitaban de más celo. Una parte se dividió a las señoras, que entre casadas y doncellas sumaban más de cincuenta mujeres, cuyas principales ocupaciones fueron el lavado de las ropas, la prepara-

ción de las pitanzas y el cuidado de los enfermos, número que crecía cada día. Para consuelo de sus almas se confió la tutela a algunos de los religiosos, entre los que figuraba Centenera, que entre otras recomendaciones velaba por que los varones no infringieran las disposiciones del capitán, quien impidió las relaciones carnales durante la noche.

Corría el rumor de que la huida del Adelantado sería irreversible, pronosticando todo tipo de muertes y padecimientos. Las raciones fueron cada vez más escasas, solo once onzas de harina se guisaban. En este ambiente, las correrías fueron frecuentes, y no pasaba jornada en que no hubiera alguna escaramuza. Cinco hombres escaparon y se adentraron en la espesura para cazar algún sustento. El piloto mayor salió a caballo en batida. Cuando los descubrieron los llevaron al justicia mayor, que fijó la sentencia para los huidos: un marinero portugués mulato, un soldado y tres grumetes. Se improvisó un cadalso, que al principio fue eventual y al poco tiempo definitivo, en el que el verdugo puso la soga en el cuello al primero de los reos, ante el conjunto de la tripulación, para que sirviera de escarmiento para futuros intentos.

- *¡Por Dios! Os ruego un poco de compasión, pues no sé bien vuestra lengua. Yo soy inocente, tan solo intentaba buscar alimento para la expedición. ¡Por Dios! ¡Señor! Se lo ruego...*

Pero no le tembló la mano. Con la mirada fría, ordenó le retiraran la escalera en la que se balancea-

ba su cuerpo maltrecho. Entretanto, cantaba Centenera una oración que se volvió con frecuencia letanía cotidiana, último consuelo para los convictos.

Peor suerte corrió el soldado, a quien encontraron desfigurado entre el oleaje. Por suerte, a los gañanes, dada su corta edad y habiéndose probado su causa en la declaración del mulato, se les perdonó la vida a cambio de trabajos forzados para la colonia.

Con el devenir del tiempo, la creciente desnudez llevó a dos más a intentar la huida en una canoa que sustrajeron de los navíos. Al cabo de dos meses regresó uno de ellos; el otro había fallecido en el mar. La misma suerte que al portugués se le aplicó, colgándolo de uno de los palos de las velas.

Entre los que murieron en los bosques y los que fallecieron en la aldea, más de ciento cincuenta personas causaron baja. Las madres lloraron la pérdida de sus hijos, las desposadas la de sus maridos y los niños quedaron huérfanos al amparo de la justicia militar. Todos lamentaban su partida, sollozaban al pie de los nichos que conformaban una parte del archipiélago. El trabajo de los religiosos se multiplicaba: diciendo misa, consolando a las tristes familias rotas, a los amigos de fatiga desaparecidos. Y, cuando era necesario, dando cristiana sepultura a los difuntos.

Fue tanta la miseria que sobrevino al grupo, que se dejó de perseguir a los fugados, que tenían mayor castigo que en la soga, pues penaban por doquier, solos, sin compañía y sin consuelo eterno.

Los más afortunados buscaban en la noche el rastro de algún perro, que era cocido o asado con urgencia, por temor de que el dueño lo supiera y les arrebatara las presas más jugosas.

- *Fray Luis, no me negará que saben a cabrito estas lagartijas. Seguro que en Castilla no han probado bocado igual.*
- *Hermano, he de confesarte que no comía tan rico plato desde hace tiempo.*

La necesidad fue tal que se negociaba con las raciones de ratones y lirones, a los que se cocinaba como a conejos, cuidando que las aves y felinos no se acercaran a sus trofeos, dando al traste con sus ganancias.

A tal extremo se llegó que, en una ocasión, unas jovencuelas esperaron la salida de un joven tambor para arrancarle una oreja con la que mantenerse vivas; a cambio la justicia le concedió de dieta diez raciones extras, por lo que no le hubiera disgustado la pérdida de la pareja. Otros cocían las tripas de los ahorcados como rancho, cada vez en mayor número, con las que en no pocas veces comerciaban con las doncellas a cambio de favores con los que deleitarse; pues no sólo de pan vive el hombre.

Después de varios meses, con las penurias que relato, tuvo a bien personarse Mendieta en la isla para aprovisionar las naves, lo cual fue acogido con alegría, tanto que algunos compañeros creyeron que morirían al ver cómo daban fin a las gaviotas y palometas, que salían limpias del fuego con solo

olerlas. Porque no tiene miras la Muerte, que a todos equipara, alcanzando por igual a zapateros, arcabuceros, letrados o filósofos, que no teme el hambre al poderoso, ni al noble, ni al vaquero.

El velero hizo un segundo viraje a Biaza, a pesar de las negativas de los recluidos, que veían en su marcha renovados tormentos. Más no fue así, pues el retorno no se hizo esperar, ahora con don Ortiz de Zárate. Pusieron rumbo al puerto de San Gabriel a finales de octubre de 1573, sin saber dónde se encontraba en punto cierto.

Muchas fueron las expediciones que habían arribado ya a estas coordenadas, desde que Gaboto fijase su nombre allá por 1527.

Isla de San Gabriel (noviembre de 1573).

La tarde del 26 de noviembre, después de muchos tropiezos, fondearon cerca de San Gabriel con salves, pues no veían el momento de pisar firme. Se les aproximaron en canoas los charrúas para hacerles agasajos. La flota había estado recibiendo durante el día un aire del Sur que molestaba a los pilotos, cuando de pronto un viento frío de sudeste levantó las aguas del río, al unísono que una lluvia débil y monótona hacía presagiar lo peor.

La antena de la Capitana se rompió en mil pedazos a la vez que encalló la Almiranta. La tripulación salió a cubierta gritando despavorida, tanteando

cualquier punto donde asirse que no lo lanzase al agua, tanto gente de mar como de tierra, ya que nadie osaba manejar las velas, sino la ventisca a su antojo. Las mujeres y muchachos creyeron que se aventuraba el juicio final, insultando al maligno e injuriando, entendiendo que era un castigo divino por la conducta inmoral que se permitió en Santa Catalina. Uno de los frailes de la embarcación gritaba desde la popa:

*Gran Dios, Señor inmenso y soberano,
que permitís azote como vemos
aqueste Satanás con cruda mano,
el secreto tan alto no entendemos,
sabemos pero bien que no es sano,
el mal que muchas veces padecemos,
que son por los pecados cometidos,
los males muchas veces inflingidos.*

Las voces actuaban de correo entre las naves, que maniobraban para socorrer al pasaje. Grumetes, religiosos y pajes. Subieron a las auxiliares con destreza, salvando aquello que quedaba en cubierta, pero pusieron más ahínco en la vida que en los víveres. Hasta que la zozobra abrió vías por las que el agua hizo su casa en la Almiranta después de navegar sin timón durante días, imposible de reutilizar. La Capitana, sin embargo, sin palo mayor, fue varada a instrucción del Adelantado, sus restos sirvieron

de fortaleza en los que se cobijaron durante el tiempo que duró la tormenta.

Ya en calma, se mandó rastrear la bahía. La avanzada descubrió junto a una cruz maltrecha que sobrevivía de las primeras fortificaciones unas cartas que Felipe Cáceres había ocultado para el Adelantado, en las que se incluían pormenores del estado en que se hallaba la gobernación y de los planes que La Torre tramaba contra su parecer. Animado por la noticia se dio consigna de crear asentamiento; Zárate se reunió con sus hombres de confianza en unas tiendas provisionales para trazar un plan de su bienvenida a Asunción, pues era conveniente ser previsores durante los últimos lances.

Con la salida del sol se construyeron chozas de paja donde resguardarse. No por mudar de espacio habían cambiado de suerte, pues la falta de raciones les obligaba a salir para recolectar hierbas con las que alimentarse, amén de las capturas que en ocasiones les regalaban los nativos.

Los charrúas se aproximaban al fuerte, trayendo como presentes doradas, avestruces y venados para agasajar a los visitantes. Muchas eran las historias que había oído Centenera, tanto en Sevilla, donde los primeros pobladores de Buenos Aires nunca terminaban de relacionarle la sangrienta lucha que con ellos mantuvieron, como a lo largo del viaje, donde los marineros adornaban sus crónicas con todo lujo de fantasías, que más semejaban a los indios con gigantes que con humanos. Hasta el punto de que

en una ocasión le contó un cocinero portugués, que lucía una cicatriz que le atravesaba la cara, que la marca se la había efectuado un charrúa con sus propias garras, que de no ser por un holandés que lo batió con un disparo de arcabuz, hubiera dejado en la costa su vida junto al ojo que le faltaba.

Sin embargo, trabó amistad en estos primeros días con Abayubá, un sobrino del cacique que les señoreaba. Su afán por saber sus costumbres era superior a su temor, que provenía de las narraciones de Schmidel, cuyas ilustraciones había mirado con detenimiento en las librerías de Sevilla, por lo que intentó conocerlos. Sus casas estaban cubiertas de esteras, sin llegar a ser pueblo o aldea, pues eran nómadas en la selva. Eran gentes atléticas, valerosas. Con Abayubá salía de mañana de caza con unas bolas que lanzaba a las presas sobre sus cabezas, a más de cien pasos sin errar, desollando luego el cuerpo, aún caliente, como símbolo de poderío. No quiso entonces el salvaje revelarles el significado de las marcas de cuchillo que adornaban su cuerpo, si bien no tardaría en aprenderlo.

Entre tanto habitaban las chozas iniciales, que dieron lugar a cuartos de adobe y techos de madera. Parecía la primera morada de la armada. Se apresuraron a levantar fortificaciones, aprovechando las maderas rotas de la Capitana. Se improvisó una ermita bajo un crucifijo desproporcionado de madera, junto al fuerte, en la que se bautizó a Abayubá. Tanta prosperidad necesitaba un nombre. Se tuvo a bien

denominar al campamento Pueblo de San Gabriel, en el que nunca faltaron los dos rezos diarios, en ocasiones con la compañía de los charrúas. Por fin encontraba Centenera sentido a su trabajo en aquella selva plagada de piedras, que tanto le recordaban las rocas próximas a Trujillo en las que se tumbaba a descansar cuando de joven las recorría en compañía de su padre Miguel y su hermano Sebastián, subiendo y bajando por ellas bajo la atenta mirada de su padre Miguel, que soñaba con un futuro para sus hijos lejos de aquellas tierras de servidumbre.

Puerto de San Vicente (1573).

Díaz Melgarejo y sus hombres arribaron al muelle de San Vicente a la vez que el Patax de Zárate. En sus filas se incluía el joven Ruy Díaz de Guzmán, nieto de Irala, que llevaba siempre anotaciones de sus hazañas para un memorial que meditaba escribir. Allí supo las desgracias de la armada y siguió el mismo rumbo que esta con el propósito de sacar provecho de su intervención, prestando ayuda en el rescate y tomando parte de los beneficios que se obtuvieran por la venta de las mercancías.

En su contra se hallaba fray Pedro de La Torre, que partía para España. No eran nuevas las disputas entre el poder real y el divino, especialmente contra Felipe Cáceres, ya que se pensaba que el obispo no debía interceder en los enfrentamientos terrenales.

A la llegada de Felipe Cáceres a Asunción desde la Isla de Martín García, a donde partió en busca de las naves de Zárate, se encontró con la ciudad dividida, por lo que arremetió contras las fuerzas eclesiásticas. Tal fue el estado de las rencillas que el prelado tuvo que guarecerse en el Convento de Nuestra Señora de las Mercedes con cincuenta fieles por temor a que acabaran con su vida. Hasta que una mañana, cuando Cáceres entraba en la catedral, fue apresado por los feligreses. Las embarcaciones que aguardaban en San Vicente lo llevaban de vuelta; con él se tornaron muchos de los pasajeros del Adelantado.

Era tanta la división entre ambas fuerzas que Melgarejo armó el Patax y escudriñó el rastro del Zaratino. A su paso por la Isla de Santa Catalina dieron cuenta de su estancia los sepulcros y el cadalso maloliente. De allí a Biaza, cuyas conversaciones con los guaraníes les ofreció revelaciones de la ruta. Reclutó a indios de Brasil, expedicionarios de las selvas y los archipiélagos que aseguraban una persecución menos incierta, con menos contratiempos.

Con estas pistas dio vela al viento y puso rumbo al argentino esperando encontrar con vida a la flota.

Isla de San Gabriel (noviembre-diciembre de 1573).

Como tuvo noticias Zárate de la importancia de Abayubá mandó llamarle al Real por el *lengua* que lo acompañaba. No tardó en hacerlo preso y pedir

como rescate provisiones de caza. Su acto supuso el inicio del abatimiento de su gente y pronto iniciaron los charrúas las hostilidades.

La primera refriega se libró una mañana en la que cuarenta paisanos volvían de recoger madera. Sorprendidos por los indios, no pudieron dar uso a sus arcabuces, aunque tampoco hubieran sido útiles por estar la pólvora húmeda. Los porteadores de los costales fueron los primeros en caer, a macanazo puro, a quienes siguieron las escoltas, que opusieron algo más de resistencia con la espada, pero nada podía hacerse frente a los envites de las volanderas.

Zárate quiso resistir las razias, mandó al capitán Pablos Santiago, como hiciera en Santa Catalina, con doce expedicionarios, a los que aprestó a reunirse con las fuerzas del sargento Martín Pinedo y sus cincuenta soldados. En vano fueron sus intentos. Los charrúas, a lo lejos, mientras hacían sonar bocinas y trompas, avanzaban gritando y cantando.

Tan sólo quedaron en el campo los restos de las alabardas, las rodelas y espadas, teñidas de sangre, pues no consiguieron encontrar los cuerpos, que habían sido arrastrados tierra adentro. Los charrúas se habían apoderado de sus armas y vestimentas. Por cada uno que eliminaban se rasgaban el antebrazo, y no faltaron muescas en Abayubá y Tabobá que pusieron fin a los más aguerridos. Luego los desollaron como trofeo, luciendo las pieles en sus armas. Fue motivo de preocupación para los colonos presenciar desde el fuerte cómo admiraban las rodelas

salmantinas doradas, los alfanjes y morriones, cómo se vestían con las capas, sayas y jubones de las milicias aún con vida, para después rematarlos contra el suelo. Algunos vieron a sus hermanos morir en el campo de batalla, los hijos, padres, maridos y amigos, dando lugar a lamentaciones que no pudo consolar Centenera con sus plegarias.

Hubo descanso por la noche, momento que aprovechó Zárate para proteger sus pertenencias y su cuerpo en el interior de las embarcaciones. Los que permanecieron en tierra corrieron a refugiarse en los restos de la Capitana varada, apremiándose a rehacer los puntos débiles que tenía. Mientras los cristianos vigilaban el horizonte llegó al barco un indio vestido de español, de apelativo Yamandú, con sayo morado de algodón y sombrero castellano. Fue cobijado dentro e informó de las intenciones de Juan de Garay de auxiliar a Zárate. El vizcaíno se apresuró a dictar cartas solicitando su ayuda, implorándole que trajera comida con la que abastecer a sus hombres. El correo salió urgente en su búsqueda. Zárate salvaguardó al resto en las naves, abandonando la tierra firme.

Al día siguiente despuntó de las filas de los charrúas un joven bravo que, a medio cuerpo en las aguas, pedía lucha individual en la arena, para que se diera por zanjada la pugna. La respuesta fue un disparo que acabó con sus días. Las tribus de Abayubá, que esperaban agazapadas entre los juncos, buscaron venganza, pero fueron repelidas con

la pólvora. Así estuvieron toda la jornada, asediando los navíos una y otra vez, deseosos de capturar a los que salieran a por víveres cuando finalizaran las reservas. Seis soldados de Santiago que sobrevivieron al ataque inicial contaron a Zárate qué hacían los charrúas con los cautivos, a los que sometían como sirvientes; de hecho, aún mantenían con vida a treinta cristianos. Se supo que Yamandú se había mudado a vivir con ellos. Quiso así engañar a los españoles para que se retiraran de las barcas y fueran a la isla.

Tras varios días de encierro, un grumete gritó:

- *Barco a la vista, ¡El Patax! ¡El Patax! Estamos salvados, ¡Viva Dios!*

Los de dentro subieron a cubierta, unos lloraban, otros se tiraban al suelo, los más enfermos notaban alivio de inmediato y no hubo nadie que no se entusiasmara con el aviso.

Melgarejo traía medicinas, provisiones y armas con las que combatir a los indios. No le era nueva la lucha con los indígenas, puesto que en la Guairá, con la colaboración de Riquelme, había pacificado la provincia matando a muchos y obligándolos a someterse a las encomiendas que creó, donde se practicaba toda clase de abusos.

Con él resolvió Zárate su partida hasta la Isla de Martín García, anotando en su cuaderno Centenera: *Diciembre de 1573. Sin noticias de don Juan de Garay.*

Isla de Martín García (diciembre de 1573).

Bajo la guía de Abarorí, cautivo por Melgarejo en las refriegas con los charrúas, llegaron a la Isla de Martín García, donde fue enterrado cincuenta años atrás un dispensero, que dio nombre al lugar. Era la puerta de entrada a los principales ríos de la provincia: Paraná y Uruguay. Allí había numerosos restos de las disputas entre castellanos y portugueses.

- *Querido Centenera, veo que toma usted nota de cuanto acontece a las naves, y que tiene especial interés por estas tierras. Pues sepa usted que el primer navegante de estas aguas fue el sevillano Juan Díaz de Solís en 1516, que le llamó el Mar Dulce. Apúntelo, pues más tarde le contaré nuevos sucesos de su viaje, si aún sigue con vida. El Río de la Plata, como le llaman estos marineros no es otro que el Río de Solís.*

Se organizó una primera incursión, en la que partió Centenera como un remero más, temeroso. Se adentraban por una espesa vegetación de juncos a través de un brazo de río que se internaba en la isla. A lo lejos, un grupo de indios con la piel pintada y adornada con rico plumaje les lanzaban gritos, amenazando con arrojarles flechas, que de estar más cerca no hubieran dudado en hacerlo.

Tras un recodo percibieron las chozas de paja y eneas del cacique Tabobá; tuvieron que apresurarse a seguir más adentro, evitando la lucha, por momentos inminente. En estas estaban cuando se aproximó

un joven castellano desnudo, al que subieron a bordo. Se trataba de Cristóbal Vargas, compañero de expedición, que había sido raptado junto a seis hombres más, por los que se pagó poco después rescate. Con los presos, y algo de yantar que consiguieron, volvieron al campamento, donde fueron acogidos como nuevos Mesías. Habían muerto otros diez por desfallecimiento, a quienes tuvo que cantar, como solía, el *Miserere mei*. Se decidió seguir río arriba, en dirección a Asunción, en cuanto hubiera oportunidad de hacerlo. Ya estaba cerca el final.

Subieron lentamente porque las fuerzas de los remeros eran tan pocas que el descanso se hacía necesario. En el curso del río salieron al rescate los querandíes, que les dieron pescado a cambio de adornos, con los que viraron en dirección a Gaboto. Pasando la torre toparon con el río de Ayolas, que por su estrechez les cobijaba de vientos y tormentas, en cuyas islas habitaban los timbúes. La situación se hizo insostenible, pues las excursiones, que duraron meses, no aportaban ninguna solución a los débiles ímpetus de los marineros.

Sin embargo, fueron de gran utilidad para las intenciones de Centenera, que gracias a estas expediciones entendió la nobleza de espíritu de sus enemigos, capaces de defender sus posesiones con la vida, sin desasosiego alguno por sus destinos. También comprendió las aspiraciones de los españoles que gobernaban la armada, muy distintas de aquellas ilusiones que prometían en la Corte, preo-

cupados de ascender rápidamente en su carrera a costa de los colonos y los nativos, a quienes no dudaban en enfrentar para ganar aliados.



Luchas contra los timbúes en la fundación de Corpus Christi.
Viaje al Río de la Plata, Ulrico Schmidel (1567).

Santa Fe (noviembre de 1573).

Tres años suponían mucho tiempo para épocas de continuos cambios. Felipe Cáceres había sido depuesto por La Torre como gobernador del Río de la Plata. Su capitán, Juan de Garay, con el permiso del Teniente del gobernador Martín Suárez de Toledo, había fundado Santa Fe junto a un grupo de criollos traídos de Asunción, al sur del Paraná. Los bandos públicos fueron anunciados en la plaza el 23 de noviembre de 1572 con el fin de socorrer a la armada de Zárate. En abril partieron con los navíos: un bergantín, cinco barcas y algunas canoas para el auxilio de las principales, cargados de semillas, fraguas, armas, municiones, plantas frutales y viñedos. Por tierra llevaron caballos, yeguas y vacas, el ganado mínimo para un primer asentamiento. La empresa no fue fácil. Garay, con algunos indios y esclavos negros, consiguió bajar desde Asunción, conseguía con esto dar salida a los asunceños, que vivían de espaldas a Lima: *abrir puertas a la tierra*, le encomendó el Virrey. Su función como escala y amparo de los mercantes que procedían de los Reinos de España y la Costa de Brasil no era factible en esas condiciones.

No bien hacía un mes del desembarco de Zárate, el 15 de noviembre de 1573, cuando finalizó la distribución del fortín. El poder del cabildo era aún muy inestable, pese a tener alcalde y regidores. Plantó el rollo de un tronco de algarrobo donde ajusticiar a los delincuentes, símbolo del poder Real;

dividió la tierra en cuadrículas, como era costumbre, concediendo a cada vecino un cuarto de manzana en la que edificar sus casas y cuadras. La plaza central se dejó para la Plaza de Armas, rodeada de las dependencias administrativas del cabildo, la iglesia mayor y las viviendas de los principales, entre las que destacó la reservada para él y sus gentes. Garay, tomando la voz, tras las preceptivas ceremonias religiosas, fue citando uno a uno los solares, las chacras y las suertes de estancias a ambas partes del río para la cría del ganado. Los escribanos y notarios levantaron actas reales y se dio por colonizada la tierra con proclamas al Rey Felipe.

En plena ebullición de los trabajos, la expedición de Zárate a Martín García preocupaba a los moradores, que en tan corto espacio de tiempo veían cómo su señor, pariente cercano del nuevo Adelantado, los abandonaba para socorrerle. Era el empuje que habían estado esperando en Asunción los descendientes de los primeros conquistadores desde años, quienes no habían heredado encomienda con anterioridad. Suponía una segunda oportunidad que ahora podría frustrarse por la marcha de las fuerzas, pues la obligatoriedad de persistir cinco años como vecino implicaba tantos riesgos que sin soldadesca parecía una temeridad.

En este punto Yamandú partió de San Gabriel como el mensajero de Garay, interpretó las cartas a los charrúas, a la espera de que terminaran con los cristianos. Con la huida de la armada partió diligen-

te a Santa Fe, donde se entrevistó con Garay, para entregarle las peticiones de Zárate.

Con urgencia armó unas balsas en las que descender hasta los restos de Sancti Espíritu, aprovisionándose de viandas y armamento. Se rodeó de treinta y ocho hombres de a pie de confianza y veintiuno de cabalgadura. La espesura de las islas era refugio para los guaraníes, que a su paso huyeron de las guerras que anhelaban hacer los de a caballo. Hasta que finalmente consiguió llegar con veintidós de infantería y doce jinetes a la Torre de Gaboto, en la ruinas de Sancti Espíritu.

Sebastián Gaboto había establecido en las confluencias del Paraná y el Carcarañá en 1527, tras sórdidas penurias en Brasil y el Río de la Plata, el primer asentamiento a lo largo del cauce del río en busca de las riquezas del Imperio Inca y el *Rey blanco*. El fuerte y las casas, que utilizaron de alojamiento para los capitanes y pilotos, sirvió de base a los dos años de expediciones que realizó hasta el Pilcomayo y el río Paraguay, en los que no tuvo noticias favorables a sus intereses. Tras los insistentes ataques de los guaraníes desamparó a su suerte la plaza, asolada hasta la desaparición por los nativos, a excepción de una de las torres. En ella dejó escrita Irala una carta en la que narra las penurias que acontecieron a Buenos Aires en 1541. También en ella tuvieron asamblea Luis de Cabrera y Garay en la conquista del este de La Plata, pues ambos determinaron esa ubicación para sus gobernaciones: Tucumán y

Asunción. Cabrera se retiró a Córdoba, dejando los terrenos bajo la jurisdicción de Garay, y por tanto de Santa Fe. El juicio sobre la jurisdicción del Río de la Plata a Tucumán o Santa Fe duraría años, hasta que finalmente se reconoció la inclusión a la segunda, como siempre había pretendido Garay. Ahora acogía a Zárate, Melgarejo y Garay, que buscaban remontar el río hasta Asunción.

Zaratina de San Salvador (mayo de 1574).

- *Hace tiempo deseaba saber de ti, viejo amigo –le gritó Zárate a Garay-. No esperaba encontrarte de esta guisa, pero el destino es impredecible.*

Garay aprovechó la tregua para contarle a Zárate la repatriación de Felipe Cáceres y el florecimiento de las recientes Santa Fe y Córdoba. Los mensajes no eran buenos para él, si bien primero debía mitigar las fuerzas timbúes que los asolaban en persistentes emboscadas.

Melgarejo se acercaba por mar, haciendo restallar la artillería y doblgando en cada disparo a los corros. Garay embestía de frente con la caballería. El número de facciones era inferior, aun con la suma de una embarcación que había sido flotada desde Asunción. Centenera partió con Garay por las riberas, donde sufrieron todo tipo de suertes, incluso la muerte de la cabalgadura del capitán, que cayó herido, a cuyo cuidado quedó el extremeño, que

por miedo al agua nunca abandonó las barcas, pese a que las tormentas lo calabán hasta el tuétano.

Allí tuvo lugar el combate más sangriento que presenciase jamás, donde más de dos mil charrúas fueron abatidos por los españoles con la ayuda de los arqueros guaraníes reclutados por Garay. Centenera ya entendía la lengua guaraní y podía descifrar algunas de las injurias que proferían los caciques a la soldadesca: *malnacidos, mujeriegos, cornudos*. Meses después recordaría los apodos de aquella mesnada: Hernán Ruiz de Córdoba, Mateo Gil de Jaraicejo, Menialvo, Leyva y tantos otros a los que agradecería por siempre su salvación.

Dieron muerte a sus jefes: Tabobá, Anagualpo, Yandinoca, Zapicán y Abayubá, así como a más de doscientos insurrectos, al grito de ¡*Santiago!* ¡*Santiago!* Fue tal la sangría que tardaron varios meses en clarearse las teñidas aguas. Los soldados gritaban enardecidos al ver que los charrúas huían, pero no sería definitiva la paz.

Era el 30 de mayo, el Adelantado aún no había realizado ninguna fundación, como prometiera a Su Majestad en Madrid. Entendió que había llegado el momento, que la compañía estaría alegre por la victoria. Poco le importaba a su edad el desarrollo de su aldea, la viabilidad de su trazado o la idoneidad de su ubicación. Aquí, con la ayuda de Garay, que conservaba copia de las actas de Santa Fe, emergió Zaratina de San Salvador, la que sería la capital de la Nueva Vizcaya, en sustitución de la desastrada

Buenos Aires, en las inmediaciones del río Uruguay, a resguardo del viento. No faltaron las lecturas de Cédulas Reales y permisos como gobernador y valedor, así como los preceptivos derechos para decretar corregidores y alcaldes, tan del gusto de Zárate. Pero la casualidad quiso que los insistentes ataques de los charrúas no contentaran a los colonos venidos de la península, que bastante habían padecido en el viaje desde que salieran de Sevilla. Zárate no tuvo otra opción que dejar el fuerte con sesenta soldados al frente, cómo iba a deshacer el acto inaugural –*Malnacidos, comilones, endiablados*– llamaba a los hombres de tierra, *-después de haberos alimentado todo este tiempo, ¿Qué os debo? Ganas tengo de abandonaros...* Las batidas de caza eran un calvario para sus habitantes; no podían cultivar las huertas, y la ayuda solicitada a Santa Fe, Asunción y Córdoba por mensajeros nunca terminaba de llegar, a pesar de que Melgarejo trajo pobladores en 1575. Dos años después sería arrasado el campamento, sin provisiones, sin visitas, sin cuidados. Zaratina asaltada y la nave Vizcaína, varada a su suerte, poco importaba ya.

Durante el camino les fueron sorprendiendo con monotonía las refriegas a cada paso. En una ocasión, los aborígenes capturaron a un hombre de Juan Ortiz, de sobrenombre Echevarría, procedente de Vizcaya, que había sido ordenado en grados de Filosofía, y con el que muchas veces había departido Centenera sobre cuestiones teológicas y morales, o sobre la caridad hacia los indios. No pasaría la jorna-

da sin que viera cómo lo amarraban a un tronco sobre el que lanzaron una lluvia de flechas. Al poco pareció un erizo tendido al sol.

Igual desaire sintió por su paisano Juan Gago, que con Centenera y sus gentes partió de Sevilla con su hermano Pedro. Apenas mozo entró a servir en su casa, inseparable, durante el trayecto se ocupó de sus bienes y ropas, acomodándose al pie de su camarote. Me narró entre lágrimas el Arcediano su rapto, en el que clamaba a la Virgen de Santa María de Guadalupe para que intercediera por él como abogada. Intentó mil vías de rescate previo pago de las pocas riquezas que mantenía, las cuales fueron inútiles. Persiguiendo a los indios se internó en la selva varios días, contratando espías naturales sin éxito, a pesar de las mediaciones de Juan Barros, que se sumó a las naves en este punto.

Barros había sido apresado de niño por los indios chanaes en la expedición de Pedro de Mendoza, en 1536. Entre ellos se había criado, adoptando sus costumbres. Como esclavo fue vendido y posteriormente hecho cautivo por los chiriguanes, con quienes se desposó y tuvo hijos. Cuando supo de la aparición de los españoles en el río Uruguay salió al encuentro con su familia, prescindió de los cerdos y cabras, las hortalizas, el trigo, y al paso de la armada subió a las naves. Centenera bautizó a su mujer e hijos en la improvisada iglesia de barro y paja que se cimentó en Zaratina de San Salvador, donde bendijo al nuevo matrimonio. Barros tenía cuarenta años; más de la

mitad los había pasado entre aquellos pueblos. Le enseñó la lengua guaraní, las costumbres y sus ritos, justo antes de que el Adelantado lo incluyera en sus filas como *lengua*.

Muchas serían las fundaciones siguientes que persiguieron los conquistadores del Río de la Plata: San Francisco de la Nueva Provincia de Álava por Pedro de Zárate en octubre de 1575; San Clemente de la Nueva Sevilla por Gonzalo de Abreu en 1577 o Jerez por Melgarejo en 1579. Todas sin concierto, con la única intención de asegurar sus posesiones. Todas fracasarían con la muerte de muchos colonos y más indios, de ellas supo informarme Centenera, que conocía a los vecinos, soldados y religiosos que intervinieron en cada una.

Aquí pongo descanso a la crónica por un tiempo, pues debo dedicarme a mis tareas en la encuadernadura del monasterio, que ya me ha ocupado mucho tiempo este traslado. Del resto de acontecimientos, si tiene a bien el lector, daré cuenta en los sucesivos capítulos: Asunción, Lima y el juicio de Oropesa.

Asunción del Paraguay (febrero de 1575/1577).

8 de febrero de 1575. Después de más de dos años de viaje atracaban en Asunción, que, sin tener alardes de grandeza, superaba lo conocido río abajo. No estaba trazada a cordel, fruto de los continuos avatares que había sufrido el asentamiento de la villa. Su

firme era de arena, poco uniforme, con calles de distinta medida y diferente ancho. Las casas eran de planta baja, las principales de barro cocido mezclado con piedras, rellenadas las juntas con mortero de cal. El techo era de paja, y las más lujosas de madera con teja vana.

En la popa se pertrechaba el tesorero que había dictaminado Zárate para Sancti Espíritu y San Francisco. Hernando de Montalvo vivió en las Indias largo tiempo y sus vivencias habían forjado en él una opinión clara al respecto: *los mancebos son gente desleal, sin respeto a la Justicia Real; abandonan a sus mayores, si bien tienen grande fortaleza y son amigos de la guerra. ¡Cuídese de ellos, Centenera! ¡Aléjese de sus pretensiones y tendrá paz! Claro que no son mejores los hombres que ha traído Zárate. Observe a su alrededor y solo encontrará a la escoria de Andalucía, maleantes, furtivos, gentes de mal vivir que quieren tener aquí la grandeza que les niega la patria.* Montalvo siempre le pareció un hombre cabal, virtuoso, con miras de Estado y organización espléndida, frente a las tropelías que cometía Zárate, del que afirmaba en secreto: *Si Dios llevase a este vocinglero, el pueblo miserable quedaría contento. Mas suelen durar mucho estos tiranos, para castigo de mortales.* Y así fue.

Centenera era la máxima autoridad eclesiástica, falto de Superior, como tal aconsejaba al gobernador sobre sus posesiones, a lo que hacía oídos sordos, cegado con imponer justicia con prontitud para dejar claras las funciones políticas y las espirituales.

Tres años después juró el cargo de Arcediano que obtuvo en Sevilla, cuando más lo necesitaba la región. Hasta que un día, con más pena que gloria, murió Zárate, entre el velatorio de acreedores que querían cobrar su parte cuanto antes, sin dejar que el cadáver se enfriase, como había sucedido siempre en Asunción desde sus orígenes. Pero no adelantemos eventos, que tiempo habrá de volver al sepelio.

Tampoco colmó Centenera allí sus necesidades, que viniendo una mañana de la colegiata, después de celebrar la misa matinal como acostumbraba, se arrió a la choza de Mariana, una comadre que había perdido a los suyos en Santa Catalina. Llamaron al único perro que subsistió de la armada con unos huesos, el animal se acercó a su puerta y entró. La mujer le golpeó en la cabeza con unos troncos que tenía para avivar el fuego, encendieron el horno y lo asaron, en silencio, sin hablar. Al terminar el banquete Mariana lloraba desconsolada por el atrevimiento, pero el Arcediano absolvió sus pecados, pues no fue falta lo que hicieron, sino dieta.

Cuando el Adelantado Pedro de Mendoza se adentró en el Río de la Plata por primera vez, caballero de la Orden de Alcántara y posteriormente de la de Santiago, tenía la misión de asegurar ante Portugal las posesiones de la Corona en la Indias orientales, obsesionado por la leyenda de las riquezas naturales en la región, con el fin de abrir la Ruta Real. No tardó en darse cuenta de las dificultades de su empresa. Él, que había pensado en conquistar

una nueva Roma, instauró Buenos Aires, un reducto de maderas y cuerdas en los que se guardaban de los ataques de los indios, como puso por escrito Schmidel. La enfermedad hizo mella en su cuerpo y relegó el testigo a Juan Osorio en Río de Janeiro, pero las confabulaciones de Juan Salazar y Espinosa de los Monteros acabaron con su ejecución. Con él se planteó el fuerte de Santa María del Buen Ayre; era febrero de 1536. La ambición de Mendoza por ampliar las posesiones reales y las propias hizo avanzar a Juan de Ayolas río arriba en busca del “Rey Blanco”, donde remontó el Paraguay y edificó un primer reducto bautizado como La Candelaria, en el río Paraná. Llegó hasta la región del Chaco tras numerosas contiendas narradas por los supervivientes, viajó sin rumbo durante el trayecto hasta que falleció, casi desmayado, en un ataque de regreso a La Candelaria. Mendoza, asustado por la ausencia de Ayolas, envió en su búsqueda a Juan Salazar y Espinosa, a la vez que regresaba a España –murió cerca de La Gomera-. Salazar edificó el 15 de agosto de 1537 un primer asentamiento consagrado, *Nuestra Señora Santa María de la Asunción*, pero la rebelión contra Núñez Cabeza de Vaca le valió la repatriación en 1544, aunque embarcase de nuevo en 1547 como tesorero, donde murió años después. Junto a Ayolas había estado fielmente Domingo Martínez de Irala, que quedó como lugarteniente en el Fuerte de La Candelaria. Apenas tuvo certeza del finamiento de Ayolas, fue elegido jefe y personalizó

sus privilegios. Ordenó fortalecer el lugar, aumentar las guarniciones y pacificar los alrededores para crear un asentamiento fértil y próspero, distinto a Buenos Aires, rodeado de tribus más dóciles y fáciles de doblegar. Desmanteló los fuertes de Buenos Aires y subió a las víctimas a Asunción. Así comenzaba la prosperidad y fortalecimiento de la primera urbanización española en La Plata.

La Corte supo de la muerte de Mendoza y decidió sucederlo con un segundo Adelantado, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, en 1540. Desde las costas de Brasil su ruta fue por tierra. Le escoltaron hombres que dejaron su huella en la región: Ñuflo de Chaves, que fundó Conquista de la Sierra, tuvo larga descendencia, e intentó poblarla con concurrencia de Asunción. Más tarde se proclamaría gobernador Diego de Mendoza, que mató al alcalde y regidores y quiso hacer la guerra al Virrey Francisco de Toledo, quien le dio muerte en Potosí. Luis de Miranda que pobló la inicial Buenos Aires y describió sus miserias, y tantos otros que le informaron.

Se acompañó Cabeza de Vaca de indios tupís-guaraní y a través de la selva bajó por las cataratas de Iguazú hasta Asunción. Sus disputas con Irala fueron en aumento; él defendió los intereses de los indios, las denominadas *Leyes de Indias*, Ayolas los de los mancebos e hidalgos españoles, que tras las desgracias de la fundación de Buenos Aires entendían un pago justo las encomiendas que atesoraban en Asunción. Cuatro años después, traicionado por las

fuerzas locales, fue repatriado, acusado de alborotos e incendios, y sus seguidores perseguidos y encarcelados. Asunción era tildada como el *Paraíso de Mahoma*, donde cada conquistador tenía numerosas doncellas para sus acomodados, aislada del mundo, alejada de La Ciudad de los Reyes y de la mano firme del Virrey.

Poco le duraría la alegría a Irala, pues murió en 1556 de las dolencias propias de sus excesos, tras cuyo fin se reunieron en el templo los más destacados de la villa y eligieron como gobernador a Francisco Ortiz el de Vergara, que casó con su hija. Con él había coincidido Centenera en Madrid. A este le sucedió Felipe Cáceres, a órdenes de Juan Ortiz de Zárate, hasta que fue expulsado, quedando bajo la regencia interina de Martín Suárez de Toledo, oficial con Cabeza de Vaca. A todos había sucedido ahora el Adelantado Zárate.

Así me lo contó Centenera, quien había sabido las historias por los marineros que deambulaban en las calles de Sevilla, por los funcionarios del Consejo de Indias en Sanlúcar, murmuraciones con las que pasar las largas noches de insomnio, y por los piadosos de Asunción, tantas veces en disputa con el cabildo. En esos días aprovechó su cargo de Arcediano para consultar los archivos de la diócesis y conversar con los devotos de la parroquia. Pasó las noches cotejando apuntes y notas con las que reconstruir aquel rompecabezas que había montado en su interior y que necesitaba ajustar fielmente a la realidad

para averiguar su naturaleza. Allá anotaba el origen de una expedición por el río, los nombres de las tribus y caciques, aquí las traiciones de las gentes del Rey, las expediciones infructuosas o las nomenclaturas de zonas de las que desconocía su ubicación. Exprimía al máximo a sus feligreses, las tertulias de cabildos, el paso de frailes por ventas o misiones en las que participaba activamente. Sabía que el conglomerado social asunceño, donde convivían españoles de distintas expediciones con nuevos colonos, hijos mulatos, esclavos, naturales de la tierra era un complejo de intereses difícil de manejar para un recién llegado. Lo que empezó siendo un simple ejercicio fue anotándose como memorial del Río de la Plata, la primera crónica hasta Zárate, la que contendría la realidad de la conquista. Así, por ejemplo, supo de las pugnas entre Felipe Cáceres y La Torre por las confesiones hechas por el jesuita fray José de Anchieta, que después de ir con el obispo había regresado a Asunción para continuar su trabajo en la Orden y que era asiduo comensal en sus posesiones.

Porque una vez en Asunción, polvorienta y desgobernada, se sintió mal con su espíritu, abandonado por Dios. Había sufrido con sus vecinos de Logrosán aquellas desventuras, muchos de los cuales habían muerto en el camino, para conocer un mundo de flaquezas, desleal, donde la vida valía menos que la riqueza de unos pocos militares avarientos que no dudaban en traicionarse por un plato caliente.

La iglesia mayor se tornó en su morada habitual. Oficiaba misa a diario, a las que asistía el Adelantado con su guardia personal, dentro de la reja de la Capilla mayor. Las tres puertas de la nave central estaban abiertas a los vecinos que con regularidad acudían a las ceremonias. Las más de las veces los indios oían la predicación desde la calle, junto con muchos españoles que no bajaban del caballo. Los *yanacunas* de las encomiendas resultaron muy predispuestos a aceptar las doctrinas, pues los niños asistían a la vicaría casi a diario para ser instruidos por los maestros. Los bautizos, sin embargo, se dilataban hasta varios años, pero nunca faltaban a enterrar a sus difuntos, hasta el extremo de que cuando morían a varias leguas los amarraban a sus mulas para llevarlos ante los sacerdotes. Si la distancia era mucha, les arrancaban la piel para que recibieran cristiana sepultura sus huesos, pues era tanto el temor de Dios que nunca se omitía este sacramento. La sacristía era el lugar escogido para las reuniones con los frailes de Asunción, donde se debatía sobre las necesidades materiales y espirituales de las ramificaciones que crecían bajo el amparo del cabildo, Santa Fe y Ciudad Real, pues no en vano custodiaba en ella los misales, devocionarios, cruces o reliquias que habían sobrevivido a los naufragios. Allí reservaba sus obsequios más personales, lejos de la mano del coadjutor Alonso Pérez de Herrera, del que había oído que fue partidario de Felipe Cáceres. La otra gran construcción era el monasterio de Nuestra Señora de las

Mercedes, que había sido aposento de La Torre. El cenobio se nutría de hijos de españoles nacidos en el Nuevo Mundo, así como de mestizos letrados que veían en la institución una vía de superación social. A sus pies se tendía la Plaza de Armas, en la que se pregonaban los bandos y derechos que Ortiz de Zárate anhelaba fueran oídos por sus vecinos, haciendo las veces de púlpito público.

La autoridad eclesiástica era inexistente y así pretendía Zárate que siguiera, tan solo tres clérigos de más de setenta años amparaban a Centenera en su evangelización. Asunción era un obispado descabezado y durante su estancia no se preveía asignarle Superior hasta que se celebrase un nuevo concilio en Lima. A ello se sumaban las continuas peticiones de los encomenderos de mano de obra para trabajar en las chacras, pues la producción de maíz, caña, trigo y un poco de uvas era insuficiente para el sustento de sus explotaciones, por lo que entendió necesario aprender con rapidez la lengua guaraní.

Murió Zárate. Muchos creyeron que pudo tratarse de un envenenamiento, pues no faltaban motivos para ello, si bien nadie quiso indagar en el hecho. Parecía un regalo divino que el 5 de enero de 1576 sucumbiera en su lecho. Fue llevado aprisa a sus aposentos; era una sombra de su semblante. Recostado en su sillón recibió de Centenera la extremaunción y se emplazó a los escribanos para que levantaran acta de su testamento, pues el cargo de Adelan -

tado otorgado por la Corona tenía vigencia por dos vidas. Testó el vizcaíno en la persona que desposase a su hija Juana, que residía apartada en Chuquisaca, en la provincia de Charcas, a espaldas de las batallas de su padre. De manera que, estando de cuerpo presente, se designó interinamente a su sobrino Diego Ortiz de Zárate y Mendieta, de adjutor a Martín Dure, y como Teniente general a Garay, con la preocupación de asistir a otro gobernador sin juicio, pues tan solo contaba por entonces con veinte años. Los preparativos para la sucesión fueron rápidos, a la vez que se daba sepultura a los restos.

Los desencuentros entre Duré y Mendieta motivaron la salida de Duré y Garay hacia Chuquisaca, con la intención de casar a Juana de Zárate y restaurar el orden. Los pretendientes fueron muchos, pero Juana, de carácter recio como su padre, supo acatar la imposición de sus tutores, que le habían procurado con Juan Torres de Vera y Aragón. Era un hombre entrado en años, natural de Estepa, que conocía bien el Nuevo Mundo, había servido a Felipe II con las armas y como premio se le había nombrado oidor de Chile primero y poco después de Charcas. La boda fue repentina, ante el temor de que el Virrey Toledo decidiera algún galán propio. Con esta determinación salió Garay para Asunción a comunicar el enlace. Al poco de la partida, el Virrey encarceló a Torres de Vera y Juana por el Virrey, enfurecido por la precipitación del matrimonio.

Se supo que Garay había conseguido llegar a Santa Fe, lejos de Lima y a salvo de detenciones, sorteando la persecución que le hizo el capitán Valero. Torres de Vera estuvo preso en La Ciudad de los Reyes y Juana quedó secuestrada en el Alto Perú. Todo ello se lo confesó Garay a Centenera en Asunción, en las frecuentes conversaciones que mantenían sobre los terrenos de la gobernación. Igual versión le narraría Valero años después en Lima. Pero no adelantemos acontecimientos.

Mendieta supo de los encarcelamientos de Juana y Torres de Vera por los correos que Garay mantuvo durante este tiempo con Charcas, rumores que le hicieron crecer en arrogancia, sabiéndose lejos de Lima y con sus familiares presos. En Asunción estaba loco de amores por una doncella y no dudó en dilapidar los bienes propios y ajenos por requebrarla. Organizó corridas de toros, bailes, y tuvo desatendida la región a costa de otorgar a la joven sus pretensiones, que ya se las prometía como gobernadora. Su juventud avasallaba a los ancianos que moraban en Santa Fe, dando rienda suelta a sus compañeros de fiesta, y ganándose a cada paso adversarios. Los clérigos y frailes de Asunción diligenciaron misivas a la Corona avisando de la situación, pero Mendieta, que había aprendido el oficio de su tío, supo cómo sobornar a los mensajeros. A cada carta se endurecían las penas para los sublevados, llegando a acusarles de conspiración contra su persona.

El loco Mendieta, harto de la vida monótona de Asunción, visitó Santa Fe. Como primera medida alteró el nombre de la villa por el de Santa Fe de Luyando, amedrentando a los habitantes bajo multa de doscientos pesos, para lo que puso grillos y desterró a algunos de los vecinos con su solo juicio, de manera que estaba la población levantada. En especial el soldado Francisco de Sierra, que tras una discusión organizó un bando para derrocarlo. Era finales del año 1577. Mendieta, espada en mano, fue recluido en la iglesia mayor de Santa Fe, y bien hubiera acabado allí con sus huesos, pero el hado quiso que le permitieran abdicar y repatriado ser.

Bajo la gobernación de Juan de Garay (1578).

Ya en Santa Fe, en el mes de septiembre, con la nueva situación, Garay remontó el río hasta Asunción a vela y remo, a cuyo bando se sumaron muchos vecinos que codiciaban conseguir nombramientos en el nuevo contexto. Allí se presentó como Teniente general, realizando los preceptivos juramentos del cargo, a los que asistió Centenera en calidad de albacea. En Madrid las circunstancias eran distintas, pues se había designado para el puesto a Vasco de Guzmán, que lo rechazó y pasó a manos de García de Loyola, pero en el Nuevo Mundo nada de eso se supo hasta años después. El poder puede más que el amor y Garay no había de ser menos; gober-

nó en estos primeros tiempos con mano firme por miedo a sublevaciones repentinas. Su sabiduría de la guerra, la veteranía de luchas cuerpo a cuerpo y el conocimiento de los habitantes de la Plata fueron más efectivos que las directrices de Mendieta.

A pesar de la amistad manifiesta entre ambos, nadie se atrevía a aconsejar a Garay, pues la sombra del cadalso era alargada. Hernando de Montalvo y Centenera divagaban en la chacras de Asunción sobre la naturaleza del reino en el que habitaban, lejos de los foros públicos. Tras la prisión de Juana coincidían en la necesidad de ofrecer una ruta natural de salida a Lima a través del Plata, ya que La Ciudad de los Reyes tenía grandes desafíos que no conseguía apaciguar. Entendían que de esta manera disminuiría la alta mortandad motivada por luchas innecesarias. Escribieron sendas cartas al Consejo de Indias con sus opiniones. Durante meses esperaron tener nuevas, pero los silencios de la Corona aniquilaban las vanas ilusiones que mantenían los asunceños.

Garay continuó la fiebre fundacional de Zárate: decretó que Melgarejo instaurara Villa Rica del Espíritu Santo en la costa oriental del Paraná. Melgarejo estaba inquieto con la misión, pues quería descansar en Asunción, por lo que no se preocupó por la localización de la aldea. En el tiempo que residió Centenera con Garay, hubo que reubicarla en varias ocasiones, con el consiguiente enojo de los escribanos reales que modificaban a cada instante

los documentos guardados en el archivo. En la expedición se despachó a fray Luis Bolaños, venido a Asunción con Zárate, y fray Alonso de Buenaventura, quienes asentaron las primeras reducciones: *Pacoiú y Curumiai*.

Mientras esto sucedía, los ñuaes, yantobás, urambiambiás y tupís se sublevaron en el río Paraguay. Garay formó un ejército de ciento treinta arcabuceros para reprimir el levantamiento. Centenera, como el más alto representante eclesiástico, pese a que se encontraba a noventa leguas de Asunción, en Tanimbú, se sumó a la expedición, temeroso de la suerte que corrieran los sublevados a los que había evangelizado como nuevos cristianos. Los indígenas, al mandato de Oberá, no reconocían el señorío de Garay, que arrasó a los pueblos, instando a Melgarrejo en su regreso a que construyera un fuerte con privilegios para mantener las tierras que estaban alejadas de Asunción: Santiago de Jerez. Centenera supo de primera mano entonces cómo sucedían las fundaciones del cabildo, pues las más de las veces se crearon encomiendas de yanaconas y así poder abastecer los intereses de los españoles, que en Asunción no tenían posibilidades de medrar. Muchas veces fue testigo de cómo se acordaba entre los militares el reparto de las tribus y jefes antes de partir. El rumor de que existiesen salvajes en alguna comarca era suficiente para propulsar asentamientos en el centro de las poblaciones originarias, sin importar la conveniencia de su trazado.

Las encomiendas quedaban sujetas al primer poseedor y sus herederos. Este era el pago que les prometió en sus orígenes Irala, que había seguido con Zárate, Mendieta y Garay. Como no recibían ningunos honores, salarios, ni municiones del Rey, con estas concesiones esperanzaba a la tropa. Así se aseguraban servicio personal y labriego de las nuevas tierras que poseían. Las visitas de los oidores de la Audiencia de Charcas quedaban lejos de Guairá, de Jerez, de Chiquitos, de Santa Cruz del Chaco y de Santa Fe. También conoció las de encomiendas de indios, en las que se imitaba el modelo español con alcaldes y regidores que velaban por el sometimiento de los iguales.

A su regreso, el Arcediano pasó a limpio los acaecimientos vividos, como solía hacer, para tener notas de las posesiones, y escribió al Rey como acostumbraba. La primera carta, 14 de marzo de 1580, sobre la descripción de Asunción, el libertinaje del que hacían gala los pobladores y la liviandad de sus mujeres, que no respetaban maridos ni haciendas, teniendo así levantada la moral, pues el número de viudas y doncellas huérfanas crecía cada día por las muertes de los hombres en la guerra, más de cuatro mil hembras que no hacían sino avivar la fama del denominado *Paraíso de Mahoma*, pues fue prioritario para ellas, como para todos, conseguir sustento diario.

La segunda, un 14 de mayo de ese mismo año, cuando visitó un poblado de tupis de Brasil dedicado a la agricultura en tierras fértiles a veinte leguas

de Ciudad Real. Allí le habían conducido a una cordillera con metales que podía explotarse, donde Melgarejo extraía plomo y hierro con muy baja productividad, ya que el aparejo con que contaba era muy rudimentario, principalmente el esfuerzo y trabajo de los indios. También, a sabiendas de la designación de un Superior para Asunción, suplicaba al Consejo el envío de sacerdotes, frailes, ornamentos, libros y campanas para las iglesias, a las que no bastaba con el clero actual. Una vez más, ninguna respuesta tuvieron sus rezos. Se sintió náufrago en un mundo sin sentido, dejado a los caprichos de unos gobernadores soberanos en plenitud, asqueado de la sinrazón en la que navegaba un hombre solitario sin apoyos cercanos.

Buenos Aires (11 de junio de 1580).

Ante la sugerencia de repoblar Buenos Aires, todo el mundo andaba alterado en Asunción. Las posibilidades de tener posesiones y encomiendas propias alegraban tanto a los recién llegados como a los mestizos, que tuvieron que soportar las erradas fundaciones de Melgarejo y Zárate. Garay revisó los preparativos personalmente, agrupó a los hombres del Rey, mandó por tierra ovejas, vacas y caballos. Allí se sumó Hernando Arias, que partió de Asunción a principios de 1580 como uno más de los dieciséis hombres que a órdenes de Alonso de Vera y Aragón,

“Cara de Perro”, debía conducir el ganado para la villa. En Santa Fe, en mayo, Vera y Aragón se trasladó a Córdoba y quedó como soberano del grupo.

Mientras, en Asunción se organizaba todo. Garay publicó los bandos preceptivos que consiguieron alistar a sesenta españoles: los primeros su señora Isabel de Becerra y su hijo Juan. Mandó avisos al Consejo sobre el proceso y proclamó a Centenera como protector de los naturales, bajo sueldo y manutención económica. El extremeño solicitó la incorporación de Hernando de Montalvo como tesorero, pero ninguno de ellos partió por no haber espacio suficiente en los buques. Los colonos y el mismo Garay costearon la expedición, para que la Corona no tuviera que sufragar los gastos, lo que fomentó que Garay asumiera el poder absoluto. No faltaron los hombres de Zárate en las naves. Allí se embarcaron, en lugar privilegiado, los principales de la villa: el matrimonio formado por Rodrigo Ortiz de Zárate y Juana de la Torre, junto a Gonzalo Martel de Guzmán y su esposa Isabel de Carvajal, como alcaldes ordinarios; los regidores Pedro de Quirós, Diego de Lavarrieta, Antonio Bermúdez con su mujer Inés de los Reyes y su hija Mariana, Luis Álvarez Gaitán, Rodrigo de Ibarrola y Alonso de Escobar. Además de otros hombres de confianza de Zárate que habían sido compañeros de Centenera, como Cristóbal Altamirano y su consorte, Ana Méndez. Supo congregarse a españoles con mestizos, la mayoría con sus familias, para cuyos servicios se valió de doscientos

guaraníes que arrimaron el hombro en los primeros lances, pues era sabido que los charrúas que poblaban el río eran nómadas difíciles de apaciguar.

Él y las tropas bordearon la costa en la *Cristóbal Colón*. Las embarcaciones se detuvieron en Santa Fe, donde se reunieron con la avanzadilla terrestre; allí se aprovisionaron y pusieron rumbo a la Torre de Gaboto para finalmente sortear la orilla.

Tras llegar al margen del río cimentó un pequeño fuerte de madera en el que organizarlo todo. Llevó a cabo incursiones en las cercanías, levantó el árbol de la justicia, ordenó a sus hombres y levantó las actas correspondientes ante los escribanos. Distribuyó las vías y sus cuadras entre los colonos, reservándose para sí y sus parientes una misma manzana frente al Real, junto a la iglesia mayor. Antes de comenzar su casa asoló a los querandíes, evitando que se repitiera el abandono de las tierras como sucedió con Mendoza. La llanura del terreno y el uso de la caballería en la batalla hizo que los indios al mando de Tabobá huyesen al interior, sin incomodar en la creación de la inicial infraestructura. Atinó Garay al enfrentarse contra el cacique, pues una vez muerto hicieron sonar las bocinas, alarmando del suceso, con lo que el resto se replegó en desbandada.

El acta se rubricó el 11 de junio de 1580, bajo la nomenclatura de la Santísima Trinidad, a cuya advocación había convenido con Centenera que se levantara un santuario. Aunque a efectos legales se bautizó como La Santísima Trinidad de la Nueva Vizcaya

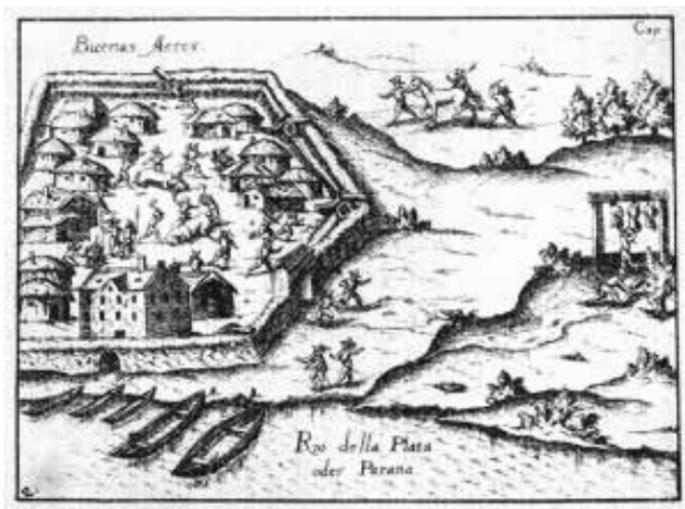
instaurada por Zárate, era conocido como el puerto del Buen Aire, y así lo anotó Centenera. Mandó edificar primeramente un fuerte de madera con torre de vigía, cerca de la playa y la ribera, por si fuera necesaria la huida, pues la poca profundidad de las aguas imposibilitaba el desembarco de navíos extranjeros y aseguraba tener controlado el arribo por el río.

Ya en calma, en octubre, repartiría las chacras, tambos frutales y huertas. Viendo el emplazamiento tranquilo lo notificó mediante expresos al Virrey del Perú, a Santa Fe y Asunción y cursó en un navío avisos a Castilla con la voluntad de ganarse el favor real y evitar el ajusticiamiento que sobrevolaba su cabeza. De la mucha riqueza de caballerías que halló Garay, dispuso que se cargase con cueros y azúcar para favorecer el juicio de la Corona. Alonso de Vera fue elegido como su mensajero. Entre otros acudió el franciscano Juan de Rivadeneyra, con el pensamiento de traer predicadores. Gran alegría causó después la noticia a Felipe II, que permitió pregonar el reclutamiento de treinta familias de Estepa. Su regreso se produjo años después, en 1583, pero eso sería otro tema distinto al que nos ocupa.

Una vez dispuesto el canal de comunicación con España por vía marítima y con Asunción a través del Río de la Plata, intentó consolidar una vía terrestre estable con Lima, denominado Camino Real, que a través del Tucumán llevaba a la misma Ciudad de los Reyes por el Camino del Inca. Por entonces, sabe-

dor de los padecimientos que sufrían los pocos habitantes que aún residían en Zaratina de San Salvador, evacuó a la población a Buenos Aires para asegurar al menos la plaza.

Torres de Vera y Aragón partió de Lima a presentar su título de Adelantado al Rey, mientras Juana, su mujer, era recluida en el Convento de Nuestra Señora de los Remedios, donde moriría tres años después, con solo veintitrés años y sin saber la suerte de sus hijos Juan Alonso y Gabriel, que prosperarían en los vastos territorios ignotos de los que era dueña y señora.



Primera fundación de Santa María del Buen Aire.
Viaje al Río de la Plata, Ulrico Schmidel (1567).



Primera fundación de Santa María del Buen Aire.
Viaje al Río de la Plata, Ulrico Schmidel (1567).

Santa Fe (1 y 2 de junio de 1580).

En junio, Hernando Arias, apenas producido el motín conocido después como el de los Siete Jefes, prosiguió hasta Buenos Aires, en donde estableció las reses a principios de octubre. Seis meses prestó sus servicios a Juan de Garay, con la misión de someter a los aborígenes.

A medida que Santa Fe adquirió autonomía, Garay publicó ordenanzas para su buen funcionamiento, sobre todo en torno a la cría del ganado, sobre la regulación de la vida o el mantenimiento de los indios. Sin embargo, los vecinos no estaban satis-

fechos con el reparto primero, en el que apenas si entregó tierras a los mancebos, a quienes abandonó cuando supo de Zárate. Agraviados por las noticias de Trinidad, mandaron emisarios a Córdoba, en busca de alianzas con las que vincular el territorio a Tucumán, donde les recibió y animó Gonzalo Abreu de Figueroa, gobernador de Córdoba de la Nueva Andalucía del Tucumán, receloso de Garay desde la pugna mantenida por la ubicación de Santa Fe en lo que consideraba su dominio y no del cabildo de Asunción. Redactaron pliegos para el Virrey y el gobernador de Tucumán, pensando que haciéndoles servicio se justificaban sus actos. Así, con unas acémilas salieron Villalta y Ruiz como mensajeros ante Abreu de Figueroa. Al regreso de las mulas de Córdoba, el 1 de junio de 1580, no tardaron en hacer presos al Teniente gobernador, al alcalde y un regidor durante la noche, anunciando un poder provisional.

Cristóbal de Arévalo fue aclamado como Capitán general y Justicia mayor el 2 de junio, a petición de la Junta que habían convenido Lázaro de Venialvo, Pedro Gallego “el mozo”, Domingo Romero, Rodrigo Mosquera, Diego de Leiva, Diego Ruiz y Pedro Villalta. Convocaron en la Plaza Real a los vecinos, a sonido de trompetas, morriones y arcabuces, que anduvo entonces la gente asustada, para elegir al cabildo. Como primera medida se impidió la salida, por el desasosiego de que Garay supiera de los hechos y reprendiera la revuelta. Acto seguido,

hicieron cautivos a los españoles, con miras de deterrarlos, argumentando que tan solo deseaban las fincas ganadas en las contiendas en las que nunca intervenían. Como tercera medida dictaron que se requisaran las armas que existían en Santa Fe.

Los hombres del Rey supieron oponerse con rapidez al levantamiento. Santa Cruz, Ramírez, Aguilera y Juan Martín planearon acabar con la sublevación. De este modo, en parejas ante un Misal juraron morir o matar a Venialvo y sus tiranos. Santa Cruz y el general entraron en la posada de Venialvo y reptando por la alcoba le cortaron el cuello, sin tiempo para poder gritar. El siguiente sería Pedro Gallego, al que asestaron un macanazo en la frente. Al sonido de los gritos comparecieron Ramírez y el resto de aliados. Sacaron de la cama al mozo Diego de Leiva, que dormía con su mujer, para de un tajo en el estómago acabar con sus desdichas. El alboroto fue creciendo; acudió en su ayuda Ruy Díaz de Guzmán. Este último, que tantas veces había acompañado a Melgarejo, mestizo emparentado con Irala y sabedor de las injusticias que contra los mancebos se prodigaban en la región, anotaba en sus cuadernos las incidencias para ponerlas negro sobre blanco. Al instante salió a la plaza Diego Ruiz, que no tuvo tiempo de reaccionar cuando fue golpeado hasta despedazarlo y colgarlo para escarnio público. E igual sucedió con Domingo Romero, al que descuartizaron y subieron al árbol de la justicia. Poco después fueron esparcidos por el campo y los caminos.

Por último, expidieron un bando que se expuso en el rollo para que los vecinos y gentes de paso supieran su desfachatez.

Mosquera y Villalta consiguieron huir del ajusticiamiento y buscaron refugio en Córdoba primero y en Santiago del Estero después, bajo el manto de Abreu. Ambos corrieron a Santiago, donde dieron buenas nuevas al licenciado Hernando de Lerma, quien se debatía entre apoyar a Gonzalo Abreu y dar cobertura legal al amotinamiento o hacer justicia ahorcando a los fugitivos. Decidió apresar a Abreu, a pesar de que en las cercanías de Córdoba las fuerzas del gobernador le habían sitiado. Abreu rehuyó de la pena porque tuvo una muerte natural, pero Mosquera y Villalta fueron decapitados y fijadas sus cabezas en la plaza. Sus cuerpos fueron cuarteados y colgados en los palos.

Al conocerlo, Garay volvió a Santa Fe para restablecer la armonía. Ante la buena aceptación con la que se le agasajó, perdonó a los que restaban y retornó a los depuestos al cabildo, en un ejemplo de magnanimidad.

Asunción del Paraguay (5, 6, y 7 de febrero de 1581).

Habían pasado tres años y aún no se habían recibido los oficios del Virrey del Perú en los que se honrase beneficiario del Adelantado Zárate, que los

asunceños sabían por su testamento había recaído en Torres de Vera. Además, corría el rumor de que Garay usurpó el puesto ilegalmente, a sabiendas de que el Virrey incentivó su apresamiento a la salida de Chuquisaca, donde les hizo oposición. Esto, unido al sentimiento de venganza que existía entre los mestizos por lo sucedido en Santa Fe, convertía a Asunción en un lugar peligroso.

Centenera vivía inmerso en sus quehaceres, con especial dedicación al sacramento de la confesión, dados los beneficios que con ella obtenía para su obra, a la vez que preparaba la posible llegada de un nuevo mandato. Un año antes llegó una Real Cédula de Felipe II que confirmaba la posesión de la diócesis por fray Alonso Guerra, ratificando así su nombramiento anterior de 1577. Otra de sus preocupaciones fue la edificación de un templo que se concedía, como merced, con la designación del curato, para lo que fue necesario reunir dinero entre los hidalgos y nobles de la villa, contrarios a sus intenciones, más preocupados en destinar el poco capital que les quedaba a las prósperas empresas que Garay proyectaba.

Así fue pasando el tiempo hasta la celebración de carnavales. Con las Carnestolendas los días 5, 6 y 7 de febrero, se vistió un reyezuelo, que subido a caballo atravesó en procesión las arterias principales hasta terminar en la Plaza Real. La mañana del segundo día, Montalvo corrió fuera del santuario con los guardias que quedaban en Asunción, reco-

noció entre los portadores del reyezuelo a los mancebos que habían participado en la sublevación de Santa Fe, por lo que alertó a Centenera de posibles entuertos. El extremeño, junto al coadjutor Luis de Molina, revisó la sacristía y descubrió algunos arcabuces escondidos entre las vestimentas de la clerecía. Alarmado desfiló, como alma que lleva el diablo, a buscar a Hernando de Montalvo, ordenando la detención del sacristán Alonso Pérez de Herrera, ya que era el único que tenía acceso al interior de la vicaría. De este modo se evitó la masacre de los ancianos y principales que durante estas fechas acudían a misa. Montalvo aprehendió al muñeco y al cortejo, que admitió un intento de motín contra el gobernador.

En junio de 1582 Garay regresó a Asunción para imponer la paz. Era tal el desamparo que uno de sus primeros bandos pregonado en la plaza censuró las costumbres relajadas con las que se vivía, en especial las jóvenes. Autorizó a matar a aquel que se encontrase en las casas y corrales sin consentimiento, gesto que fue muy alabado por los hidalgos que podían así cuidar las escasas posesiones que les quedaban después de una vida de sacrificios, oprimida por los designios de los gobernadores con los que tenían que convivir.

Descanse aquí la pluma por un tiempo, que más habrá de volver a describir las aventuras que aún estaban por acontecer a nuestro autor, que es ya

tarde para continuar, apenado como me hallo por las terribles desgracias que referiré.

El Camino Real (1581).

Garay había establecido la comunicación y el comercio de Asunción con Lima desde la consagración de Santa Fe. Consolidada la ruta, merced al acierto que supuso la paralización de la sublevación, Centenera imploró al cabildo eclesiástico un permiso para trasladarse al Perú por dos años. Era el mes de abril de 1581. La respuesta fue positiva, de manera que organizó lo necesario, reservando un lugar de privilegio para sus útiles de escritura, aquellos que había adquirido en Sevilla y de los que nunca se había distanciado, incluso en las incursiones que con frecuencia le llevaban por Zaratina de San Salvador, Santa Fe, Sancti Espíritu o la Isla de Martín García. En especial el Anuario que componía desde su salida de Sanlúcar, que había glosado con los documentos atesorados en el archivo eclesiástico de Asunción. La unificación con Portugal alentó sus expectativas de un futuro mejor y emprendió una marcha hasta la ciudad del Virrey para cotejarlo.

Añoraría las largas conversaciones que mantenía con la comunidad franciscana, que desde 1575 se había asentado entre ellos, con Francisco Solano y Luis Bolaños. Con este último compartió la travesía desde Sevilla y las calamidades sufridas en Santa

Catalina, con él debatía sobre el significado de las voces guaraníes y sus estructuras, a razón de una gramática y vocabulario que estaba redactando para los misioneros de su Orden. Apenado por la mudanza, sabía que los naturales de la provincia tendrían la mayor protección posible bajo su manto, como así fue.

Navegó el río hasta Santa Fe, donde oyó de primera mano el levantamiento contra Garay, con el que se entrevistó en el cabildo. Allí dejó una medalla que siempre había llevado consigo en honor a la Virgen de Guadalupe. Antes de proseguir quiso estar a solas con la talla de Santa María que gobernaba el templo y de su pecho sacó una réplica de alpaca de la virgen morenita de Las Villuercas, que colgó de la imagen, implorándole la misma protección que hasta la fecha le había dado en la labor que pretendía acometer. Bajó hasta Sancti Espiritu y, desde allí, a lomos de su inseparable mula, hacia Córdoba.

La ciudad del Tucumán estaba en crecimiento, con los mismos años que Santa Fe, pero de diferentes proporciones y concepción, Luis de Cabrera la había fundado el 24 de junio de 1573, en tiempos de Francisco de Aguirre, a petición expresa del Virrey Toledo, aunque cuatro años después se había reorientado al sur del río San Juan, como lo había bautizado Cabrera. Poco después, su sobrino Lorenzo Suárez de Figueroa, que había participado en las luchas del Perú, fue nombrado Teniente de gobernador, Justicia mayor y Capitán. Realizó un trazado

en setenta manzanas con diez cuadras, con un lugar destacado para la catedral que se empezó a levantar en 1580 junto a la Casa del cabildo. La Plaza Mayor, además de centro de ajusticiamiento, se utilizaba para la celebración de corridas de toros, que a imitación de España proliferaban en Tucumán. Córdoba, a juicio de Centenera, había sabido dotar a las órdenes religiosas, para las que se había adjudicado, entre otros, un solar para el convento de San Francisco. Los indios eran esclavizados para el cultivo del algodón, que con la apertura de Buenos Aires se vio incrementado. Los comerciantes de Córdoba gestionaron con Potosí para establecer un paso firme de salida a los metales preciosos que abundaban en las minas. Allí se percató de las rutas de mercadeo locales, ajenas a las manos de la Corona, que habían creado una sobreproducción de trigo y vino, fruto de las chacras de Mendoza, con las que abastecían las ferias de Mendoza, Córdoba o Santiago del Estero. Allí recorrió las encomiendas de Juan de Burgos, Baltasar Gallegos, los hermanos Ludeña, Pedro y Juan, Gonzalo Martel de Cabrerías, Tristán de Tejeda, Diego de Castañeda y tantos otros que prosperaban en la comarca.

Tras un mes de estancia, con las primeras luces del día, dejó Córdoba rumbo a Santiago del Estero, junto a los carreteros que comerciaban por la ruta, agradeciendo así la conversación agradable de los vaqueros, que jugaban a las tabas para distraer las duras jornadas de trabajo. La vasta provincia del

Tucumán estuvo necesitada de una primera población desde las exploraciones de Núñez de Prado en 1549, pero la falta de provisiones y las luchas internas entre Núñez y Francisco de Villagra, venido desde Chile, dieron fin a la inicial Barco. La perseverancia de Prado le llevó a crear una segunda Barco del Nuevo Maestrazgo de Santiago, junto a los calchaquíes. Tras esos escauceos dependió de la Audiencia de Charcas y el Virreinato del Perú, huyendo de las pretensiones chilenas. Hasta que Francisco de Aguirre fue primer gobernador, en 1564, con sede en Santiago del Estero. Hecho lo más difícil no tardaría en ordenarse un obispo en 1570. Tan solo se contaba entonces con un grupo de indios para atender a los soldados y unas pocas familias pobladoras que habían abandonado Lima buscando fortuna. El cometido sobre burros y caballos, con los enseres necesarios, cultivos, armas y municiones, había supuesto tantos sufrimientos que sus habitantes nunca olvidarían estos peligros. Junto a ellos unos cuantos ganaderos cuidaron de los potros, ovejas y cabras que interesaban para hacer efectiva la fundación. La demarcación seguía los patrones al uso, si bien llamó su atención el excelente hospital y las cuadras de las órdenes religiosas: mercedarios y dominicos. Sobre las que resplandecía la torre de adobe de la iglesia Mayor en honor a San Francisco, que el dominicano fray Francisco de Vitoria había comenzado en 1578. Se trataba de edificios que estaban al servicio de los cincuenta enco-

menderos que dirigían con mano dura a los más de diez mil indios que labraban las chacras y huertas, fuentes de riqueza de sus vecinos. Centenera quedó sorprendido por el manejo que tenían de la cerámica, que adornaban con pinturas geométricas de muchos colores obtenidos de los tintes de árboles; la elaboración de tejidos de cubrecamas; trenzados de cuero para las alpargatas; miel y otros productos que a su vez aprovechaban los encomenderos para intercambiar con Potosí. La población había crecido gracias a las mujeres, en su mayoría huérfanas y viudas de combatientes muertos a manos de los araucanos, que Aguirre había traído desde Chile, que reforzaban los patriarcados de españoles.

Larga fue su estancia en Santiago, donde conversó con fray Francisco de Vitoria, primer religioso que ocupaba el obispado creado en Tucumán. Las tardes se hicieron cortas para él, que revivía en los monólogos del pastor los años de estudio en Salamanca y las ilusiones de juventud que le embarcaron al Nuevo Mundo. Vitoria era partidario de abrir el comercio hacia Buenos Aires, más cuando supo del estado de las vías terrestres, lo que había motivado el deseo de los pueblos cercanos de aprovisionar sus riquezas en Santiago del Estero antes de partir hacia la ciudad de Garay, con la determinación de que se aumentara el canje con las colonias brasileñas y portuguesas, una misma patria desde la unificación, que había normalizado la aparición de

comerciantes lusos a Tucumán, con los que convivían en la posada del prelado.

A los tres meses continuó hacia Lima, dirección ahora a San Miguel de Tucumán y de allí a Chuquisaca, donde estuvo un tiempo como capellán de la Real Audiencia de La Plata, merced a la reputada fama de buen orador y predicador que se había granjeado, gracias a los privilegios firmados por el cabildo de Asunción que llevaba siempre consigo. El presidente de la Audiencia de Charcas y sus oidores tuvieron a bien entregarle la plaza.

La ruta incluía la maltrecha Nuestra Señora de Talavera del Esteco, donde tuvo contacto con el cultivo y manufacturación del algodón, al que se dedicaban las numerosas mujeres que la poblaban. Pero la Providencia tenía prevista una escala en Porco, donde accedió a organizar su vicaría.

Buenos Aires (1583)

Mientras tanto, Buenos Aires seguía creciendo. Garay transportó a guaraníes que repartió entre los moradores en marzo de 1582, como pago por los servicios prestados. El incipiente trueque de Tucumán, unido a las demandas lusitanas, hacían que el pequeño muelle no fuera suficiente para las embarcaciones.

Alonso de Torres de Pinedo había regresado en enero de 1583, traía privilegios reales e informó a Garay de la buena acogida que había tenido en el Consejo Real su iniciativa, hasta el punto de asegurar su puesto de gobernador. En sus mediaciones había conseguido traer a treinta vecinos, a los que habían amparado diez frailes para la predicación de los querandíes.

Solo un mes después tomó tierra un ejército formado por quinientos hombres, la mayor parte extremeños, bajo el mando del trujillano Alonso de Sotomayor, que tenía órdenes de asegurar el paso entre las regiones para finalmente llegar a Chile. Garay les había orientado en la expedición y les ayudó a remontar las maltrechas embarcaciones para encaminarse hacia Mendoza.

Llegado marzo escoltó a Alonso de Sotomayor hasta Santa Fe, para pregonar las noticias de Castilla. Dejó primero armada Buenos Aires. Puso rumbo río arriba por el Paraná con unos botes compuestos por cuarenta varones, un religioso y algunas mujeres. Uno de los días de travesía, fue un 20 de marzo, echada la noche. Desorientados por la maleza se detuvieron a descansar en tierra firme, cerca del antiguo fuerte de Gaboto, en Sancti Espíritu. Los minuanes se habían acercado a la expedición en silencio, para sorprenderlos en la duermevela. El primero en morir sería Garay, al que siguieron cuarenta soldados de Sotomayor y un franciscano que dormitaba con ellos. Tan solo se pudo escuchar el

silbido de las bolas que lanzaban en su avance, flechas y dardos que se clavaban por doquier, para rematar a golpe de macana. Al ver el cuerpo inerte de Garay corrieron a refugiarse en los bergantines, conscientes de que nada podía hacerse ya por su vida, ni por la de Ana Valverde, que yacía junto a él.

Centenera, a su regreso, lo escuchó por los vecinos de Santa Fe que sanaron al resto de supervivientes que llegaron maltrechos. Motivo de alegría fue para él saber que la intervención de su paisano Miguel Simón, *el Logrosano*, al que había conocido de pequeño, implicó el rescate de su esposa. Descubrió los milagros obrados por la Virgen de Guadalupe en la huida, que permitieron la recuperación de las mujeres que cayeron al agua. Los funerales y lamentaciones en Santa Fe duraron quince días, en los que nunca faltaron misas en honor a su capitán, que se mantuvieron años después buscando la salvación de su alma errante, cuyo cuerpo no pudo recuperarse. En la capilla que se había levantado en honor a la Virgen de Guadalupe, a petición de Centenera, imploraron los extremeños de Sotomayor, dando gracias por haberlos amparado.

Un indio de las encomiendas le detalló lo sucedido. El cacique del asalto fue entronado por los pueblos colindantes al saberse la masacre que había causado a Juan de Garay, al que temían. Fue cuarteado y repartido entre las principales tribus, que lo esparcieron para que fuera devorado por la carroña y nunca tuviera sepultura entre los españoles. Crecidos los

ánimos de los chiloazas, beguaes y querandíes convocaron asamblea bajo el mando de Guayuzalo con la intención de terminar con Buenos Aires, como sabían había ocurrido años antes, en los tiempos de Mendoza. Prevenidos los de la ciudad, los guerreros sonaron sus trompas, bocinas y tambores con los que asustar a los del fuerte, gobernados por Rodrigo Ortiz de Zárate. Los primeros envites se realizaron a caballo, lo que impidió el uso de la artillería por estar los combatientes muy mezclados. La muerte de Guayuzalo puso el cierre a la batalla que entrañaba el repliegue de sus gentes, aunque este solo sería el comienzo de los peligros que la asolarían.

Al poco de saberse lo ocurrido, el Adelantado Torres de Vera legó en su sobrino Juan de Torres y Navarrete como Teniente gobernador. En mala hora se hizo efectivo, pues como le hablara Montalvo años después, su única preocupación fue su ganancia, bien por la caza de caballos, cuyas colas se vendían a buen precio en Brasil, bien por el comercio del cuero que asumió como propio. Tal fue la dimensión del asunto que Buenos Aires mandó Procurador a la Real Audiencia de Charcas, donde se atendieron sus peticiones.

A finales de 1583, con Navarrete como gobernador y Rodrigo Ortiz de Zárate alcalde de Trinidad, arribaron a las costas tres navíos ingleses: dos de más de doscientas toneladas y un Patax auxiliar, comandados por Eduardo Fontano. Les acompañaba un pariente del corsario inglés Drake, “el dragón”, y el

piloto Richiarte, por lo que los temores de ataques hicieron que el fortín y solares se armaran para evitar un posible desembarco. Las pretensiones de Fontano fueron mayores y su codicia hizo que al entrar en el estuario del río arremetiera contra una roca y deambulara durante más de dos semanas, en las que fueron embestidos por los charrúas, que se apoderaron de Isidraque y Richiarte. Tras dos meses de cautiverio escaparon de la prisión, y fondeando el río con una piedra y una soga llegaron en canoa a Buenos Aires. Navarrete intuyó la trascendencia de la detención e hizo los llevar presos a Asunción para ser conducidos a Lima, donde se les juzgaría por el Tribunal de la Inquisición bajo la pena de tres años de reclusión y la prohibición de ausentarse de la villa, previa renuncia del luteranismo.

Con estos sucesos, ante nuevas agresiones, Montalvo solicitó en 1585 al Rey en una carta oficial arbitrios para disponer un fuerte de piedra y ladrillos que permitiese resguardarse de la piratería. Dos años después fue nombrado alcalde de la fortaleza.

Porco (1582).

La presencia de Centenera en Porco, cuya riqueza circulaba en torno a Lima, suscitó todo tipo de comentarios, pues no dejaba de ser intrigante la figura de un Arcediano venido desde Asunción, apenas imaginada por los habitantes del Valle. El cabildo le

ofreció la vicaría, medio para tener un cura más, ya que su organización interna estaba muy debilitada.

Se le asignó un grupo de indios a su servicio, con los que profundizó en las características del medio. Aún estaban abiertas las heridas que causara entre ellos el Virrey Toledo, recién depuesto, tras la muerte de Túpac Amaru, cuya narración corría de boca en boca por las chacras. Pocas eran las gracias que de él había escuchado a sus criados, comenzando por la implantación de la mita minera, que había subyugado las encomiendas a favor de la Corona y, en especial, la muerte del inca, a la que precedió la del insurrecto Diego de Mendoza, que quiso adueñarse de Santa Cruz de la Sierra y su provincia acabando con las vidas de sus alcaldes y regidores, por lo que buscó refugio en los naturales. El Virrey lo colgó del cadalso en Potosí, sin contemplaciones.

Toledo llegó al Cuzco en 1570, donde estuvo dos años. A su entrada quiso acabar con las insubordinaciones de Vilalcamba, ordenó la salida del capitán de su guardia, Martín García, para que apresase a Túpac Amaru, al que capturó de noche mientras descansaban sus gentes, ya que esperaba descendencia. Martín García obtuvo como recompensa el matrimonio con la sobrina del inca a la que bautizaron como Beatriz Clara Coya. Túpac Amaru huyó de Vilalcamba al saber que Toledo quería someterle, pues era respetado y amado por los suyos a los que regía con sus leyes y sus fueros. Con la ayuda de sus enemigos, Martín García detuvo al indio, al que

encadenó y llevó al Cuzco. Los capitanes se negaron a ejecutarlo, así que el Virrey tuvo que poner por escrito sus penas. El obispo Lartaun y los frailes que allí estuvieron intentaron salvarlo, pero Toledo fue firme y sentenció la decapitación. Lo sacaron amarrado a una mula. Fue tanto el revuelo que se temió por los españoles, pero el Inca mandó callar a los suyos. Al caer el hacha la tierra se estremeció y los alaridos ensordecieron a los presentes, conscientes que con él se iban sus vidas. Era septiembre de 1572.

Poco duraría el nuevo destino de Centenera. A finales de junio de 1582 entraron en la villa fray Alonso Granero Ávalos, obispo de La Plata, y fray Francisco de Vitoria, obispo de Tucumán. Hacían a la par el viaje hasta Lima, donde el Arzobispo Mogrobejo había convocado un Concilio. El de Logrosán les invitó y hospedó en sus dependencias, cercanas a la iglesia mayor, ofreciéndoles comida y estancia, tanto a los señores como a sus criados. Las noches de conversación le pusieron sobre aviso de los planteamientos que debían juzgarse en la capital, les explicó la situación en Asunción, que seguía aún sin prelatura, la cual había liderado durante nueve años. Ayudó con remedios de una vieja que servía en su casa a Alonso Granero, que aquejado de la gota apenas caminaba, pasando las más de las noches en vela, afectado de terribles dolores que parecía que se acababa su vida. En señal de recompensa y ante las perspectivas que ofrecía el Arcediano, accedieron a llevarlo con ellos en su séquito.

El Virreinato del Perú había desarrollado dos concilios con anterioridad, bajo el mandato de Jerónimo de Loaysa, en 1551 y 1567, pero ninguno había conseguido unificar los criterios del amplio territorio del arzobispado. Las directrices de Trento querían dotar a los obispados de una moralidad acorde a su situación, afinando su residencia en la sede y proponiendo una rectitud en su misión pastoral, de la que carecían las Indias.

Loaysa se enterró en 1575, en las vísperas de celebrarse el Concilio que debía fijar esas medidas en el Perú. Felipe II meditó la situación de Lima, descabezada del poder político y religioso, sopesando que solo la unión bicéfala de ambos podría surtir el efecto buscado. Así, concretó el Concilio con nuevos representantes mediante Reales Cédulas emitidas en su viaje a Badajoz el 19 de septiembre de 1580.

El Virrey Enríquez de Almansa y el Arzobispo Mogrobejo, que ejercía en el Tribunal de la Inquisición de Granada, llegaron a Lima a la vez, en mayo de 1581. Ambos traían los otorgamientos de Felipe II para ocuparse de la realización del Concilio. Tan solo tres meses después Mogrobejo convocó mediante un edicto a los obispos sufragáneos: Quito, Popayán, Cuzco, La Plata, Santiago de Chile, Imperial, Panamá, Nicaragua, Paraguay y Tucumán. Se inició el 15 de agosto de 1582, festividad de la Virgen María.

La comitiva de Centenera no se incorporó hasta el 14 de marzo de 1583, mientras se celebraban los

funerales del Virrey Almansa, que tanto había apoyado a Mogrobejo. El Arzobispo lo eligió como secretario junto al licenciado Bartolomé Martínez Menacho, familiarizado con el desarrollo de los actos, en los que había participado en el mandato del Arzobispo Loaysa, desde que fuera Arcediano de la catedral de Lima en 1563.



Plano de La Ciudad de Los Reyes, s. XVII

La Ciudad de los Reyes (1583).

El cortejo cansado admiraba la Puerta Real, aún sin terminar, donde las fuerzas del Virreinato hacían guardia día y noche. Atravesaron las huertas que servían de antesala de las primeras viviendas dentro de las murallas. Cuán diferente era de Asunción. Las calles tenían el regusto de la Corte, donde las mujeres ataviadas con sus refinados trajes paseaban y se asomaban a los balcones de las casas. La gente de servicio adornaba las calesas para el paseo diario y los españoles señoreaban sus riquezas en todas partes. Transitaron varias vías principales hasta desembocar en la Plaza de Armas que tiempo atrás trazara Francisco Pizarro, al sur del río Rimac, en cuyas orillas florecían los mercados de carnes, pescados y mercancías de poco valor que tanto cautivaban a los limeños. Allí preparaban los molineros las harinas para el pan y los dulces.

Alrededor de la plaza discurría la vida pública de las posesiones castellanas. El Palacio Virreinal era el edificio más llamativo, con sus espléndidos balcones; aún se le conocía como *Casa Pizarro*. A su izquierda la Real Audiencia, que había supuesto el auge político, en la que se almacenaba y daba salida a los documentos que los escribanos reales archivaban. En frente la catedral, en la que también Pizarro había colocado la primera piedra, sede del Arzobispo, que ocupaba una cuadra. Despedía un aspecto ruinoso e inacabado, donde los muros de adobe

estaban siendo sustituidos por piedra. A su margen, de espaldas a la basílica, se había instalado la Plaza de la Inquisición y el Tribunal del Santo Oficio, junto a la Mina en la que se guardaban las monedas de la Corona a la espera de ser enviadas a España.

El extrarradio lo componían florecientes construcciones religiosas, la universidad católica, el noviciado de los jesuitas, los capuchinos, trinitarios, descalzos, etcétera, que atesoraban las principales riquezas culturales de La Ciudad de los Reyes, además de las tierras cultivables más ricas en las que faenaban aquí y allá roturando y regando los cultivos. Las órdenes fueron beneficiadas por Pizarro en el reparto de los solares, así que los franciscanos de los Doce Apóstoles habían levantado una modesta parroquia en el centro, junto a los dominicos. En la carrera por asentarse, los dominicos habían conseguido aventajarles. Fray Sebastián de Ayllón, con ayuda de Felipe II, creó un monasterio a Santo Domingo, así como un templo. Lugar destacado tenía el Convento de San Francisco, donde los nobles e hidalgos del Virreinato acudían con regularidad a dejar sus limosnas. Todos poseían una sala capitular en la que recibían las visitas, que en estos días eran un hervidero de confabulaciones y lucha de intereses.

Las posturas del Concilio fueron claras. De un lado Granero Ávalos (obispo de la Plata), que siempre tuvo por mano derecha a Centenera, aunque apenas intervino a causa de sus continuos dolores; Fray Antonio de San Miguel (de La Imperial de

Chile), contrario al Arzobispo por su incesante postura mediadora; Fray Francisco de Vitoria (de Tucumán), siempre con Centenera durante su estancia; Fray Sebastián de Lartaun (del Cuzco). Su figura fue la más polémica, pues recibió pleitos de los jesuitas y los vecinos del Cuzco, por las exigencias que mantenía sobre el pueblo en el cumplimiento de los diezmos de su obispado. Opuso un rechazo firme a Mogrobejo, que intentó excomulgarlo. Es por esto que Lartaun movilizó a gente armada a las puertas de las salas de reuniones.

De otro fray Diego de Medellín (de Santiago de Chile), que se había doctorado por la Universidad de San Marcos en el convento franciscano de Lima. Su postura fue intransigente, favorable a la defensa de los indios que vivían subyugados en las encomiendas; Mogrobejo, que quiso parar el Concilio durante el juicio al que sometió a Lartaun, que dio cabida a cuantos tenían asuntos contra él, demorándose la conclusión conciliar. Junto a él compareció un letrado lusitano del cabildo del Cuzco, que propuso la reprobación de los prelados, como hizo público en unas tablillas que mandó editar. El Arzobispo remitió mensajeros a la Real Audiencia de Charcas, que fueron detenidos por Lartaun, el Arzobispo tuvo que ceder a sus presiones.

Las querellas supusieron un alto coste a la opulenta Ciudad de Los Reyes, que vio como cada día aumentaba el número de vecinos venidos de cada

una de las prelaturas a presentar sus quejas, costeándose la estancia y sustento de las arcas reales.

Neutral se mostró fray Alonso Guerra, que hacía cuatro días se había ordenado como obispo del Paraguay, por lo que desconocía la casuística de La Plata. Al que se unió fray Pedro de la Peña, de Quito, que murió en el transcurso.

Un año después del inicio se firmaron las actas correspondientes a los acuerdos tomados. Era agosto de 1583. Tuvo a bien Centenera algunas de las medidas, ya que facilitaban sus anhelos de ver impreso su memorial. Durante esos días no paraba de trotar a lomos de un maltrecho burro hasta el palacio arzobispal en busca de una solución definitiva a su situación, pues hacía más de dos años que había abandonado Asunción. Con el permiso otorgado a Antonio Ricardo para la traducción de dos catecismos, uno para adultos y otro para niños, se aseguraba la instalación de una prensa en el Nuevo Mundo, ya que era imposible la interpretación en Europa de los textos, por no existir allí especialistas en las lenguas nativas. El primer texto fue *Doctrina cristiana y Catecismo para la instrucción de los indios* (1584) en lengua castellana, aimara y quechua, ampliado poco después en el *Tercero catecismo y exposición de la doctrina cristiana por sermones* (1585). Le siguió un *Confesionario para los curas de indios* (1585) también trilingüe. La producción de la prensa unida al mundo universitario fue imparable, aunque no estuviera la suerte de su parte. Pues aunque se dispuso

que se instalara en el Colegio de los Jesuitas y que velara la impresión uno de los secretarios del Concilio, en ningún caso se le permitió controlar los resultados. José de Acosta, que se había formado en las academias de la Compañía de Jesús en Castilla, se encargó de los preparativos, experiencia que le serviría después para su tratado sobre el Nuevo Mundo, *De Natura Novi Orbis*.

Junto a la formación religiosa indígena se obligó a los encomenderos a cuidar, alimentar e instruir a los que sirvieran en su solar, pero fue tan grande la oposición que, aunque se dio conformidad a la sesión, no hubo necesidad de cumplirla.

Otras, en cambio, no fueron de su agrado ni de la satisfacción general, se imponían cambios que atentaban contra los principios sociales dominantes en el Virreinato por entonces. En aquellos meses Lima estuvo alterada. Se prohibió el uso del rebozo a las señoras, que gustaban de exhibirse en las ventanas para admirar el trasiego de viajeros que llegaban por mar, a quienes hablaban chistecillos y requiebros bajo el tapuz que les cubría el rostro. Pero especial disgusto fue la medida que impedía la concurrencia de mujeres a festejos populares, a los que acudían con sedas, tramasirgos, brocados de todo tipo, oros y pedrerías. Ante el impedimento las damas limeñas salieron a la calle con lujosas vestimentas a cara descubierta. Bernarda Niño con un saco bordado de oro en compañía de María Cepeda, Mariana, Juliana Puerto Carrero, la mujer del capitán Loyola, Beatriz

Clara Coya, sobrina del Inca Túpac Amaru, y un largo etcétera.

Sintió que sus esperanzas de un próspero futuro volían a truncarse por la actuación del azar. Su alianza con Vitoria y Lartaun llegaba a su fin. Entonces creyó morir, porque el hambre le recordaba sus meses en la Isla de Santa Catalina: sin dinero, pues había invertido cuanto tenía en los lujosos festines y convites, en los que nunca faltó el pan, vino, carnes; sin ayudas eclesiásticas de Lima y sin retorno a Asunción, para la que partía el obispo Guerra a ocupar la sede. Por segunda vez pensaba en España con nostalgia, en su Logrosán natal, en su familia, en aquello a lo que renunció por un sueño que veía inalcanzable, porque no encontraba solución a sus problemas ni disponía de bienes con los que afrontar el regreso en alguna embarcación.

Comprendió las dificultades que suponía la supervivencia para el clero secular en La Ciudad de los Reyes. No esperaba al final del Concilio, pues temiendo su suerte escribió al cabildo de Lima el 2 de abril de 1583 una Información que contemplase los servicios prestados, con la aspiración de obtener prebendas con las que sobrevivir.

Los atractivos de Lima, diluidos con la celebración del Concilio, la habían vuelto peligrosa, pues no faltaban mendigos y maleantes. Él malvivía en una posada donde redactaba cartas a los conocidos cercanos en busca de ayuda. Una mañana de julio,

cuando había perdido toda ilusión, llegó la contestación del cabildo, en la que se daba curso a su expediente, por lo que se presentó muy temprano, apenas finalizada la homilía de maitines, para proponer los apellidos de los participantes en el cuestionario ante el licenciado López de Zúñiga y el escribano Juan de Anos y las preguntas correspondientes:

“Si conocen a D. Martín Barco de Centenera, Arcediano del Paraguay por limpio y cristiano viejo y de buenas costumbres y vida”.

“Si saben que dicho Arcediano D. Martín Barco de Centenera, salió de Castilla el año de 1572 en la armada de Juan Ortiz de Zárate con buen lustre y mucha costa de hacienda y gente y que así vino a la Isla de Santa Catalina”.

“Si saben en esta dicha isla padeció mucha hambre y sirvió mucho a Dios y al Rey en ayudar a los soldados y gente en su oficio sacerdotal”.

“Sin saben que llegado al Paraguay y después de grandes hambres y trabajo sirvió bien y con grandes ejemplos de vida y costumbre y doctrina, y predicando y confesando y ayudando a todos, y castigando los delitos lo posible y siendo siempre a favor de Su Majestad y de sus justicias por nueve años”.

“Si saben que llegado a este reino del Perú le dieron la capilla de la audiencia real de Chuquisaca por sus sermones y buena opinión y fama y de a poco le dieron la vicaría de Porco que es cosa muy principal donde residió hasta que el Santo Concilio le volvió a llamar para que informase del estado del Paraguay y si en todo este tiempo ha vivido y vive”.

Centenera buscó en Lima a notables del viaje que pudieran apoyar su causa. En el puerto estaba Pedro Ortiz, al que muchas veces había ayudado en Santa Catalina con provisiones. De su oficio como clérigo tenía trabada amistad con Luis de Molina, quien fue párroco de Asunción durante la revuelta contra Juan de Garay y que había pasado a La Ciudad de los Reyes para medrar. El tercer testigo fue el capitán real Francisco Ruiz del Pueyo, al que conocía de sus estancias en Madrid y Sevilla. Por último se acompañó de Gaspar de León, un español de su armada desde la península, que realizó con él el itinerario hasta Lima, al que había tratado en numerosas ocasiones, tanto en Asunción como en Porco. A todos se tomó juramento como era costumbre, en el nombre del Padre, del hijo y de la Virgen Santa María sobre un ejemplar de los evangelios que no faltaba en ningún cabildo americano. Los interrogatorios duraron una semana, tras la cual se hizo pública la probanza de los méritos que solicitaba. Casi un año después, el 31 de marzo de 1584, obtuvo la respuesta favorable que aliviara su situación y le permitiese ir a sus pobres tierras del Río de la Plata.

Oropesa (1584-1590).

No tardaría en ser requerido para otra ocupación. De las numerosas epístolas que escribió durante su periplo en Lima recibió contestación de Granero

Ávalos, de las Charcas, que en recompensa por su conducta en Lima y Porco le nombró su vicario en Oropesa, en la parroquia de San Ildelfonso, a más de dos leguas de la villa, donde compartió clerecía con Pedro de Orellana.

Antes de su llegada a las Indias, Felipe II había designado la constitución de Tribunales de la Santa Inquisición en el Perú bajo el mandato de Toledo, con el empeño de limitar los excesos que proferían los españoles en sus actos y castigar a los infieles: dos presbíteros seculares actuaban de jueces y un fiscal cuestionaba las penas. Muy preocupante fue para Centenera la prohibición de venta y comercio de libros a los que siempre había sido aficionado y ocultó los apuntes que había tomado, hasta el extremo de llevarlos siempre consigo, pues se estimó que se recogiesen los posibles cartapacios manuscritos que existieran allende los mares.

Los inquisidores tuvieron a mal las atribuciones de jurisdicciones de las que se habían apropiado los obispos hasta la fecha a través de sus vicarios por lo que los litigios ante la Real Audiencia acabaron por acumularse en los archivos del reino. Muchos fueron los contenciosos que había mantenido el Tribunal con Lartaun en el Cuzco y Francisco de Vitoria en Tucumán. Granero Ávalos, en un ejercicio de suspicacia, propuso a Centenera para el Santo Oficio en el distrito y Valle de Cochabamba, con sede en Oropesa, de manera que se aseguraba a alguien de su confianza. El Alto Tribunal, hartado de

pleitos interminables, aprobó su decisión, ratificando el puesto ese mismo año de 1584, junto a Cristóbal Pérez Navarro.

Centenera mantuvo buenas relaciones con el temido inquisidor Ulloa en Lima y con su correspondiente en Potosí, Luis de Armas. Siempre fue fiel a los casos de la institución, lo que le supuso un periodo de tranquilidad. Oropesa era una aldea pequeña, pero rica en minería. Años atrás, en 1571, había sido instaurada por el capitán Gerónimo de Osorio a encargo del Virrey Toledo, que le había concedido el título de Villa. Similar a las de La Plata había iniciado las obras de un santuario principal que se encontraban muy adelantadas. Sobresalía entre el conjunto de casas y calles el hospital creado por el Virrey para atender a los mineros, que cada día sufrían derrumbamientos en las explotaciones de mercurio, pilar de la vecindad, que se ubicaban en las más de ciento cincuenta viviendas que la componían. Sus chacras tenían una alta productividad agrícola, con lo que los diezmos que exigía para el sustento de su grey constituían una suculenta cantidad que le permitía el comercio de los productos sobrantes, como había visto hacer al obispo Vitoria en Tucumán.

La despreocupación de una designación cómoda y con ganancias personales posibilitó una etapa de fertilidad literaria que aprovechó para poner en claro sus versos, sin el resquemor de que fueran requisados por el tribunal para el que trabajaba.

Pero el sosiego y el reposo tienen corta vida en estos Estados: tres años después se supo del retorno de Cadish a los Mares del Sur. El luterano Cavendish salió a la mar en julio de 1586. En los primeros días del mes de mayo de 1587 avistó Arica, después de haber devastado Concepción, Valparaíso y Puerto Quintero, donde puso fin a la vida del corregidor Marcos de Vega. Las costas de Chile y Perú se preparaban para lo peor. Algunos testigos de Arica se refugiaron en el interior en busca de una nueva vida, similar a la que les ocupaba en las minas reales. Con frecuencia acudían reclamando consuelo y confesión, donde narraban las circunstancias del cambio. Las pesquisas eran confusas, pues se creyó que regresaba Drake, que tantos estragos causó años atrás. El Conde Villar mandó a los señores de Arica y sus chacras que acudiesen a su defensa, para guarnecer el callao, donde socorrieron unos con caballos, otros con lanzas y los menos con algunos arcabuces. Centenera viajó a Chuquisaca para averiguar la situación, donde partían correos para Lima relatando el suceso. Por la gente de servicio supo de una carta que los indios entregaron al corsario solicitando su alianza para derrotar a los españoles. Como reprimenda se ajustició públicamente a los osados.

En Arica se temió por las edificaciones, por las minas de Potosí que tanto enriquecían a Su Majestad, así que las mujeres fabricaron con sus tocas banderas y gallardetes, a los que cosieron cañas y bordones, fingiendo lanzas. Desfilaban de uno a otro lado simulan-

do el movimiento de las tropas, como si estuviera protegida por un ejército. Una vez que Cavendish supo del engaño, la arrasó y pusieron los infieles rumbo a Lima. Las escaramuzas con los navíos españoles fueron constantes durante ese tiempo, pues bajaron galeones de Quito y Nueva España, pero no quiso la Fortuna aliarse con los castellanos y el inglés consiguió apresar una nave que venía de China en noviembre de ese año, repleta de seda, brocateles, plata y oro, con cuyo botín se sintió satisfecho y retornó a Inglaterra para dar cuenta de sus andanzas.

1587 introdujo cambios, le certificó la fragilidad de su sino y sintió como nunca el deseo de regresar, para lo que necesitaba bienes mayores que los que gozaba o el beneplácito del Consejo de Indias. Evocó los años de Asunción en los que conversaba con Hernando de Montalvo del reino y su organización, de la falta de previsión y amplitud de sus posesiones, que impedían un gobierno efectivo. Así que resolvió redactar una carta al Consejo en la que explicaba su caso y alertaba de los peligros que consideraba más urgentes. En primer lugar reivindicó un gobernador para el Río de la Plata, pues su distancia con la capital del Virreinato había posibilitado las incursiones de corsarios por el río hasta impedir el comercio en Buenos Aires, como hicieran Drake, Fontano y Cavendish, pues desde la muerte del Adelantado todo se había perdido. Al mismo tiempo instaba a Felipe II a permitir el reclutamiento de pobladores que ampliasen los vecindarios del

Reino, precarios y mal abastecidos. También solicitó la cimentación de fuertes en Buenos Aires y San Gabriel que impidieran la entrada de naves por ambas bandas del río. No dudó en sugerir a Su Majestad la conveniencia de fragmentar la gobernación en dos provincias: una con sede en Buenos Aires, la otra en Asunción. Para terminar, razonaba consejos sobre la organización de Arica, Callao y Lima, donde el Imperio perdía muchas de sus riquezas al no estar bien distribuida. Estas cuestiones no gustaron en el Virreinato, donde la correspondencia era inspeccionada antes de partir. Por último, su actividad literaria había sido tan fructífera que informó al Rey del poema que estaba componiendo, en el que se daba relación del Río de la Plata y del Perú, el cual no remitió por temor a que se perdiera, de modo que prefería entregárselo personalmente a su vuelta.

No terminaría el año con esto, pues tras los desciertos de la Inquisición del Perú, Felipe II escogió como Visitador de las causas del Santo Oficio a Ruiz del Prado, con plenos poderes sobre el tribunal en el Virreinato, adonde arribó el 11 de febrero de 1587. Muerto Granero de Ávalos en 1585, se produjeron dos años con sede vacante, cuya sucesión había traído a fray Alonso de la Cerda, con el que apenas mantenía contacto Centenera. Ante las demandas de los vecinos de Cochabamba y del cabildo de Oropesa, Ruiz del Prado no dudó en hacerlos ir a Lima para tomarles declaración verbal, a pesar

de estar a más de trescientas leguas. El motivo sería la elección como alcalde y regidores en Oropesa de vecinos contrarios al bando de Martín de la Rocha, mientras que Centenera se había mostrado partidario de Juan Durán para alcalde y Baltasar de Mendieta y Baltasar Gómez para regidores, así como aliado de Francisco de Orellana y García Ruiz de Lorenzana. La segunda causa fue la disputa por los indios, que pasaban de una mano a otra sin juicio ni fundamento, causando así perjuicio a quienes los perdían.

Tal como se acostumbraba en los juicios del Santo Oficio, se pidió al otro clérigo de Oropesa, Pedro Jiménez, que intercediera por los acusados sin que Centenera ni Cristóbal Pérez supieran del proceso, ocultando a los acusadores, para que los reos no pudieran atinar con los testigos. Allí se personaron Pedro de Calahorra, Diego Mejías, Fernando Osorio, Martín de la Rocha, Miguel Hernández de Solís, Juan Flores, el alcalde Juan Martín Anique, el agustino fray Mateo de León, el Comisario de la villa, Juan Gómez de Cossío (del que se afirmaba ser judaizante) y Juan Martínez de Micolalta (con el que en muchas ocasiones había concluido juicios Centenera), inculpándolo de emitir bandos públicos sin permiso Real.

Se afirmó que entraba de noche en las casas de los vecindados para sacar a las indias jóvenes y entregarlas a sus adeptos, haciendo lo mismo con los de las encomiendas, a su antojo y criterio, a los que

manipulaba en beneficio propio como criados en sus chacras, valiéndose siempre para sus actuaciones del nombre del Santo Oficio. Vocearon su amancebamiento con una mujer casada a la que visitaba en la madrugada, disfrazado de indio para no ser reconocido, a la vez que ejercía de celestino entre los mozos de Oropesa y las casadas, concertando encuentros en los que invitaba a comer a sus maridos, con el objetivo de que se ausentaran de sus viviendas. Las frecuentes salidas que realizaba con damas de Oropesa, incluso con viudas de notarios del Santo Oficio, como alegaron que sucedió con la de Francisco Navarrete, con la excusa de cantarles misas a solas. De lo que se llegó a manifestar que Centenera sostenía que las doncellas de la villa eran unas putas, como aquellas a las que visitaba en Trujillo en su juventud durante los viajes de negocio.

La amante era Leonor López, cónyuge de Juan Sánchez Mejías, a la que entregó unas indias a su servicio, pues las reclamaba como tales, que fueron hurtadas a Gonzalo Briseño en el silencio de la noche. Según Isabel de Ávila, el Arcediano acudía con asiduidad a los aposentos de Leonor López, principalmente al atardecer, para tener relaciones carnales con ella.

No ocultaron detalles sobre su inclinación a la bebida, en especial al vino, en los banquetes y bodas a las que se le convidaba, hasta el punto de que recién desposado un matrimonio, se abrazó a la

novia y la subió al balcón del cabildo para contemplar los festejos taurinos. También se le señaló de mercadear licores que almacenaba en la sacristía, a través de una judía que servía a su caso, que compraba ropa y vino por botijas en el Valle de Miske a Gil Garrido, con los que negociaba bajo recompensa de unas mulas y alguna plata que obtenía de los diezmos. De igual modo, le acusaron de perder la razón cuando estaba ebrio, tirando el bonete y colocándose un paño para recitar sonetos que se jactaba de haber escrito para miembros del Santo Oficio, por cuyo pago le habían ofrecido el puesto de Comisario, sintiéndose protegido del obispo de Charcas y del inquisidor Ulloa.

Sus tentativas por evitar el juicio fueron en vano. A través de amigos supo de las inculpaciones de que era sujeto e intentó que los instigadores se retractasen de sus versiones bajo juramento de una declaración, pero las rencillas de viejos casos abiertos por Centenera pudieron con sus promesas de apaciguamiento. Como el del Comisario Juan Gómez de Cossío, quien cursó desde la cárcel de la Audiencia de La Plata, donde estaba preso con sus bienes secuestrados por haber quebrantado la ley del duelo, una carta al Santo Oficio responsabilizándolo. Juan Gómez se apoyó en Martín de la Rocha, su suegro, que había sido oficial del Santo Oficio en la provincia de Charcas, aseverando la afición de Centenera a la embriaguez, hasta el punto de caer dormido abrazado a un pellejo de vino. Martín de la Rocha, el otro miembro de la Inquisición en

Oropesa, encauzó las argumentaciones contra Centenera, hasta el punto de que se personó en Lima para llevar las quejas manuscritas. A estas unió los comentarios de muchos principales como Juan Mariscal, Domingo Gerónimo de Troya, Diego Parrón, García Ruiz de Orellana o Hernán Vázquez de Saavedra, a los que sin interrogarles se les citó como parte de la acusación. Con ello consiguió ser el único comisario del Valle.

Él prosiguió su vida en Oropesa, sin tener noticias de las querellas. Entre tanto, Juan Ruiz del Prado instó al notario de la villa, Pedro Delgado de Sotomayor, y al clérigo Pedro Jiménez para que en secreto, bajo pena de excomunión, levantaran un parte a los testigos en la vicaría, bajo juramento eclesiástico y político, que se diligenció a Lima. Era julio de 1588. Nunca habría de saber *el logrosano* que Diego de Guzmán y el licenciado Pedro Jiménez participaban en las confesiones del juicio a la vez que componían para él los sonetos que iniciarían su *Argentina*, elogiando su poema y su maestría, de la que afirmaban ser digna de incluirla en el Parnaso. Yo vi los textos que me enseñó de su puño y letra:

*Ya del monte Clicón no hago caso,
quien quisiere corona de Poesía,
ni beua de la fuente de Pegaso,
ni tome con las musas más porfía.
Ni sueñe en alta cumbre de Parnaso,
ni siga sus caminos ni su vía,*

*a Barco solo escoja por maestro,
si quiere en poesía salir diestro.
Sin vela y remo Barco navegando
por el mar Argentino veloz era,
por mis ojos le vi más bolando
que un águila de vista le perdiera,
si en el te echas luego en embarcando,
matalotage haz de Centenera,
y así sobrarte han metros galanos,
sentencias y conceptos soberanos.*

(El Licenciado Pedro Jiménez)

*Espíritu y altivo pensamiento
de Appolo quando estaba allá en Parnaso
cercado de las nueve, que en el vaso
le daban del licor dulce oppulento.
Sin duda te inspiro el famoso Argento,
para que le traxesses a este paso,
que no fuera posible en otro caso
hallar tan dulce byra y tan aliento.
A vos digo el muy docto Centenera
Barco, subtil, veloz, famoso, agible,
fácil, pesado, grave y eloquente.
Dichoso el Argentino y su ribera,
pues siendo hasta aquí casi increíble,
lo eternizáis de oy más entre la gente.*

(Diego de Guzmán al autor)

En vano fueron los relatos de su vida ni el informe que obtuvo en 1583 al finalizar el Concilio, en el que se relataba su patria, padres, lugar de residencia, su condición de cristiano viejo y los estudios culminados en Salamanca. Si bien se ahorró a Centenera los rezos del Padrenuestro o Cremos como solía hacerse. Tampoco fue encarcelado en las mazmorras que el Tribunal poseía en Lima, donde se aplicaban los tormentos y cuitas a los culpables. No debía manifestarse negativo ante las acusaciones, puesto que solo valían las argumentaciones de los testigos. La sentencia se acordó con el Ordinario del Perú, compañero del Concilio, quien obligó a la justicia a ejecutar las órdenes del Santo Oficio. Fue condenado a la privación del puesto de Inquisidor y a pagar una multa de doscientos cincuenta pesos por los cargos, sin posibilidad de respuesta. La resolución se libró el 14 de agosto de 1590. Centenera se hundió para siempre, pues significaba su destierro definitivo.

Se le incriminó por aquello que quería evitar el anterior Concilio de Lima, en lo tocante al cambio de actitud moral del clero secular y las figuras eclesiásticas. Quedó evidenciada su dedicación continua a la evangelización, sus visitas diarias a las chozas de los yanaconas en las chacras, a los pueblos de la comarca, a las florecientes rancherías que poblaban el Valle para administrar la enseñanza a los indios. Se refugió en ellos, asqueado de las miserias de los suyos, desconfiado de la aplicación de las leyes cas-

tellanas en el Nuevo Mundo. Recordó con añoranza las extensiones interminables de tierra del gran río que había sido su puerta de acceso al Perú y, sin más opciones, emprendió el camino a Asunción.



A. The windmill. B. The Town of Potosí. C. The Royal hall for processing silver. D. Water-hall for draining the ore.

Ilustración de las minas de Potosí, s. XVII.

Asunción del Paraguay (octubre de 1590-1592).

El Reino se había ampliado hacia el este y el sur. Nada era duradero en las Indias, lo que un día parecía definitivo al siguiente ofrecía una realidad distinta. Juan de Torres y Navarrete, Teniente general con

Garay, fue depuesto en 1586. Se autorizó a Torres de Vera y Aragón como nuevo Adelantado, a reconocer sus posesiones. En junio de 1587 se hallaba en Asunción, bajó hasta Santa Fe, y en abril del año siguiente descendió a Buenos Aires, en cuyo recorrido consagró Corrientes, anotada en las actas como *Ciudad de Vera*.

Al poco de supervisar los territorios se enroló para España, era el año de 1590, con el pensamiento de reclamar el dinero que había invertido y poder así revalidar su título. Quedó al frente el joven pastor Hernando Arias de manera interina, quien había conducido las reses hasta Buenos Aires con Garay, un mestizo que descifraba la naturaleza de sus pobladores y que no dudaría en aplicar un mando firme y recio ante las insurgencias.

Tras nueve años de ausencia Centenera volvía a Asunción, esperaba encontrar consuelo bajo el manto del dominico fray Alonso Guerra, del que se despidió años antes en Lima, sin saber que lo que le esperaba era un espejismo. El nuncio llegó a Asunción en septiembre de 1585, pero los continuos litigios por la percepción de los diezmos, a los que no habían estado acostumbrados los habitantes del río, pues no se habían cobrado en los tiempos de Centenera, le forzaron a ser recluido en Buenos Aires primero y expulsado a Michoacán después. A esto se sumaba la muerte del deán de la catedral, González Paniagua, por lo que tan solo había dos

eclesiásticos en activo. De nuevo ejercía la tutela religiosa de la provincia, necesitada de un guía espiritual que orientase sus designios. Por entonces se había inaugurado el Convento Grande de Nuestra Señora de los Ángeles, en el que moraba su viejo amigo fray Luis de Bolaños, que fue ordenado franciscano por el prelado Guerra tiempo atrás.

Sus penas inquisitoriales eran insignificantes para los vecinos de las poblaciones rioplatenses. Lejos de La Ciudad de Los Reyes a nadie interesaba su actuación en Cochabamba, pues rememoraban con nostalgia su labor pastoral. En este ambiente retomó su misión evangelizadora, en especial entre los indios, haciendo viajes a Ciudad de Vera, Santa Fe y Buenos Aires. La alta estima que tenía motivó su nombramiento como obispo de Asunción en 1591, sin presentar los correspondientes títulos de la Corona. A quién importaba eso en esta parte del Nuevo Mundo. Consciente de las necesidades, acomodaba en sus visitas vituallas con las que abastecer las urgencias de los feligreses, que siempre agradecieron sus gestos. La primera fue a Buenos Aires, donde concretó ubicación para la catedral, que había sido reasentada a petición de Alonso Guerra en otro solar distinto al que dispusiera en su origen Juan de Garay. Quiso devolverla a la Plaza de Armas, para lo que solicitó la modificación a la Real Audiencia de Charcas, que ratificó su elección en agosto de 1591. Se restauraban entonces los oficios, para los que se hizo retornar el Santísimo Sacramento, que había sido trasladado a

San Francisco, a la espera de la resolución final. Centenera recobró el espíritu de servicio que habían practicado en la diócesis años atrás. Pero las alegrías tenían los días contados a esas alturas de su vida.

Buenos Aires (1592-1593).

Buenos Aires se había fortificado. Allí trabajaba Díaz de Guzmán, que venido de Santiago de Jerez había edificado, junto a tres vecinos notables, el convento de San Francisco y la cofradía de Nuestra Señora de la Limpia Concepción. Se había organizado una rutina eclesiástica.

Mientras celebraba misa en la basílica avistaron embarcaciones provenientes de Brasil, de las que descendieron algunos mensajeros del gobernador de Río de Janeiro, Salvador Correa de Saa, alertando de incursiones de Cavendish en sus costas, donde se habían apoderado del Puerto de Santos; de allí partía hacia Buenos Aires. Se mandaron los correos oportunos a la Real Audiencia. Centenera, conocedor de las estrategias que los luteranos practicaban en los asaltos, expuso el aprovisionamiento del fuerte, la evacuación de las mujeres, niños, ancianos y frailes en carretas tierra adentro, así como el fortalecimiento de la orilla, donde se apostaron centinelas día y noche. Siempre se mantuvo a los soldados. Organizó la defensa y confortó la moral de la temerosa soldadesca, a la espera del ataque de los barcos,

que nunca llegó a producirse. Fue recibido por el gobernador Hernando Arias, tras la renuncia de Alonso de Vera en Madrid; a la par trabajaron mano sobre mano en la constitución política y religiosa.

Muchos y desafortunados fueron los sucesos de Santos, según le contaron los querandíes y marineros que sobrevivieron a las embestidas del inglés en su regreso a Sevilla. Los primeros disparos se efectuaron cerca de las orillas lusitanas, donde tomaron algunos navíos que pasaron a formar parte de su tropa. El primero fue un marquina que procedía de Potosí cargado de plata, dejando por únicos tripulantes a unos negros que llevaban los españoles como esclavos. Consciente de la difícil navegación del mar Océano, Cavendish capturó a uno de los pilotos, Jorge Luis, un portugués al servicio de la nao, del que se sirvió para que trazase el rumbo a Santos. La ciudad intentó oponerse pero tuvo que rendirse a la poderosa flota del corsario. Los vecinos se refugiaron en la iglesia bajo el manto del vicario, a quien Cavendish quiso ejecutar junto a unos frailes. Asoló el santuario, derribó imágenes, crucifijos y relicarios, tomó preso a los señores y saqueó sus casas, quemó sus propiedades y destruyó sus viviendas, actos que perseguía culminar en San Vicente. Era el mes de marzo de 1592.

En la isla acarrearon provisiones y organizaron la carga, rumbo al estrecho de Magallanes. A la altura de Buenos Aires otearon los navíos dirección Sur, lo que supuso el alivio de los hombres del gobernador.

Quiso el destino castigar los atrevimientos de Cavendish en Santos, donde perdió una de sus naves y tuvo que tomar tierra con la otra. La enviada por Correa de Saa fue tras ellos, con igual fortuna, pues pronto encallaron, siendo apresados y combatidos por los charrúas, quienes se dirigieron a Trinidad a mercadear las provisiones. Entonces informaron de tres cristianos por los que pedían rescate. Se hizo una derrama entre los vecinos para juntar bienes suficientes con los que liberarlos, a la que aportó Centenera un cobertor que los indios le habían fabricado. Viendo las riquezas que pagaban por los cautivos, pronto fueron liberados. Eran dos marineros, Rullo de Mendoza y Gonzalo García, y un sacerdote, Diego de Portugal, que fueron llevados desnudos ante Centenera. Ya en Buenos Aires explicaron las peripecias y la suerte del resto de la tripulación, dando gracias por el milagro y formulando la promesa de peregrinar a Guadalupe.

No terminarían las desgracias para Cavendish en los naufragios de Magallanes. Davis, el otro piloto del inglés, pudo reponerse de las embestidas del oleaje, se escoró mar adentro y abandonó a Cavendish a su suerte, que retornó a Santos y fondeó tres leguas antes para pertrecharse. Los portugueses no habían olvidado los agravios que les hiciera meses antes y se reunieron los que habían huido a la sierra para hacerles emboscada. Cada vez que organizaba una expedición era sorprendido, aquí mataron diez, allí doce, en otro lugar veinte, con la alianza de los

guaraníes que les lanzaban flechas desde la orilla, decapitando a los ingleses y llevando sus restos al Puerto de Santos. Entre los difuntos se halló el hijo de un conde inglés que había sido encomendado a Cavendish, por lo que supo el luterano que el final de sus días había llegado. Loco de ira exhortaba al sometimiento, pero sus lamentos fueron en vano, visto el daño que la tempestad había causado a la flota y los ataques de las milicias portuguesas. Al contrario, mientras se encontraba en la Isla de San Sebastián, Correa de Saa lanzó dos frentes más, uno por tierra y otro por agua, bajo el mando de su hijo. Las bajas fueron tantas que no tuvo otro remedio que hacerse mar adentro, rumbo Espíritu Santo, donde fueron repelidos por los indios brasileiros con lanchas y bateles. Una de las embarcaciones, desoyendo las órdenes de Cavendish, que había dispuesto fondear cerca de la costa, puso pie en la arena, donde les aguardaban las gentes del gobernador con arcabuces y artillería, que abatieron a un centenar de británicos.

Todo ocurrió la víspera de San Juan, Centenera había partido a Santos para reorganizar al clero. De vuelta a Buenos Aires subieron a un cirujano que sobrevivió a los asaltos, quien le dibujó el combate. Vitoreadas las desventuras que había sufrido el luterano, volvió la codiciada calma.

El Arcediano reflexionó en ese momento sobre su vida y la inestabilidad que assolaba a los vecinos de Buenos Aires, no faltos de peligros mientras la

Corona no remediase su situación. Encontró en su posición eclesiástica la posibilidad de conseguir el anhelado regreso, pues había culminado su poema y sentía la necesidad de que viera la luz en las prensas de Castilla, para lo que necesitaba traer el manuscrito en persona. Así, solicitó al cabildo de Buenos Aires un informe de los servicios prestados desde su partida con Ortiz de Zárate hasta la fecha. El cuestionario fue completado por cinco vecinos que lo habían tratado, en especial, Hernando de Montalvo, al que le había unido una gran amistad y con el que compartía su visión de la provincia del Río de la Plata. Fue aprobado el 9 de enero de 1593 por el capitán Hernando de Mendoza ante el escribano de la alcaldía, don Matías Sánchez, que trabajaba en el traslado del Acta de fundación de Buenos Aires, documento firmado por Garay y mandado copiar por Hernando Arias.

Un mes después se le facultó con la potestad para que, en nombre de la ciudad y sus vecinos, se presentara ante el Rey, el Consejo de Indias o cualquier institución que considerase oportuna para interpe- lar en su lugar mercedes y gracias, anulando el poder otorgado con anterioridad a Beltrán Hurtado.

Ese mismo año embarcó de vuelta a España, pues eran urgentes las peticiones que tenía que solicitar a la Corona, de las que, en parte, dependía su futuro.

III
El desengaño del mundo
(1595-1603)



Logrosán (1595-1600).

La travesía ya no tuvo los atractivos de juventud, cuando todo eran novedades y la esperanza abría el camino hacia un lugar inesperado. Desembarcó en Sanlúcar de Barrameda, remontó el río hasta Sevilla e hizo el trayecto en carreta hasta Madrid. No pudo resistir su paso por Logrosán y Guadalupe, a cuya virgen había prometido visitar desde la Isla de Santa Catalina. Recorrió los campos que le habían visto crecer, las calles en las que había jugado en la niñez y supo que ya no eran parte del Martín de Centenera que había vuelto de La Plata; se había roto la conexión que le unía a su pasado. Incluso entonces no se desvinculó de su cargo de Arcediano. Participó en las celebraciones religiosas de la Natividad del Señor y durante los primeros meses de 1596 preparó un acto de confirmación de la fe entre los cristianos nuevos de la comarca. La ceremonia tuvo lugar el 7 de marzo en la parroquia de San Mateo de Logrosán. La nave central estaba repleta de niños con sus familia-

res, a cuyo acto se invitó al obispo de Plasencia, fray Pedro González de Acebedo, que con solemnidad predicó a los más de doscientos vecinos de Las Villuercas que lo observaban atónitos. Le evocaban los bautismos que había realizado en las Indias, donde concurrían encomiendas enteras a su regazo.

A su paso por Guadalupe mantuvo encuentros con fray Diego de Ocaña y fray Gabriel de Talavera, a quienes notificó su estancia americana y las carencias que había observado. Aprovecharon los jerónimos para estudiar la situación, temerosos del establecimiento de otras Órdenes en aquellos territorios.

Lejos de las expectativas que se había formado, en Madrid pidió audiencia al Rey, alentado por las conversaciones mantenidas con el Superior de Plasencia, para la que compuso un documento en el que se incluían los poderes de Buenos Aires y los informes de 1583 y 1593, junto a su manuscrito. Esperó recuperar la hacienda invertida, una recompensa por los años de dedicación a los servicios del Rey que le otorgase algún puesto acorde a su condición. Pero quiso el destino que no fuera recibido, que su poema fuera desestimado por los censores del Reino, quienes entendieron que era crítico con los militares participantes en las expediciones. No entendía Centenera la oposición de su pueblo a la relación fidedigna de *Argentina*, pero asumió su derrota como hiciera en Asunción, Lima, Oropesa, y tantos otros destinos en los que el silencio fue la única respuesta.

Desolado por los avatares de la Fortuna regresó a Logrosán donde puso en claro su vida en compañía de sus familiares Juan del Barco y Alonso del Barco, que habían ampliado los bienes heredados. Era marzo de 1598. Allí revisó sus testimonios, corrigiendo las octavas que componían su fundación primordial, la ciudad imaginaria de sus vivencias, la reconstrucción de las aventuras españolas en La Plata. Quería crear la primera pieza literaria de la región, pues tan solo había consultado crónicas imposibles de leer y numerosas correspondencias administrativas que casi siempre caían en el olvido, cuando no eran requisadas por las autoridades para utilizarlas en beneficio propio. Su horizonte se alejaba de estas perspectivas, el juego con el lenguaje y la recreación predominaban en el relato. La historia, en muchas ocasiones autobiográfica, fue adornada para atraer la atención del lector. Aquí incluía una glosa sobre un río, allí una biografía de un conquistador, en otra parte una explicación latina, con el fin de que fuera entendida en España. Y, también entonces, concibió su segunda narración, una obrita en la que pudiera contar sin miedos las miserias del mundo que le tocó vivir, de las luchas palaciegas de Lima y Madrid, de los entresijos de las gobernaciones indianas, de su propia existencia.

Largas fueron las tardes de conversación con el paisano Sorapán de Rieros por los olivares cercanos. El médico, que por entonces se estaba formando en el Monasterio de Guadalupe, departía sobre su

visión del mundo, las cuestiones humanas y divinas, así como los refranes populares acerca de la salud. En más de una ocasión asistió personalmente al Arcediano en su casa. Este estaba aquejado de enfermedades otro tiempo frecuentes para él, pero ahora nuevas, que lo habían debilitado. Eran momentos en los que Centenera le leía pasajes que obtuvieran la oportuna aprobación, solicitándole consejo en la redacción, recreándose en el recitado de sus versos. Intentaba así resolver la manera para publicar sus textos, consolándose con los ungüentos que Sorapán, sin prisas, colocaba sobre el cuerpo del indiano.

En otras ocasiones tuvo cobijio en la clerecía local, muy abundante en esas fechas, a diferencia de Asunción, pues estaba compuesta por más de cinco actuantes de diferentes grados. Ya tuvo contacto con ellos a su regreso, pero ahora, con estancia definitiva, entabló amistad con el bachiller Valverde, Alonso Rodríguez, Juan de la Fuente, Francisco García Díaz y Martín Cano. Con ellos asistía a los bautizos de niños de sitios cercanos, en calidad de Arcediano del Río de la Plata. En concreto, recordaba el de una niña huérfana a la que pusieron de pila María, que sola en el mundo fue apadrinada por Diego Cañamero. O los exorcismos practicados por necesidad en el hogar a los menores moribundos que fallecían al poco de venir a la vida; la conversión de moriscos juzgados por la Inquisición y tantos

otros casos desgraciados que hicieron aumentar su pesimismo.

Allí residió hasta diciembre de 1600, cuando quiso el azar, junto con las intermediaciones del obispo de Plasencia, que pasara a formar parte del séquito del Marqués de Castel Rodrigo, don Cristóbal de Moura, justo en el momento en el que fue designado Virrey de Portugal, con el que marchó a Lisboa como capellán.

Lisboa (1601-1603).

Junto a las dedicaciones obligadas pasó los primeros meses del año lisboeta corrigiendo su creación, incluyendo anotaciones marginales que permitieran su comprensión, tan del gusto en los ambientes cortesanos.

Lisboa y el círculo intelectual que giraba en torno al Virrey ansiaban alumbrar al mundo con fuentes inéditas del Virreinato del Perú impresas por Pedro Crasbeeck, que, llegado de Bélgica, estaba enfrascado en los originales de Lope de Vega, Cervantes, Mateo Alemán, Luis de Camoes o el poco afamado Inca Garcilaso de la Vega. En este ambiente pudo ver realizado el único sueño que aún permanecía intacto, con la ayuda del lusitano Valeriano de Frías de Castillo, un poeta que sugirió la edición a Moura, al que solicitó Centenera un soneto para su pieza. La promesa del Virrey requirió de esfuerzos doblados,

correcciones interminables y la redacción de una carta inicial en su honor. Sabedor del poder terrenal, dedicó sus versos a su protector y matizó los comentarios más sangrantes sobre el círculo de Zárate y las buenas costumbres de la Santa Fe católica, con el fin de que obtuviera el visto bueno de la preceptiva censura eclesiástica, que le fue concedida en el verano de 1601 por los funcionarios de ordinario del Santo Oficio y de la Mesa de Impresión.

Al Marqués de Castel Rodrigo, Virrey, Gobernador, y Capitán General de Portugal, por el Rey don Felipe III, Nuestro Señor, su humilde siervo y perpetuo capellán don Martín del Barco Centenera, Arcediano del Río de la Plata.

Habiendo considerado y revuelto muchas veces en mi memoria el gran gusto que recibe el humano entendimiento con la lectura de los varios y diversos acaecimientos de cosas, que aun por su variedad es la naturaleza bella, y que aquellas amplísimas provincias del Río de la Plata estaban casi puestas en olvido, y su memoria sin razón oscurecida, procuré poner en escrito algo de lo que supe, entendí y vi en ellas en veinticuatro años que en aquel nuevo orbe peregriné: lo primero por no parecer al malo e inútil siervo, que escondió el talento recibido de Su Señor; lo segundo, porque el mundo tenga entera noticia y verdadera relación del Río de la Plata, cuyas provincias son tan grandes, gentes tan belicosísimas, animales y fieras tan bravas, aves tan diferentes, víboras y serpientes que han

tenido con hombres conflicto y pelea, peces de humana forma y cosas tan exquisitas que dejan en éxtasis los ánimos de los que con alguna atención los consideran. He escrito en verso aunque poco pulido y menos limado esta obra y libro (a quien intitulo y nombro Argentina, tomando el nombre del sujeto principal que es el Río de la Plata) para que Vuestra Excelencia si acaso pudiera tener algún rato, como que hurtado a los necesarísimos y graves negocios de tan grande gobierno como sobre sus hombros tiene, pueda con más facilidad leerle, sin que le dé el disgusto y fastidio, que de las largas y prolijas historias se suele recibir, heme dispuesto a presentarle y ofrecer a V. E. como propia suya. Pues según derechos los bienes del siervo son vistos ser del señor, y así confío que puesto en la posesión del amparo de V. E. cobrara nuevo ser y perpetuo renombre de mi trabajo, quería y pido a Dios se siga solo haber acertado a dar a V. E. algún pequeño contento con este mi paupérrimo servicio, lo cual será para mí muy aventajado premio, y crecerán en mí las alas de mi flaco y débil entendimiento para volar, aspirando siempre a cosas más altas y mayores enderezadas todas a su fin debido, que es el servicio de Dios, de su Majestad y de Vuestra Excelencia, a quien Dios nos guarde por largos y felicísimos tiempos, para el buen gobierno y amparo de este reino, como yo siervo y perpetuo capellán de Su Excelencia deseo.

*Lisboa a 10 de mayo de 1601.
El Arcediano D. Martín del Barco Centenera.*

La mañana del 15 de agosto de 1603 acudí a sus aposentos como acostumbraba, pero un silencio sepulcral inundaba la sala, en la que tan solo divisé un jergón mullido vacío y una mesa baja sobre la que humeaba una vela. El Arcediano reposaba sobre ella frente a una ventana entreabierta por la que se adentraba la brisa del mar. Nada podía hacerse por él; no me apresuré a llamar al servicio, ni alarmar de la situación. Me acerqué a su escritorio, donde se hallaba un volumen anotado de *Argentina*, bajo el cual se encontraban las hojas desordenadas que acompañan a este relato, en cuya primera página se leía en letra redonda: *El desengaño del Mundo, por el Arcediano de la Plata, Martín del Barco Centenera, en Lisboa, el anno de MDCII.*

Epílogo

En los inicios de la documentación de esta novela descubrimos que la edición de *Argentina* de 1602, de la que apenas si se conservan cinco o seis ejemplares, había estado custodiada en la biblioteca del Monasterio de Guadalupe desde su impresión. En concreto, de los tres que aún existen en la Biblioteca Nacional, los signados como R/2765 y R/4152 proceden de Guadalupe, como consta en su *ex libris*, posiblemente reubicados en Madrid tras las desamortizaciones del siglo XIX. El primero perteneció a su paisano fray Bartolomé de Logrosán (1610-1687), quien quedó su nombre manuscrito en la cubierta. La presencia del texto en el cenobio de Las Villuercas, así como las informaciones de una posible novela autobiográfica inédita que dejó Centenera con el título *El desengaño del mundo*, ofrecidas por otro paisano y médico en Guadalupe, Sorapán de Rieros en su *Medicina española contenida en proverbios vulgares* de 1616, nos llevaron a crear la trama

que ahora presentamos. Los años coincidentes en la existencia del texto, unido al carácter documental e historiográfico de *Argentina* nos inclinaron a pensar en esta posibilidad. El testimonio recaló en Guadalupe y era leído en el momento, pero el hecho de que no hubiera conocido la prensa pudo contribuir a su pérdida.

El desengaño era la cura del barroco que abría los ojos y permitía viajar por el mundo sin ser víctima de sus engaños, ni de la falsedad que rodeaba a la sociedad europea. Esa narración extraviada sería el revelamiento de esas verdades que vivió de primera mano y que pretendía aportar en su escrito Centenera.

Por otro lado, informamos al lector de que las bellas imágenes que incluimos en los inicios de capítulos han sido tomadas de *Kostümbuch nach Vorlage des Trachtenbuches von Christoph Weiditz I 88 Bl – München, Um 1600*. Se trata de una obra que se conserva en la Biblioteca de Munich, donde se representan las vestimentas de españoles y portugueses en el siglo XVI (1600), junto a *Civitates Orbis Terrarum*, Colonia, 1572. La portada es una imagen de Lisboa en 1572. Además, hemos completado la edición con imágenes que ilustraban el *Viaje al Río de la Plata* de Schmidel (realizados en torno a 1536) y aparecido en 1567, primeras ilustraciones del Nuevo Mundo al que llegó Centenera y que seguía manteniendo el mismo aspecto a su marcha, de modo que son un fiel reflejo de la América del Río de la Plata.

Para terminar, no podemos dejar de citar algunas de las fuentes que nos han servido de inspiración en estas páginas, las cuales recomiendo al lector que desee profundizar sus conocimientos en la Carrera de Indias, el poema de Centenera, su vida, la historia de Argentina, Uruguay, Perú, las fundaciones americanas y un largo etcétera de aspectos que con más detalle han referido Félix de Azara, *Descripción e historia del Paraguay y Río de la Plata* (1843); J. M^a Gutiérrez, “Estudio sobre la Argentina y conquista del Río de la Plata y sobre su autor Martín del Barco Centenera” (1876); J. Toribio Medina, *Historia del Tribunal de la Inquisición de Lima (1569-1820)* (1887); Vicente Fidel López, *Manual de la historia argentina. Dedicado a los profesores y maestros que la enseñan* (1899); Enrique de Gandía, *Historia de la Conquista del Río de la Plata y del Paraguay e Indios y conquistadores en el Paraguay* (1932); Marfany, *El indio en la colonización de Buenos Aires* (1940); Ricardo Rojas, *Historia de la literatura Argentina (Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata)* (1948); Lucero Ontiveros en “El Renacimiento y América en La Argentina de Martín del Barco Centenera” (1954); E. Cardozo, *Historiografía paraguaya* (1959); Salinas, *La poesía en Cochabamba* (1972); L. Cano, *La evangelización en el Paraguay: Cuatro siglos de historia* (1979); Rómulo D. Carbía, *Historia de la historiografía argentina* (1979); Ricardo Senabre en *Escritores en Extremadura* (1988); David Rock, *Argentina 1516-1987* (1988); Emi B. Aragón Barra, *La Argentina. Nueva*

visión de un poema (1990); R. Sánchez Rubio, “Participación extremeña en la evangelización indígena” (1992); J. L. Pereira Iglesias, “La iglesia india” (1992); M. A. Tejeriro Fuentes en *Los poetas extremeños del Siglo de Oro* (1999) y *Catálogo biobibliográfico de escritores extremeños anteriores a 1750* (2010); Ruy Díaz de Guzmán, *La Argentina* (2000); Marta Fabbri, “Las Enseñanzas de Martín del Barco Centenera y su poema La Argentina” (2002); Graciela Maturo, “Homenaje a Martín Barco de Centenera a cuatro siglos de su muerte” (2005) o Mario Casalla, “Argentina: la trabajosa construcción de una nación” (2006).

A la vez que puede leer el texto de *Argentina* en las distintas ediciones que se han efectuado del mismo: Martín del Barco Centenera, Lisboa (1602), Madrid (1730), Buenos Aires (1884); a cargo de Ricardo Senabre en Cáceres (1982); la edición de A. González de Barcia, Madrid (1749); la reimpresión de Pedro de Ángelis Buenos Aires (1836, 1900 y 1910); C. Navarro y Lamarca, Buenos Aires (1912); J. M. Gutiérrez y Emilio Peña, Buenos Aires (1912); una versión al inglés, Buenos Aires (1965).

Glosario de personajes.

Abarorí. Cacique charrúa.

Abayubá. Cacique charrúa.

Abreu de Figueroa, Gonzalo. Gobernador de Tucumán entre 1574 y 1577, instó a la fundación de ciudades como San Clemente de la Nueva Sevilla en 1577. Contrario a Garay, alentó el levantamiento de Santa Fe en 1580. Tras su enjuiciamiento fue depuesto del cargo.

Acosta, José de. Estudió en el Colegio de la Compañía de Jesús en la península, cuya misión desarrolló tanto en España como en Portugal. Impartió docencia en Ocaña y Plasencia, hasta que se solicitaron sus servicios para América. En Perú desde 1572. Participó como teólogo en el III Concilio de Lima. Se le conoce la obra *De Natura Novi Orbis* (1589).

Aguilera. Militar español partidario de Garay en la revuelta de Santa Fe de 1580.

Aguirre, Francisco de. Militar español de Talavera de la Reina que fue designado gobernador de Chile tras la muerte de Valdivia, cargo que disputó con Francisco de Villagra.

Alonso, García. Natural de Logrosán, fue testigo en el bautizo de Martín del Barco Centenera.

Alonso, Pedro. Originario de Fuente del Maestre, 1548, viajó como labrador en la expedición de Ortiz de Zárate en 1573.

Altamirano, Cristóbal. Marido de Ana Méndez, fue a América en la expedición de Ortiz de Zárate. Fue uno de los vecinos fundacionales de Buenos Aires.

Álvarez de Toledo, Francisco. Quinto Virrey del Perú, entre noviembre de 1569 y mayo de 1581. Reinstauró la Mita minera con la que se obligaba a los indios a trabajar en los yacimientos reales. Uno de sus hechos más oscuros, sin duda, fue el ajusticiamiento de Tupac Amaru en el Cuzco.

Álvarez Gaitán, Luis. Mancebo nacido en Asunción, vecino fundacional de Buenos Aires, donde participó como regidor en el primer cabildo.

Amaru, Tupac. Último representante del Imperio Inca en Perú. El hijo de Manco Inca Yupanqui (también conocido como Manco Capac II). Tras su ejecución por el Virrey Toledo se cree que su cabeza permaneció incorrupta durante un tiempo, ampliando su leyenda.

Anagualpo. Cacique charrúa.

Anchieta, Fray José de. Misionero jesuita en el Río de la Plata, fue uno de los fundadores de Sao Paulo y Rio de Janeiro.

Anos, Juan de. Escribano del cabildo de Lima en 1583.

Arévalo, Cristóbal de. Criollo vecino de Santa Fe que se sublevó contra Juan de Garay, pretendiendo formar un gobierno comunal y criollo en la ciudad. En el levantamiento fue nombrado Capitán general y Justicia Mayor de la ciudad, por medio de una junta revolucionaria formada por Lázaro de Venialvo, Pedro Gallego el mozo, Domingo Romero, Rodrigo Mosquera, Diego de Leiva, Diego Ruiz y Pedro Villalta. Nacido en Asunción partió con Melgarejo a la fundación de Villarica del Espíritu Santo y posteriormente en Santa Fe.

Arias de Saavedra, Hernando. Criollo, hijo de Martín Suárez de Toledo, fue el sucesor de Alonso de Vera en la gobernación del Río de la Plata. Participó en la población de Buenos Aires a la que llegó como vaquero venido desde Asunción. Desde 1602 se le nombró gobernador de Buenos Aires.

Armas, Luis de. Clérigo natural de Canarias que ejerció como comisario del Santo oficio en la villa de Potosí, muchas veces cuestionado por los vecinos de La Plata y Potosí.

Ávila, Isabel de. Vecina de Oropesa.

Ayllón, Fray Sebastián de. Clérigo español, Superior de la Orden de los Dominicos que participó en la edificación del Convento y Basílica de Santo Domingo en Lima.

Ayolas, Juan de. Formó parte de la expedición de Pedro de Mendoza en 1535, en calidad de Alguacil mayor. Asistió a la primera fundación de Nuestra Señora del Buen Ayre un año después. Exploró el río Paraná, donde fundó el fuerte de Corpus Christi. Remontó el río hasta Paraguay y levantó el fuerte de La Candelaria, donde dejó como lugarteniente a Domingo Martínez de Irala. Falleció en un ataque de los indios cuando regresaba de una expedición al Chaco.

Barco, Alonso del. Vecino de Logrosán que acompañó a Centenera en un bautizo en 1599.

Barco Hernández, Juan del. Vecino de Logrosán que acompañó a Centenera en un bautizo en 1599.

Barros, Juan. Español cautivo por los indios guaraníes en la expedición de Mendoza, vivió entre ellos, donde tuvo mujer e hijos, hasta la llegada de Zárate.

Bermúdez, Antonio. Vecino fundacional de Buenos Aires.

Blázquez, Diego. Clérigo de Logrosán que bautizó a Martín del Barco Centenera en 1544.

Blázquez, Juan. Colono de Zalamea de la Serena, hijo de Antonio López. Marchó al Río de La Plata en la expedición de Ortiz de Zárate.

Blázquez, María. Madre de Martín del Barco Centenera.

- Bolaños, Fray Luis.** De la Orden de San Francisco, participó en las reducciones jesuíticas de Paraguay. Compuso una de las primeras obras en guaraní: *Catecismo Breve*. Partió en el viaje del Adelantado Ortiz de Zárate y se afincó con otros frailes en Asunción desde 1575.
- Briseño, Gonzalo.** Vecino encomendero de Oropesa.
- Buenaventura, Fray Alonso de.** Franciscano que junto a fray Luis Bolaños creó las primeras reducciones franciscanas en 1587 en Yaguarón.
- Burgos, Juan de.** Gobernador de Córdoba del Tucumán en 1583 y encomendero de la villa.
- Cabañas de Hinojosa, Juan.** Procedente de Trujillo, donde nació en 1528, fue hijo de García Cabañas de Hinojosa. Pasó al Río de La Plata en la expedición de Ortiz de Zárate en 1573.
- Cabrera, Jerónimo Luis de.** Gobernador del Tucumán por nombramiento del Virrey Toledo en 1573, fundó la ciudad argentina de Córdoba ese mismo año. Fue sentenciado a muerte por el veedor Gonzalo de Abreu por desobedecer las órdenes virreinales.
- Cáceres, Felipe de.** Gobernador interino entre 1569 y 1572, durante el viaje de Zárate a España para confirmar su nombramiento de Adelantado, con sede en Asunción.
- Calahorra, Pedro de.** Vecino de Oropesa, en el valle de Cochabamba, a instancias del cabildo y vecinos se personó como causa principal contra Centenera en el juicio del Tribunal de la Santa Inquisición.
- Cano, Martín.** Clérigo de Logrosán que residía en la villa a finales del siglo XVI, acompañó en un bautismo a Centenera en 1598.
- Carrillo, Juan.** Soldado a las órdenes de Melgarejo que mantuvo una relación amorosa con Elvira de Contreras.
- Castañeda, Diego de.** Encomendero de Córdoba del Tucumán.
- Castellano, Cristóbal.** Vecino de Logrosán, donde nació en 1539, pasó al Río de la Plata en la expedición de Ortiz de Zárate en 1573.

- Cavendish, Thomas (Cadish).** Corsario inglés formado en el Corpus Christi College, Universidad de Cambridge, entre 1575-1577. Navegó con Sir Richard Grenville a Virginia en 1585. Atravesó el globo entre 1586-1588, donde consiguió un botín considerable. Su segundo viaje se realizó en 1591, en el cual murió en el Atlántico Sur en 1592.
- Chaves, Ñuflo de.** Conquistador extremeño de Santa Cruz de La Sierra. Su hermano fray Diego de Chaves llegó a ser confesor de Felipe II. Partió con Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Encabezó una expedición por el río Pilcomayo hasta los Andes. En 1561 fundó la ciudad de Santa Cruz de la Sierra, murió durante su población en un viaje con colonos de Asunción. Estuvo casado con Elvira Manrique, de cuyo matrimonio tuvo varios hijos: Francisco de Chaves, Álvaro de Escobar, Catalina y Elvira Manrique de Lara, que dejaron descendencia en el Alto Perú.
- Cerda, Fray Alonso de la.** Prior dominico de Cáceres en la Universidad de San Marcos de Lima que ejerció como obispo de Charcas, sucediendo a Pedro de la Torre.
- Conde Villar (Don Pardo).** Político español que intervino en los combates contra el pirata Cavendish en las costas de Perú con envío de navíos y tropas.
- Contreras, Elvira de.** Esposa del conquistador sevillano Ruy Díaz Melgarejo, natural de Medellín, hermana de Isabel de Contreras. Algunos biógrafos aseguran un segundo matrimonio con el también conquistador Juan Salazar de Espinosa.
- Contreras, Isabel de.** Esposa de Juan de Garay, natural de Medellín.
- Correa, Gamino.** Bachiller en América, compuso un soneto inicial en *Argentina* elogiando los versos de Centenera.
- Correa de Saa, Salvador.** Gobernador portugués de Río de Janeiro.
- Crasbeek, Pedro.** Impresor de libros de origen belga, que se asentó en España y Portugal, donde desarrolló una

amplia labor editorial de los mejores escritores del momento en sus talleres lisboetas.

Crespo, Pedro. Labriego de Zalamea de la Serena, personaje central de la obra teatral de Calderón de la Barca, *El alcalde de Zalamea*.

Dávalos Altamirano, Doña Marina. Vecina de Medellín. Pasó al Río de la Plata en la expedición de Ortiz de Zárate en 1573. Al morir su marido, que le acompañó en la travesía, a manos de los indios de San Gabriel, volvió a contraer matrimonio.

Davis, John. Corsario inglés que acompañó a Cavendish en su último viaje de 1591, teniendo que abandonarlo en las inmediaciones de la costa brasileña debido a un temporal.

Delgado de Sotomayor, Pedro. Vecino de Oropesa, notario de la villa.

Díaz de Guzmán, Ruy. Vástago mestizo de Alonso Riquelme de Guzmán y de Úrsula de Irala, hija a su vez de Domingo Martínez de Irala y de Leonor, una de sus concubinas indígenas, de origen guaraní. Estaba emparentado con Álvaro Núñez Cabeza de Vaca. Se dedicó a las armas en compañía de Ruiz Díaz Melgarejo, con quien fundó Villarrica del Espíritu Santo, en 1575, y Salta, años después, participando en la reubicación de Villa Rica del Espíritu Santo y en la fundación de Santiago de Jerez. Escribió *Anales del Descubrimiento, Población y Conquista del Río de la Plata*, más tarde conocida como *La Argentina*, que terminó de escribir en 1612.

Díaz de Solís, Juan. Marinero al servicio de la Corona española que descubrió el Río de la Plata. Su expedición fracasó por los continuos ataques que sufrió de modo que tuvo que regresar a Brasil.

Díaz Melgarejo, Ruiz. Conquistador americano que fundó Ciudad Real en 1558 bajo la jurisdicción del cabildo de Asunción. Ayudó a la expedición de Ortiz de Zárate en su lucha con los indios en San Gabriel.

- Díaz, Alonso.** Nació en 1550 en Jerez de los Caballeros, hijo de Martín de Vargas. Se enroló en la expedición de Ortiz de Zárate al Río de la Plata en 1573.
- Díaz, Fernando.** Librero sevillano del siglo XVI que se dedicó a la impresión de obras que fueron vendidas en el Nuevo Mundo.
- Díaz, Gonzalo.** Colono procedente de Garciaz, nació en 1532 y pasó al Río de la Plata en la expedición de Ortiz de Zárate. Estaba vecindado en Asunción en 1576.
- Díaz, Inés.** Mujer de Diego Sánchez, de Puebla de Alcocer, pasó al Río de la Plata en la expedición de Ortiz de Zárate en 1573.
- Díaz, Pedro.** Piloto mayor del viaje del Adelantado Ortiz de Zárate.
- Drake, Sir Francis.** Corsario inglés que circunnavegó el globo con gran ganancia para la Corona inglesa, que le concedió el título de caballero. Elogiado en la literatura de la época por su aire aristocrático y su estrategia marítima supuso un tormento para los navíos españoles.
- Durán, Juan.** Vecino de Oropesa, alcalde del cabildo.
- Duré, Martín.** Militar español coadjutor de Garay tras la muerte de Ortiz de Zárate, encargado de la gobernación del Río de la Plata junto a Mendieta.
- Enríquez de Almansa, Martín.** Sexto Virrey del Perú, 1581-1583, murió en el transcurso del III Concilio de Lima, lo que dificultó su realización, ya que a petición de Felipe II debía desarrollarse bajo su control.
- Escalera, Francisco.** Clérigo para el que Centenera pedía en carta al Consejo de Indias algún cargo eclesiástico en América. Fue partidario de Cabeza de Vaca y por ello sufrió prisión. Asistió como clérigo en Ciudad Real (Guairá, Paraguay) durante el gobierno de Alonso de Riquelme y Ruiz Díaz Melgarejo.
- Escobar, Alonso de.** Mancebo nacido en Asunción, vecino fundacional de Buenos Aires, donde participó como regi-

dor en el primer cabildo. Al enviudar casó con Inés Suárez de Toledo.

Flores de Valdés, Diego. Militar español que en 1574 fue designado General de la armada de Indias. En 1581 estuvo al frente de la flota encargada de garantizar para España el paso de Magallanes, cuya expedición fue un fracaso.

Flores, Antonio. Colono de Zalamea de la Serena, hijo de Diego Flores. Nació en 1522. Pasó al Río de la Plata en la expedición de Ortiz de Zarate en 1573 en compañía de su mujer María Alonso y sus hijos: Beatriz, Constanza, Hernando, Juan, Diego y María Flores.

Flores, Juan. Mancebo, vecino de Oropesa, testigo contra Centenera en el juicio.

Fontano, Eduardo. Nombre del corsario inglés Edward Fenton que desembarcó en el Río de la Plata durante la gobernación de Navarrete en Asunción a finales de 1583. Le acompañaba un sobrino de Francis Drake. Fueron cautivos de los Charrúas, de cuya cárcel consiguieron escapar para ser apresados por Navarrete y enviados a Lima para su enjuiciamiento.

Frías de Castillo, Valeriano de. Poeta lusitano que dedicó un soneto a Centenera al comienzo de *Argentina*.

Fuente, Juan de la. Clérigo de Logrosán que residía en la localidad a finales del siglo XVI.

Gaboto, Sebastián. Marinero y cartógrafo italiano que navegó el océano atlántico en varias ocasiones, llegando al Río de la Plata por noticias de antiguos expedicionarios de Juan Díaz de Solís. Allí fundó, en 1527, un fuerte bajo el nombre de Sancti Spiritu, del cual pervivió una torre durante muchos años después.

Gago, Juan. Vecino de Guadalupe que pasó en la expedición de Ortiz de Zárate al Río de la Plata en 1573. Fue hecho prisionero de los indios charrúas quienes le cortaron pies y manos y sacaron los ojos, murió invocando a la Virgen de Guadalupe.

- Gago, Pedro.** Vecino de Logrosán, pasó al Río de la Plata en la expedición del Adelantado Ortiz de Zárate. Se distinguió en 1573 en la batalla contra los charrúas.
- Gallego de la Banda, Pedro.** Vecino de Logrosán, nació en 1549. Hijo de Martín Gallego de la Banda. Marchó al Río de la Plata en la expedición de Ortiz de Zárate en 1573.
- Gallego, Alonso.** Oriundo de Zalamea de la Serena, nació en 1544. Hijo de Alonso Gallego. Pasó al Río de la Plata en la expedición de Ortiz de Zárate en 1573.
- Gallego, Pedro.** Criollo vecino de Santa Fe que se sublevó contra Juan de Garay, otro vecino con igual nombre partió con la armada de Zárate en compañía de Centenera.
- Gallego, Pedro.** Vecino de Logrosán, nació en 1548. Pasó como labrador al Río de la Plata en la expedición de Ortiz de Zárate en 1573.
- Gallegos, Baltasar.** Capitán portugués que participó en la fundación de la ciudad de Córdoba junto a Lorenzo Suárez de Figueroa, por lo que se le concedió una encomienda por el Rey.
- Garay, Juan de.** Explorador y conquistador español del Río de la Plata. Entre sus fundaciones se cuentan Santa Fe (1573) y la refundación de Buenos Aires (1580), así como otras ciudades. Alguacil mayor de las provincias del Paraná desde la ausencia de Juan Ortiz de Zárate, 1568. Capitán durante el gobierno de Felipe de Cáceres. A la llegada de Zárate, por la ayuda prestada, se le designa como Teniente de gobernador y Capitán general de todas las provincias del Río de la Plata. En marzo de 1583, Garay acompañó a Sotomayor en el trayecto de Buenos Aires a Santa Fe, llegado para afianzar el camino hasta Chile, allí falleció junto a otros acompañantes.
- García de Castro, Lope.** Gobernador, Capitán general y Presidente de la Real Audiencia del Perú entre 1564 y 1569, encargado de la administración del Virreinato

durante su mandato, al que sucedió Francisco Álvarez de Toledo.

García de Loyola, Martín. Viajó a América junto al Virrey Toledo al que acompañó en su peregrinación por el Perú, donde tuvo una actuación destacada en el apresamiento de Tupac Amaru. Llegó a ser gobernador de Chile.

García Díaz, Francisco. Clérigo de Logrosán que residía en la villa a finales del siglo XVI.

García, Gonzalo. Marinero rescatado de los indios en Buenos Aires, que viajó a la ciudad en la embarcación de Martín del Barco Centenera.

García, Sebastián. Hermano de Centenera, natural también de Logrosán. Traslado a Sevilla a hombres para la expedición junto al clérigo Cabañas de Hinojosa.

García, Tomé. Expedicionario con Juan Ortiz de Zárate. Natural de Jerez de los Caballeros, nació en 1549.

Garrido, Gil. Vecino de Mizke en el Valle de Cochabamba en Bolivia, dedicado al comercio.

Gil, Mateo. Nacido en Jaraicejo, pasó al Río de La Plata en la expedición de Pedro de Mendoza en 1535. Luchó con Garay en la expedición a una isla cercana a la de Martín García en la primavera de 1574.

Gil, Toribio. Clérigo de Logrosán que asistió en el bautismo de Centenera en calidad de testigo.

Jiménez Roldan, Juan. Nacido en Cáceres en 1547. Pasó como labrador al Río de La Plata en la expedición de Ortiz de Zárate en 1573.

Gómez de Cossío, Juan. Comisario de Oropesa, en Charcas, testigo contra Centenera en el juicio de la Inquisición.

Gómez de Herrera, Diego. Nació en Llerena en 1545. Pasó al Río de la Plata en la expedición de Ortiz de Zárate en 1573.

Gómez, Baltasar. Vecino de Oropesa, regidor del cabildo.

González de Acebedo, fray Pedro. Obispo de Plasencia del Consejo de Felipe III, ejerció el obispado desde el 5 de

- diciembre de 1594 y hasta 1609, donde puso en marcha muchas obras pías.
- González Paniagua, Francisco.** Clérigo de Asunción, posiblemente residiera en la ciudad desde 1544 a donde llegó con Cabeza de Vaca.
- Granero Ávalos, Fray Alonso.** Obispo de La Plata. Se hospedó en la casa de Centenera en Porco. Enfermo de gota, murió en el transcurso del III Concilio de Lima.
- Guayuzalo.** Cacique mañúa que dio muerte a Juan de Garay, tras cuyo acto quiso arremeter contra Buenos Aire, en cuyo asalto falleció.
- Guerra, Fray Alonso.** Obispo del Paraguay. Fue nombrado prelado cuatro días antes de celebrarse el concilio limense. Llegó a Asunción en septiembre de 1585, por problemas de jurisdicción con los vecinos fue expulsado a Nueva España.
- Gutiérrez de Ulloa, Antonio.** Inquisidor en Lima desde 1571, sus actuaciones fueron muy polémicas y era temido por los vecinos del Virreinato debido a sus sentencias.
- Guzmán, Diego de.** Vecino de Oropesa en Perú, compuso un soneto para *Argentina*.
- Guzmán, Vasco de.** Fue nombrado como Adelantado del Río de la Plata a la muerte de Ortiz de Zárate por Felipe II, pero desestimó la propuesta real.
- Heredía, María.** Oriunda de Zalamea de la Serena, fue mujer de Juan Alonso Quirós, con quien emigró junto a sus hijos al Río de la Plata en la expedición de Ortiz de Zárate en 1573.
- Heredía, Sebastián.** Hijo de Juan Alonso Quirós, de Zalamea de la Serena, pasó al Río de la Plata en la expedición de Ortiz de Zárate en 1573.
- Hernández de Solís, Miguel.** Residente en Oropesa, había nacido en Trujillo. Se embarcó a las Américas en Cáceres, de oficio soldado, fue testigo contra Centenera en el juicio de la Inquisición.

- Hernández de Toro, Martín.** Nació en Acehuchal en 1544. Hijo de Martín Hernández de Toro, se alistó en la expedición de Ortiz de Zárate en 1573.
- Hernández, Águeda.** Nació en Usagre en 1558. Hija de Inés García, viajó al Río de la Plata con Ortiz de Zárate en 1573.
- Hernández, Pedro.** Nació en Valencia de Alcántara en 1548. Hijo de Pedro Martín, fue a América en 1573 con Ortiz de Zárate.
- Hernández, Pedro.** Nació en Zarza de Montánchez en 1542. Pasó al Río de la Plata en la expedición de Ortiz de Zárate en 1573.
- Herrera, Pedro.** Nació en Logrosán en 1545. Viajó en la expedición del Adelantado Ortiz de Zárate.
- Hinojosa, Francisco.** Nació en Zalamea de la Serena en 1547. Pasó al Río de la Plata en la expedición de Ortiz de Zárate en 1573.
- Hinojosa, Juan Cabañas de.** Nació en 1528, hijo de García Cabañas de Hinojosa. Clérigo de Logrosán, viajó a Sevilla con vecinos de la villa para embarcarse a América. Algunas fuentes lo incluyen en el pasaje al Río de La Plata en la expedición de Ortiz de Zárate en 1573.
- Hinojosa, Juan.** Nació en Zalamea de la Serena en 1547. Pasó al Río de la Plata en la expedición de Ortiz de Zárate en 1573.
- Huerta, Antón.** Nació en Zalamea de la Serena en 1547. Pasó al Río de la Plata en la expedición de Ortiz de Zárate en 1573.
- Hurtado, Beltrán.** Apoderado del cabildo de Buenos Aires en 1590, que partió a la península con anterioridad a Martín del Barco Centenera.
- Ibarrola, Rodrigo de.** Español vecino fundacional de Buenos Aires, donde ejerció como regidor en el primer cabildo de la ciudad, poco después regresaría a Asunción.
- Isidraque, Francisco (John Drake).** Sobrino del corsario Sir Francis Drake, de veinte años, que después de viajar con

- su tío por el Pacífico se embarcó con Edward Fenton, donde fue apresado y enviado a Lima.
- Jiménez, Pedro.** Vecino de Oropesa, compuso un soneto para *Argentina*. Como Vicario de la ciudad fue uno de los jueces en el proceso de la Inquisición contra Centenera.
- Lartaun, Fray Sebastián de.** Obispo del Cuzco desde 1573. Cursó estudios en la Universidad de Alcalá de Henares. Durante el III Concilio limense se enfrentó a las recriminaciones del arzobispo Toribio de Mogrobejo.
- Lavarrieta, Diego de.** Capitán de las tropas de Garay, vecino refundacional de Buenos Aires y regidor con Garay en 1580.
- Leiva, Diego de.** Criollo vecino de Santa Fe que se sublevó contra Juan de Garay.
- León, Fray Mateo de.** Fraile de la orden de los Agustinos, fue uno de los testigos en el juicio de la Inquisición contra Centenera, por entonces vecino de Oropesa.
- León, Gaspar de.** Testigo en la Información de 1583 levantada por Centenera en Lima.
- Lerma, Hernando de.** Gobernador de Tucumán entre 1576 y 1584. Se opuso a Abreu en el alzamiento contra Garay en Santa Fe. Fundó de la ciudad de Salta.
- Leyva.** Militar español que partió hacia América en la armada de Ortiz de Zárate, que dio muerte al cacique charrúa Abayubá.
- Loaysa, Fray Jerónimo de.** Primer Arzobispo de Lima que celebró el I Concilio Limense en 1551 y un segundo en 1567. Murió en vísperas de celebrarse el tercero, en 1575.
- Logrosán, Fray Bartolomé de.** Vecino de Logrosán que ejerció como miniaturista, iluminador y pintor de libros y estampas de la virgen en el Monasterio de Guadalupe. Tuvo en su poder una de las copias que se conservan en la Real Academia Española de *Argentina*.
- Logrosán, Martín de.** Descubridor que partió en el primer viaje de Colón. Quedó en el fuerte "Natividad", donde murió.

- Con anterioridad sirvió a los Reyes Católicos en las guerras de Granada.
- López de Zúñiga.** Funcionario del cabildo de Lima en 1583, era el licenciado encargado de tramitar las Informaciones de la ciudad.
- López, Leonor.** Esposa de Juan Sánchez Mejías, con la que afirmaron los testigos mantuvo relaciones Centenera en Oropesa.
- Ludeña, Juan.** Encomendero de Córdoba del Tucumán.
- Ludeña, Pedro.** Encomendero de Córdoba del Tucumán, hermano del anterior.
- Madroñero.** Natural de Madroñera, se alistó para pasar al Río de la Plata en la expedición de Ortiz de Zárate en 1573.
- Martel de Guzmán, Gonzalo.** Alcalde ordinario en la refundación de Buenos Aires por Garay.
- Martín Anique, Juan.** Español procedente de Cáceres, fue alcalde de Oropesa. Testigo contrario a Centenera en el juicio de la Inquisición.
- Martín, Juan.** Militar español partidario de Garay en la revuelta de Santa Fe de 1580.
- Martínez de Irala, Domingo.** Marchó a América en 1535, en la expedición de Pedro de Mendoza, con quien participó en la primera fundación de Buenos Aires. Exploró junto a Juan de Ayolas el río Paraná y el río Paraguay, donde quedó como lugarteniente en el Puerto de La Candelaria (1537). Alonso Cabrera lo designó, a la muerte de Ayolas, como gobernador interino del Río de la Plata en Asunción. Mantuvo numerosos conflictos con Alvar Núñez Cabeza de Vaca, hasta que consiguió expulsarlo de la gobernación en 1544.
- Martínez de Mocolalta, Juan.** Visitador inquisidor durante el proceso contra Centenera.
- Martínez Menacho, Bartolomé.** Natural de la Torre de Miguel Sesmero, fue secretario del III Concilio limense donde residía como Arcediano de la catedral desde 1563.

- Estuvo vinculado a la iglesia pañamena, antes de morir fue nombrado obispo del Panamá.
- Medellín, Fray Diego de.** Obispo de Santiago de Chile. Estando en el convento franciscano de Lima se doctoró en la Universidad de San Marcos. Fue el tercer obispo de Santiago de Chile en 1574. Asistió como obispo sufragáneo al Tercer Concilio de Lima.
- Mejías, Diego.** Vecino de Oropesa, intervino como testigo contra Centenera en el juicio de la Inquisición.
- Mendieta, Baltasar de.** Vecino de Oropesa, regidor del cabildo.
- Mendoza, Diego de.** Se le nombró como gobernador de Santa Cruz a la muerte de Ñuflo de Chaves en 1571, en oposición al candidato propuesto por el Virrey. Se levantó contra el poder del Virrey en Santa Cruz de la Sierra, buscando alianza entre los pueblos indígenas. Murió degollado en Potosí.
- Mendoza, Hernando de.** Criollo nacido en Asunción que ejerció como Teniente de gobernador con Navarrete, posteriormente capitán de Buenos Aires.
- Mendoza, Juan Andrés de.** Compañero de posada de Centenera en Sevilla antes de partir a América.
- Mendoza, Pedro de.** Primer Adelantado de la gobernación del Río de la Plata en 1536. Fundó los primeros fuertes en el estuario rioplatense, donde instauró la Ciudad de Nuestra Señora del Buen Aire. Le acompañó el escritor alemán Ulrico Schmidel, en cuya obra incluyó grabados de sus habitantes.
- Mendoza, Rullo de.** Marinero portugués rescatado de los indios en Buenos Aires en 1592.
- Menialvo.** Militar español que partió hacia América en la armada de Ortiz de Zárate.
- Miranda, Luis de.** Clérigo de Plasencia. Había embarcado con anterioridad con Pedro de Mendoza, fue partidario en las luchas del Paraguay de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, lo que le causó prisión durante ocho meses en

- Asunción. Se considera como el autor del *Romance Elegíaco* que trata de la primigenia Buenos Aires.
- Molina, Luis de.** Clérigo en Lima. Fue testigo en la Información levantada a Centenera en 1583 en Lima. Estuvo presente en la revuelta de Asunción contra Juan de Garay.
- Montalvo, Hernando de.** Compañero de viaje de Centenera como tesorero de San Francisco y Santi Spíritu. Estuvo en la revuelta contra Juan de Garay en Asunción en 1581 y fue uno de los testigos en la Información de 1593 en Buenos Aires.
- Montero, Alonso.** Librero sevillano del siglo XVI que consiguió exportar su mercancía a la Nueva España.
- Mosquera, Rodrigo.** Criollo vecino de Santa Fe que se sublevó contra Juan de Garay.
- Moura, Cristóbal de.** Político español durante los reinados de Felipe II y Felipe III. Desde 1600 se le concedió el título de primer Marqués de Castel Rodrigo, a la vez que se le designó como Virrey de Portugal con sede en Lisboa (1600-1603). Estuvo casado con Margarita Corte-Real, heredera de la Capitanía de Angra, en la isla Terceira (Azores).
- Navarrete, Francisco.** Notario del Santo Oficio en la villa de Oropesa.
- Núñez Cabeza de Vaca, Alvar.** Conquistador y descubridor español que viajó a Asunción como Segundo Adelantado de la Gobernación del Río de la Plata. Fue el primer europeo que describió las cataratas del Iguazú. Durante su gobierno mantuvo pleitos y pugnas con Domingo Martínez de Irala, que supusieron su repatriación en 1544.
- Núñez del Prado, Juan.** Conquistador de Badajoz, que como capitán del Perú fundó la ciudad de Barco en Tucumán, cumpliendo órdenes de la Audiencia de Lima.

- Oberá.** Cacique indio del que narra Centenera se erigió como un nuevo Mesías entre sus pueblos, al no entender la predicación de los evangelios.
- Ocaña, Fray Diego de.** Monje de Guadalupe que partió al Nuevo Mundo como mandatario, recorrió el Perú entre 1599 y 1605. En 1601 escribió la *Comedia de Nuestra Señora de Guadalupe*, pieza teatral muy representada en América.
- Orellana, Francisco de.** Natural de Orellana la Vieja, era encomendero de Oropesa, casado con María Holguín de Orellana.
- Orellana, Pedro de.** Clérigo de Oropesa, con destino en la parroquia de San Ildefonso.
- Ortiz de Vergara, Francisco.** Exgobernador de la Provincia del Río de la Plata durante el viaje de Ortiz de Zarate (1558-1564), fue confirmado en el puesto por el obispo Pedro de la Torre en 1558. Regresó a España en 1565. Le sucedió el Adelantado Ortiz de Zárate en cuya expedición fue compañero de Centenera.
- Ortiz de Zárate y Mendieta, Diego.** Sobrino del Adelantado Ortiz de Zarate, ejerció el cargo de gobernador interino a su muerte (1576-1577). Durante el trayecto del viaje se le designó Alférez real de la navegación, con una alta implicación en los sucesos de la Isla de Santa Catalina.
- Ortiz de Zárate, Juan.** Tercer Adelantado de la gobernación del Río de la Plata. Se le concedió el título por Felipe II el 16 de julio de 1569. Murió el 26 de enero de 1576 en Asunción.
- Ortiz de Zárate, Rodrigo.** Teniente de gobernador del Río de la Plata bajo el mando de Juan de Garay. Asumió la gobernación tras la muerte de este, defendiendo la ciudad de Buenos Aires.
- Ortiz, Pedro.** Testigo en la Información de Centenera de 1583 en Lima, a quien conoció en Sevilla en 1572, en la expedición que entonces organizaba Ortiz de Zarate.

- Osorio, Fernando.** Vecino boticario de Oropesa, testigo contra Centenera en el juicio de la Inquisición.
- Osorio, Gerónimo de.** Militar español, capitán, que realizó la primera fundación de la villa de Oropesa en el Valle de Cochabamba por designación del Virrey Toledo, tras solventar numerosas quejas de los españoles del Perú que querían posesiones en esas tierras por su riqueza.
- Osorio, Juan.** Militar bajo el mando del Adelantado Mendoza, como segundo comandante, inculcado por sus compañeros fue ejecutado en el transcurso del viaje.
- Peña, Fray Pedro de la.** Obispo de Quito, falleció en el transcurso del desarrollo del III Concilio de Lima.
- Pérez de Herrera, Alonso.** Sacristán de la iglesia de Asunción durante la revuelta contra Juan de Garay en 1581.
- Pérez Navarro, Cristóbal.** Notario del Santo Tribunal de la Inquisición de Oropesa.
- Pinedo, Martín.** Militar español que partió en la armada de Zárate como sargento.
- Pizarro, Francisco.** Conquistador trujillano que recorrió América del Sur con Almagro. Se impuso al Imperio Inca de Atahualpa y fundó la ciudad de Lima, que sería su sepultura.
- Portugal, Diego de.** Clérigo portugués rescatado de los indios en Buenos Aires.
- Puerto, Martín del.** Clérigo de Logrosán a finales del siglo XVI.
- Pueyo de Alfaro, Francisco del.** Soldado español que partió en 1573 desde Sevilla en la armada de Zárate.
- Quirós, Pedro de.** Vecino fundacional de Buenos Aires, como regidor en 1580.
- Ramírez.** General español partidario de Garay en la revuelta de Santa Fe de 1580.
- Reyes, Inés de los.** Vecina fundacional de Buenos Aires.
- Ribero, Matías.** Tío carnal de Centenera, natural de Logrosán.
- Ricardo, Antonio.** Impresor italiano instalado en Lima desde 1580, fue el precursor de la prensa en el Virreinato del Perú.

- Richiarte.** Marine inglés que pilotaba una de las embarcaciones en la expedición de Edward Fenton en 1583. Fue apresado y juzgado por la Inquisición en Lima.
- Riquelme de Guzmán, Alonso.** Conquistador español nacido en América, hijo de Ruy Díaz de Guzmán. Teniente de gobernador de la Guairá, ejerció como alguacil mayor y alcalde de Asunción.
- Rivadeneira, Fray Juan de.** Franciscano español del Río de la Plata hacia el que partió en 1582 para traer las custodias de las gobernaciones. Regresó a España tras la fundación de Buenos Aires, a la que regresó con clérigos.
- Robles, Juan.** Clérigo español que fue designado por Zárate como Arcediano en Asunción, al ser relegado del puesto accedió al mismo Martín del Barco Centenera.
- Rocha.** Militar al mando de Ortiz de Zárate que desertó en el Puerto de Biaza, hecho que le costó la vida.
- Rocha, Martín de la.** Vecino de Oropesa, testigo contra Centenera en el juicio de la Inquisición.
- Rodríguez de Centenera, Miguel.** Padre de Martín del Barco Centenera.
- Rodríguez, Alonso.** Clérigo de Logrosán con título de bachiller que residía en la comarca a finales del siglo XVI, donde ayudó en un bautizo a Centenera en 1598.
- Romero, Domingo.** Criollo vecino de Santa Fe que se sublevó contra Juan de Garay.
- Ruiz de Lorenzana, García.** Vecino de Oropesa.
- Ruiz del Prado, Juan.** Llegó a Lima el 11 de febrero de 1587, nombrado por Felipe II como Visitador de las causas del Santo Oficio. Llevó el juicio de la Inquisición contra Centenera en 1588.
- Ruiz del Pueyo, Francisco.** Militar español que coincidió en Madrid con Centenera. Compartió posada en Sevilla a la espera de partir a Canarias. Fue uno de los informantes de 1583 en Lima, por entonces como capitán.
- Ruiz, Diego,** Criollo vecino de Santa Fe que se sublevó contra Juan de Garay.

- Ruiz, Hernán.** Militar español natural de Córdoba que partió hacia América en la armada de Ortiz de Zárate.
- Salas, Lorenzo de.** Compañero de posada de Martín del Barco Centenera en Sevilla antes de partir a América.
- Salazar y Espinosa de los Monteros, Juan de.** Conquistador español que formó parte de la expedición de Pedro de Mendoza por el Río de la Plata en 1535 en busca de Juan de Ayolas. En 1537 fundó el fuerte de Nuestra Señora Santa María de la Asunción. Tras la rebelión contra el Adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca fue expulsado a España, regresando en 1547 como tesorero.
- San Miguel, Fray Antonio de.** Primer obispo de La Imperial en Chile. Natural de Medellín, se mostró muy contrario a Mogrobejo en el III Concilio de Lima.
- Sanabria, María de.** Sevillana que emigró a América en una expedición de mujeres enviadas a Asunción en 1550 para repoblar el Río de la Plata con damas españolas.
- Sánchez, Matías.** Escribano público del cabildo de Buenos Aires.
- Sánchez de Centenera, Alonso.** Testigo del bautizo de Centenera.
- Sánchez Mejías, Juan.** Vecino de Oropesa, casado con Leonor López.
- Santa Cruz.** Militar español partidario de Garay en la revuelta de Santa Fe de 1580.
- Santiago, Pablos.** Militar español, capitán en la armada de Ortiz de Zárate. Tuvo una participación muy activa en los primeros lances con los indios charrúas.
- Segovia, Alfonso.** Clérigo que llegó a América en la armada de Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Centenera pidió al Consejo de Indias algún cargo eclesiástico en América para este religioso.
- Sierra, Francisco de.** Soldado español vecino de Santa Fe contrario a Mendieta, instó a una sublevación para su derrocamiento, sin conseguirlo.

- Simón, Miguel.** Apodado por Centenera como “El Logrosano”, viajaba con Garay en 1583 cuando falleció el fundador de Buenos Aires.
- Solano, Fray Francisco.** Fraile franciscano al que se le atribuyen numerosos milagros en América. Su área de actuación fue Santa Fe, Tucumán, el Río de la Plata y Córdoba, donde desarrolló una amplia labor evangelizadora con los guaraníes.
- Sorapán de Rieros, Juan.** Médico del Santo Oficio de Llerena y Granada natural de Logrosán (1572) formado en los hospitales del Monasterio de Guadalupe. Escribió la *Medicina española contenida en proverbios vulgares de nuestra lengua* (1616).
- Suárez de Figueroa, Lorenzo.** Nacido en Llerena, pasó a las Indias en 1562, donde participó en las guerras del Perú. Su tío, el gobernador Jerónimo Luis de Cabrera, lo nombró Alférez general y bajo este cargo reubicó la ciudad de Córdoba. Poco después se trasladó a Lima y de allí a Santa Cruz de la Sierra.
- Suárez de Toledo, Martín.** Padre de Hernando Arias, fue gobernador de las provincias del Paraguay y el Río de la Plata desde 1572 hasta 1575. Pasó a las Indias con Cabeza de Vaca.
- Tabobá.** Cacique charrúa.
- Talavera, Fray Diego de.** Prior general de la Orden de los Jerónimos.
- Talavera, Fray Gabriel de.** Autor de la *Historia de Sagrada imagen de Guadalupe* en 1597. Prior del Monasterio de Guadalupe en estos años.
- Tejeda, Tristán de.** Gobernador de Córdoba del Tucumán en 1591 y encomendero de la villa.
- Toribio de Mogrobojo Fray Alfonso.** Segundo Arzobispo de Lima, sucesor de Jerónimo de Loayza. A orden de Felipe II fue nombrado Arzobispo de Lima hacia donde embarcó en 1580. Convocó el III Concilio de Lima y mantuvo

una dura discusión con el obispo Lartaun, llegando a excomulgar a algunos obispos sufragáneos.

Torre, Fray Pedro de la. Primer prelado del Paraguay con Sede en Asunción, mantuvo numerosos pleitos continuos con el gobernador. Murió de regreso a la península.

Torres de Pinedo, Alonso de. Militar que partió de España a Buenos Aires tras conocerse la fundación de la ciudad en enero de 1583, llevando consigo a los primeros pobladores y a algunos eclesiásticos para la oportuna evangelización.

Torres de Sotomayor, Alonso. Militar trujillano enviado por Felipe II para luchar contra los araucanos en Chile, donde llegó a ser gobernador.

Torres de Vera y Aragón, Juan. Yerno del Adelantado Ortiz de Zárate, casó con su hija Juana, de modo que a la muerte de Zárate solicitó al Virrey su nombramiento, lo que le valió el encarcelamiento en Lima hasta su reposición en el puesto en 1586, cuando partió a España para solicitar el reconocimiento del título tres años después.

Torres y Navarrete, Juan de. Militar español, sobrino del Adelantado Torres Vera, que le nombró Teniente gobernador general del Río de la Plata tras la muerte de Juan de Garay.

Valero. Capitán de los ejércitos del Virrey Toledo que intentó capturar a Garay tras su huida de Chuquisaca.

Valverde, Ana. Se cree que participó en la fundación de Buenos Aires. Extremeña de origen, destacó por su singular belleza. Acompañaba a Garay cuando este murió en 1583. Para algunos historiadores podría tratarse de Ana Díaz.

Valverde. Clérigo de Logrosán con título de bachiller que residía en Logrosán a finales del siglo XVI, donde ayudó en un bautizo.

Vargas, Cristóbal. Vecino de Trujillo que partió en el viaje de Ortiz de Zárate en 1573.

- Vega, Marcos de.** Capitán español, corregidor de Santiago de Chile muerto a manos de los corsarios ingleses.
- Vela.** Militar al mando de Ortiz de Zárate que desertó en el Puerto de Biaza, hecho que le costó la vida.
- Venialvo, Lázaro de.** Criollo vecino de Santa Fe que se sublevó contra Juan de Garay.
- Vera y Aragón, Alonso de.** Sobrino del Adelantado Torres Vera, sucedió a Navarrete como Teniente en la gobernación del Río de la Plata. Tras él se ordenó a Hernando Arias de Saavedra.
- Villagra, Francisco de.** Militar español compañero de Valdivia que llegó a ser gobernador de Chile tras las disputas mantenidas con Francisco de Aguirre.
- Villalta, Pedro,** Criollo vecino de Santa Fe que se sublevó contra Juan de Garay.
- Vitoria, Fray Francisco de.** Obispo de Tucumán. Se hospedó en los aposentos de Centenera en Porco, en el trayecto hacia el III Concilio de Lima.
- Yamandú.** Cacique guaraní alabado por Centenera por su valor y perseverancia en la guerra, así como por su capacidad para aglutinar a multitudes.
- Yandiyoca.** Cacique charrúa.
- Zapicán.** Cacique charrúa.
- Zárate, Juana de.** Hija del Adelantado Ortiz de Zárate casada con Juan Torres de Vera y Aragón, residió en Chuquisaca, Charcas, donde murió muy joven.
- Zárate, Pedro de.** Fundó la villa de San Francisco, segunda Jujuy, a instancias del Virrey Toledo con colonos de la Plata y Potosí.
- Zúñiga y Pimentel, Juan de.** Maestre de la Orden de Alcántara, hijo del Duque de Béjar y de Plasencia. Amante de las letras en su Academia impartió clase Antonio de Nebrija.